

78

QUEHACER

SENDERO Y
SU COSECHA ROJA

REVISTA BIMESTRAL DEL CENTRO DE ESTUDIOS Y PROMOCION DEL DESARROLLO-DESCO

DIVIDIENDO AL PAIS



DIALOGO

— desco —

Desde 1987 DESCO convoca anualmente un Concurso de Ensayo en Ciencias Sociales, que ha llegado ya a su quinta edición. Este año, el tema propuesto en la convocatoria fue "Visiones del Perú en los años 70 y 90". Ante diferentes momentos y visiones del país, se buscaba contraponer la forma en que se imaginan el Perú futuro, las distintas expectativas, proyectos y posibilidades de los jóvenes en los años 70 y 90.

El jurado calificador estuvo conformado por Alberto Adrianzén —quien lo presidió—, Manuel Castillo, Carmen Lora y César Zamañloa. Decidió, por unanimidad, otorgar el primer premio al trabajo *"El lado oscuro de la luna"*, presentado bajo el seudónimo Dionisio Kapcha Uskamayta.

El Fondo Editorial de DESCO pone a disposición del público el ensayo de Luis Montoya Canchis, ganador de este premio, poniendo de manifiesto el interés de DESCO por promover y difundir las tareas que conciernen a la investigación en el Perú.

CONCURSO

El lado oscuro de la luna
Las percepciones de los jóvenes en los 70 y 90

Luis Montoya Canchis

DESCO 1992

EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS



PUBLIREC S.A.

Jr. Amazonas 351 - ☎ 615711
Magdalena

ORDEN DE SUSCRIPCION

QUEHACER

TARIFA ANUAL (6 números)

NACIONAL S/. 24.00

INTERNACIONAL

América Lat. y Caribe US\$ 35

Resto del mundo US\$ 45

Deseo tomar ☐ Suscripción/es anual/es

A nombre de.....

Dirección:.....

Ciudad:

País:

Telf.: Apto. Postal:

☐ Adjunto cheque a nombre de DESCO

☐ Adjunto Giro bancario a nombre de DESCO



COMPENDIO DE LOS MAS IMPORTANTES
ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS Y
SOCIALES A NIVEL NACIONAL

NACIONAL INTERNAC.

ANUAL

52 números US\$ 80.00 US\$ 150.00

SEMESTRAL

26 números US\$ 40.00 US\$ 80.00

Deseo tomar ☐ Suscripción/es anual/es

A nombre de.....

Dirección:.....

Ciudad:

País:

Telf.: Apto. Postal:

☐ Adjunto cheque a nombre de DESCO

☐ Adjunto Giro bancario a nombre de DESCO

DESCO

CENTRO DE ESTUDIOS Y PROMOCION DEL DESARROLLO

LEON DE LA FUENTE 110 - LIMA 17 - PERU - TELF. 627193 - FAX 617309

UNMSM-CEDOC

QUEHACER



4



12

Lima, julio-agosto 1992

Director: Marcial Rubio Correa

Editor y Jefe de redacción: Juan Larco

Redactor principal: Hernando Burgos

Carátula y diagramación: Felipe Cortázar

Foto de carátula: Jorge Deustua

Coordinación y corrección:

José Luis Carrillo Mendoza

Secretaría: Lourdes Portugal R.

Dirección: León de la Fuente 110, Lima 17, Perú. ☎ 627193

Composición gráfica:

DESCO, Juan Carlos García Miguel

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A.

Suscripciones: Cheques y giros bancarios a nombre de DESCO.



84

ACTUALIDAD NACIONAL

- Tiempos de confrontación / *Marcial Rubio C.* 4
- La traición de los liberales peruanos / *Alberto Adrianzén M.* 8
- El golpe vino de atrás / Una entrevista con Fernando Sánchez Albavera 12

SUBVERSIÓN: TERROR E INSEGURIDAD

- Los «paros armados» y la racionalidad del terror: Lucanamarca en Lima / *Carlos Reyna* 21
- El Perú como fuente de inseguridad en América / *Enrique Obando* 27
- Alejandro Mayta no murió en el Pabellón Británico / *Abelardo Sánchez León* 31

¿EL PASADO QUEDÓ ATRÁS? 38

Opinan: Mónica Delta, Bernardo Gálvez Brandon, Monseñor Metzinger, Antonio Cornejo Polar, Blanca Varela.

ESPECIAL

- Legislación laboral: La ley del desamparo / *Juan Carlos Cortés, Hernando Burgos* 48

CULTURA, ARTE, COMUNICACIÓN

- Augusto Higa: De vuelta al barrio / *Carlos Pérez Sáez* 64
- De Pamplona a San Isidro
- Nosequién y los Nosecuántos: Tendiendo puentes, levantando torres / *Ramiro Escobar La Cruz* 72

ENTREVISTA

- El diván atestado: Max Hernández, el Perú, Garcilaso / *Nelson Manrique* 84

INTERNACIONALES

- Elecciones norteamericanas: Nuevas caras, viejas elites / *Nicolás Lynch* 96
- La «peruanización» de Argelia / *Juan Gasparini* 102

Quehacer: Revista bimestral del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, DESCO.
Comité Directivo de DESCO: Marcial Rubio, Presidente; Abelardo Sánchez León, Eduardo Ballón, Luis Peirano, Humberto Campodónico, Raúl Guerrero, Tokihiro Kudó.

© DESCO, Fondo Editorial



5 de abril. Ahora la dictadura busca consolidar su proyecto político.

ACTUALIDAD NACIONAL

TIEMPOS DE CONFRONTACIÓN

Marcial Rubio C.

La norma de la vida política de los próximos meses será la confrontación abierta. Irán listas del gobierno y la oposición, y los «independientes» no podrán postular a menos que consigan la friolera de cien mil firmas.

Para gobierno y oposición la elección al Congreso Constituyente será a ganar o morir, pero el 23 de noviembre se abrirá un nuevo escenario político en el que, sin importar quién triunfe o sea derrotado, la política se tornará más enconada aún. En época de violencia e iras, Sendero actuará y cosechará. Todo parece indicar que ese

es el signo de los tiempos y que a ello colaboran todos los que, al revés, debieran estar luchando a favor de la pacificación y en contra de la pobreza. No hay que olvidar que, en terrorismo y miseria, el Perú está entre los de mayor predicamento en el mundo.

LA LOCOMOTORA ES EL PROYECTO DICTATORIAL DE FUJIMORI

El vector principal en esta etapa del proceso es el proyecto dictatorial del presidente Fujimori, secundado por los políticos que le son afines, por las fuerzas ar-

madas y la policía nacional. Ya se ha discutido mucho la ley electoral del 22 de agosto y sus modificaciones. Lo que ello connota es una gran sed de poder: en realidad, esa ley es ya una significativa reforma constitucional de facto, que el gobierno pretenderá imponer al Congreso Constituyente a pesar de que tendrá menos autoridad que él.

Al propio tiempo, muestra que el ingeniero Fujimori pretende mantener control de buena parte del poder del Estado, que no quiere compartirlo con los otros órganos y que tampoco quiere conversación ni transacción alguna. El presidente y el Consejo de Ministros buscan consolidar el proyecto iniciado el 5 de abril, ganando las elecciones para que luego se apruebe una Constitución permisiva para ese fin. El proyecto del presidente Fujimori va tan directo a conseguir lo que quiere, que sólo tiene como alternativas vencer o morir.

Si alguien creyó que el presidente Fujimori quería democratizar las elecciones en el país, hoy tiene el sistema más centralista posible para elegir un Congreso. Si creía que iba a facilitar la participación de candidatos independientes, ahí está el requisito de cien mil firmas para inscribirse.

Como no podía ser de otra manera, la necesidad presidencial de ganar la mayoría del Congreso Constituyente lo ha empujado a variar populistamente los márgenes del programa económico. Incluso el ministro Boloña, al que muchos han querido ver como la «bisagra» entre gobierno y partidos porque tiene que mostrar progresos democráticos ante los organismos financieros internacionales para conseguir dinero fresco, ha decidido entregar alrededor de 300 millones de dólares para que sean dispuestos en lo que resta del año.

Obviamente, la llamada «reactivación» tiene perfil de ser el financiamiento de la campaña política del presidente Fujimori para ganar las elecciones: no se tratará de proyectos elaborados y planificados, sino de ofrecer obras teniendo la oportunidad de cumplir, y también de tirar más de una vez los dólares del fisco desde el estrado de un mitin.

Los empresarios, inicialmente subidos en el estribo, se apearon y tomaron distancia de este tranvía. Puede ser que su-

ban nuevamente si ven posibilidades de mejora, pero hoy por hoy no participan del proyecto.

En pocas palabras, este es el proyecto que comienza y termina en el ciudadano Alberto Fujimori. A veces es liberal y a veces populista; habla como demócrata y actúa como dictador. No tiene más explicación que la idea que ya sospechábamos antes en Quehacer: establecer un gobierno de varios lustros bajo su mando. Cuando el presidente Fujimori habla de quedarse hasta 1995, nunca ha dicho si está hablando del máximo o del mínimo, y probablemente no lo aclare por ahora. No hay que olvidar que un Congreso Constituyente podría aprobar la reelección presidencial inmediata y hacerla aplicable al presidente Fujimori. Nadie habla aún de este detalle, o porque nadie se ha dado cuenta (lo que sería raro) o porque, como nos hemos acostumbrado a pensar en corto plazo, hay que dejarlo para después, cuando se inicie el debate constitucional.

SENDERO Y SU PARTE EN LA ACTUALIDAD

El contendor de este proyecto no es el grupo de partidos de oposición, como podría parecer, sino Sendero Luminoso. Pero la contienda es curiosa: para Sendero el enemigo número uno es el gobierno y lo que pueda legitimar al Estado (en este caso, la próxima elección del Congreso Constituyente). Sin embargo, en su estrategia le conviene que haya dictadura en vez de régimen democrático, y mejor mientras más dura sea la dicta.

Por tanto, Sendero no tratará de acabar con Fujimori, ni buscará derrocarlo. Antes bien, intentará sacar de en medio a los partidos de oposición para que, así, las cosas queden claras para anteojos dicotómicos: Abimael Guzmán piensa que cuando en la arena política hayan quedado sólo Fujimori y Sendero, todo le será más fácil (y, de llegarse a eso, probablemente esté en lo correcto).

Es terrible decirlo: tal vez el propio presidente no lo crea y hasta piense que es una infamia de nuestra parte, pero la verdad es que si el «Camarada Gonzalo» ha dedicado algún insomnio a diseñar el presidente ideal para el turno previo (al de él), su arquetipo tiene que haberse parecido mucho al ingeniero Fujimori.

Por todo ello, en lo inmediato Sendero buscará impedir las elecciones, tanto al Congreso como a los municipios: que no haya candidatos y que los ciudadanos no salgan de sus casas para votar el 22 de noviembre. Ya empezó con dirigentes que podían ser alcaldes. Tratará de seguir con otros muchos, y es probable que haga más de un operativo espectacularmente aterrador para inhibirnos de votar.

EL PROYECTO DE LOS PARTIDOS DE OPOSICIÓN

¿Y los partidos de oposición? Creemos que han actuado con energía y madurez. Han cumplido su rol de grupo dirigente que busca caminos y trata de salir concertadamente de la crisis política. Que sus líderes hayan intentado conversar con el presidente del Consejo de Ministros, es una actitud constructiva y responsable que hay que aplaudir. Que hayan sido desairados es algo de lo que no corresponde culparlos y era una de las posibles consecuencias (la más probable, dirían algunos) de su empeño dialogante. Es bueno que, aunque nos tiren la puerta en la cara, tratemos de entendernos. Da ejemplo y crea precedentes saludables.

Otra cosa es preguntarse qué es lo que quieren los partidos de oposición. Todo parece indicar que buscan el proceso electoral para ganar la mayoría del Congreso y sólo allí diseñar los cambios necesarios para el país (si algunos cambios

creen que se requieren al fin y al cabo). En realidad, todo signo exterior indica que la lucha (desde luego muy legítima) de los partidos de oposición es por traer abajo al gobierno de facto. No hay discusiones sobre el Estado, el poder, las transformaciones. En realidad, lo que rezuma de la actuación de los partidos es que el corazón de su proyecto parece ser el descredito «regreso al 4 de abril», aunque ellos le añaden, a manera de complemento esencial, «... y después veremos».

Muchos dicen que es una traición a la democracia criticar a los partidos en esta grave situación. Sin embargo, es necesario aclarar las cosas: si bien compartimos con las fuerzas políticas la urgencia de terminar con el régimen de facto y reinstaurar la democracia, tenemos muy serias dudas de que estos partidos de hoy puedan convertir este sistema político en otro mejor. La autocrítica de dolor de corazón y propósito de enmienda es hoy más necesaria que mañana en los partidos y debería conducir a que sus dirigencias sean renovadas democráticamente, para que las distintas posiciones que existen en cada uno de ellos se hagan más explícitas y puedan representar cabalmente el pensar ciudadano.

LA ESCENA DEL CONFLICTO POLÍTICO ACTUAL

En todo caso, y más aún a partir del centenario y medio de artículos de la ley de



Coincidentes Alberto Fujimori y Abimael Guzmán: Uno y otro quieren acabar con los partidos y les conviene la dictadura.



Premier Óscar de la Puente, encargado gubernamental de un diálogo en el que los partidos terminaron desairados.

convocatoria a elecciones, el conflicto político se traslada a la campaña electoral y al Congreso por elegir. Tendremos resultados el 23 de noviembre. Si ellos dan mayoría al presidente, el golpe del 5 de abril se consolida y el proyecto de un Fujimori de varios años por delante puede estar a la vuelta de la esquina. En ese caso, habrá ganado también el terrorismo subversivo, y la lucha política en el período siguiente será entre Fujimori y «Gonzalo», dos combatientes que pelean hasta que el otro caiga. Terrible presagio para el país. Los partidos políticos entrarán en el segundo tiempo del desastre que empezaron a sufrir en las elecciones generales de 1990 y que, según parece, no tuvo aún el voltaje suficiente como para hacerlos enderezarse.

Si gana la oposición, es evidente que el proyecto de Fujimori perdió y que debiera renunciar antes de que le aprueben una ley en dicho sentido. Sin embargo, parece que el ingeniero persistirá en quedarse hasta 1995, y ello puede conducirnos a un conflicto político más severo que el actual. Para esta eventualidad, los

partidos políticos debieran mostrar el arsenal de proyectos y argumentos que tienen bajo el colchón para enfrentar el rediseño del país. Si esto ocurre, Sendero Luminoso pierde estratégicamente al no haber logrado adueñarse de uno de los dos lados del tablero.

Claro que no hay que descartar un curso de las cosas algo distinto. Una posibilidad no cerrada aún es que luego de ganar el gobierno o los partidos, sus fuerzas se dividan dentro del Congreso Constituyente y se conforme una alianza de fracciones que, hoy por hoy, no podemos imaginar. Que esto es posible se demostró durante el segundo semestre de 1990, cuando la bancada de Cambio 90 estalló a fuerza de disidencias. Si las elecciones son peleadas por lista oficialista y lista de oposición, probablemente estarán integradas por personalidades que difícilmente van a dejarse manipular a discreción una vez elegidas congresistas. La formación de nuevas alianzas en el Congreso Constituyente no es, pues, un cuento fuera de la realidad.

Otra posibilidad es que Sendero, o los vaivenes del gobierno, o un Congreso Constituyente polarizado y débil, o todos de consuno, logren que los militares se impacienten lo suficiente como para dar un segundo golpe de Estado que, a no dudarlo, sería una dictadura de proporciones y con grandes costos tanto internos (represión mucho más dura e indiscriminada) como externos (aislamiento internacional declarado y militante).

El futuro es, entonces, inquietante. Pensamos que es necesario concertar para enfrentarlo. Si gobierno y oposición no pueden hacerlo, cuando menos que lo haga la oposición entre sí, para buscar una salida y, sobre todo, para ofrecer alternativas viables a la organización política actual.

En todo caso, en los próximos dos meses podremos ver quiénes tienen algo que proponer al país y quiénes sólo piensan en volver al 4 de abril...o estacionarse en el 5 del mismo mes. La campaña será corta, pero también puede ser sustanciosa. En muchos ámbitos de la vida rige la regla de que «perfume fino en frasco chico». Ojalá se aplique también al debate sobre el Estado y el poder en la próxima (y corta) campaña electoral. ■

LA TRAICIÓN DE LOS LIBERALES PERUANOS

Alberto Adrianzén M.

El encuentro entre el liberalismo y el Perú nunca fue un hecho feliz. El llamado divorcio entre el Perú formal y el real tiene a la base este desencuentro. Para hacer su ingreso al país, el liberalismo tuvo que pasar previamente, como afirma Fernando de Trazegnies, por la aduana ideológica de las elites políticas y económicas. Estas limaron lo jacobino e igualitario que tenía esta doctrina. Convirtieron así al liberalismo en un discurso romo, sin punta; también en una simple caricatura.

En el siglo pasado el liberalismo, bajo la supuesta libertad y respeto del contrato, terminó por defender el odioso y bárbaro sistema de enganche de los culis;

en realidad, un régimen de semiesclavitud.

En su nombre las tierras fueron reconcentradas, fortaleciendo así a los terratenientes. Dio nacimiento al burgués, como diría Mariátegui, con espíritu de feudo. Una suerte de señor feudal que decide cambiar sus tierras por una fábrica. Algo así como ser militante liberal, en nuestros días, pero, al mismo tiempo, del Opus Dei.

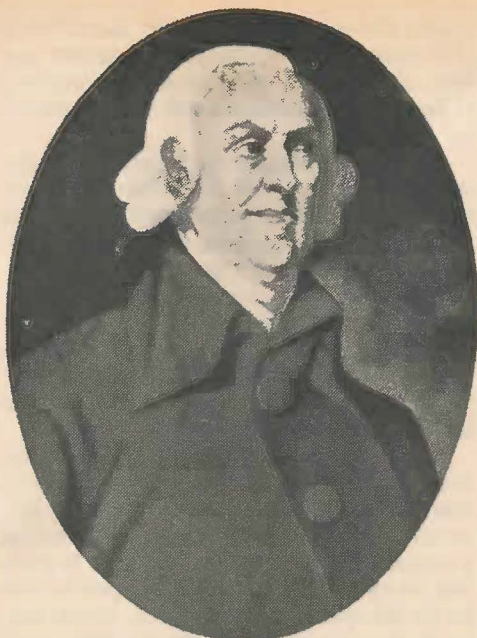
Su coronación, si cabe el término, fue organizar la vida social de nuestro país bajo un criterio absolutamente antiliberal: la desigualdad natural entre los seres humanos.

Los liberales no pudieron crear ni una



Susana Pastor

Para Carlos Boloña, el pacto social público no es necesario en el Perú actual.



Según Adam Smith, el mercado transformaba la «mezquina rapacidad» de los capitalistas en «beneficios sociales».

república ni, mucho menos, una nación. Terminaron por traicionarse a sí mismos al convertir al Estado en el principal organizador de la vida social, económica y política del país, pero también al negarle a la sociedad un conjunto de derechos. El liberalismo peruano no pudo resolver, pese a que existieron propuestas reformistas en su seno, ni la llamada «cuestión social», los problemas derivados de la pobreza y la justicia, ni tampoco la «cuestión política», la manera en que una sociedad decide autogobernarse.

El liberalismo surgió en las sociedades modernas y desarrolladas como una propuesta política y una ideología protectora de la sociedad frente a los arrestos autoritarios y arbitrarios del poder estatal. La idea, por ejemplo, de los derechos naturales encuentra ahí su explicación última. Por eso el liberalismo clásico nunca contrapuso, como hoy día hacen nuestros liberales, al Estado con el mercado. Contrapuso, más bien, al Estado con los derechos.

Como recuerda Giovanni Sartori, acaso uno de los pensadores liberales más importantes de fines de siglo, «... el liberalismo es simplemente la teoría y la

práctica de la defensa a través del Estado constitucional de la libertad política individual, de la libertad política. Se observará que: a) no confiere importancia al 'individualismo'; y, b) que hablo de 'Estado constitucional' y no, como a veces se sugiere, de Estado 'mínimo'. Como sabemos, el Estado constitucional no es otra cosa que un estado de derecho o, si se prefiere, una sociedad con derechos.

Por eso el liberalismo —y sigo el razonamiento de Sartori— no otorga mayor importancia a la dimensión de ese Estado liberal que a su estructura. «El hecho de que el Estado constitucional» —precisa el autor italiano— «pueda haber sido concebido como un Estado pequeño y abstencionista o escasamente interventor no es un obstáculo para su transformación, si fuese necesario, en un Estado mayor y con más competencias —con una condición esencial: que cuanto más deje de ser un Estado mínimo, más importante es que siga siendo un Estado constitucional.»¹

El eje de este razonamiento, como se puede observar, ancla, pues, en la problemática de los derechos, no en el individualismo, ni mucho menos en el mercado o en el tamaño del Estado.

Incluso el mercado, en el liberalismo clásico, aparece como una suerte de mecanismo de protección de la sociedad frente a la «mezquina rapacidad», como diría Adam Smith, de los capitalistas. Smith, en su famoso libro *Riqueza de las naciones*, caracterizaba a los capitalistas, en cuanto grupo, como gentes que «rara vez se reúnen, aun para divertirse o distraerse, sin que la conversación termine en una conspiración contra el público o en un plan para elevar los precios». Para este pensador, el mercado o, mejor dicho, la competencia, transformaba esa «mezquina rapacidad», siempre contraria al «público» —por lo tanto, necesaria de controlar— en «beneficios sociales»². Convertía los vicios privados de los capitalistas en virtudes públicas, útiles al conjunto de la sociedad.

Por eso el liberalismo tampoco contrapuso lo estatal a lo privado, sino más

1. SARTORI, Giovanni: *Teoría de la democracia*, tomo II. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
2. Al respecto, cf. SOWELL, Thomas: *Conflicto de visiones*. Buenos Aires: Edit. Gedisa, 1990.

bien lo estatal a lo público, puesto que lo estatal podía, como ha sido en nuestro país, ser privatizado a favor de unos cuantos, es decir, al servicio de esa «mezquina rapacidad».

El liberalismo contrapone, pues, lo público a lo estatal y a lo privado, puesto que lo primero aparece como el espacio de construcción de ese Estado constitucional y el ámbito en el cual los derechos de la sociedad se crean y recrean constantemente. En este contexto, el liberalismo, en tanto Estado constitucional y en cuanto derechos, aparece así como la teoría y la práctica de limitar el poder del Estado y de los intereses meramente privados. Pensar que el liberalismo, como hoy se pregona en el país, es simplemente la justificación del egoísmo humano y la entronización del mercado como principio de realidad, es como creer que todo el marxismo está contenido en los famosos (y pesados) manuales de la ex-Unión Soviética.

Sin embargo, esta vez al liberalismo peruano no le ha sido necesario volver a «desaduanizar ideológicamente» al liberalismo. Le ha bastado con importar directamente y sin aranceles ideológicos el «neoliberalismo» o, para emplear una frase feliz de Benedetto Croce, el «liberismo económico». Esta doctrina iguala –y, por lo tanto, confunde– el liberalismo con los principios del libre comercio, la supervivencia del más fuerte y la supre-

macía del mercado sobre los derechos y el Estado constitucional al proclamar que éste, el mercado, es la mejor expresión y el lugar por excelencia del interés público³.

Al neoliberalismo no le interesa la democracia liberal y sí más bien la expansión del mercado y la imposición de una lógica social darwinista, mediante la exacerbación del interés privado y del individualismo como norma social de vida y búsqueda de felicidad. Por eso, el neoliberalismo, al igual que la guerra, tiende a privatizar los espacios públicos y a convertir a la sociedad en un campo de batalla de los distintos egoísmos privados.

Guerra (léase senderismo) y neoliberalismo se dan la mano para desintegrar a nuestra sociedad al imponer lógicas privatistas (no públicas) de exclusión social y económica. Incluso, se le niega a la política su esencia negociadora y, por lo tanto, de búsqueda de consensos, como acaba de hacer farisaicamente el exdiputado Rafael Rey Rey. Para Carlos Boloña, Alberto Fujimori, Abimael Guzmán, el pacto social público no es necesario hoy día en el Perú.

La ideología neoliberal, de otro lado, es hija, al mismo tiempo, de las épocas de bonanza y de crisis del capitalismo. De la primera época recoge la idea, infantil por

3. Sobre el «liberismo económico», cf. SARTORI, Giovanni: ob. cit.

Piñas y lecheros

• El liberalismo peruano es tan feble y decorativo que no imagina una sociedad, como plantea Galbraith, en la que la autorregulación del mercado no proceda de la competencia entre los productores, sino más bien de un poder autogenerado y de contrapeso entre compradores y vendedores.

Los compradores o consumidores, en nuestra sociedad, no tienen derechos, no tienen a quién y en dónde reclamar. Un ejemplo de ello son los ahorristas de mutuales, cooperativas y bancos, víctimas no sólo del manejo del APRA, sino también de la actual política económica. Ellos son, en el lenguaje frío del ministro Boloña, los

llamados «piñas»; los «lecheros» o suertudos son otros: los grandes intereses financieros.

En realidad, la defensa y los derechos de los consumidores son aspectos importantes de todo nuevo orden social. El New Deal de Roosevelt, por ejemplo, se basó, entre otros puntos, en la idea de que el vendedor debería ser controlado y fiscalizado, puesto que los consumidores tenían derechos que el Estado debía garantizar y proteger. Imaginar que existen derechos de los consumidores supone imaginar que todos los consumidores (ya que son también ciudadanos) son iguales, aspecto que el liberalismo peruano desprecia hasta hoy.

Bajo el neoliberalismo los trabajadores se convierten en los hijos malditos del sistema, a los que el poder debe disciplinar.



lo demás, de la autorregulación del capitalismo; de la segunda, la creencia de que la crisis es consecuencia directa de la intervención del Estado en la economía. Su partida de nacimiento se producirá en la década de los 40 en polémica abierta con el llamado Estado de bienestar que se basará, justamente, en el pacto social y en la ampliación de los derechos ciudadanos y sociales, particularmente de los trabajadores. Para esta ideología —y particularmente para su principal mentor, Frederick von Hayek— toda política que refuerza al Estado niega al mismo tiempo al liberalismo.

El perfil político neoliberal será completado con la idea del economista Joseph Schumpeter, quien sostiene que el futuro de la sociedad descansa principalmente en el empresariado. Para Schumpeter, como afirma Daniel Bell, la expansión de la industria no surge del «impulso» del capital sino más bien del «arrastre» del empresario. El progreso económico es entendido así como la mayor cantidad de oportunidades al empresariado para que éste logre abrir nuevos caminos para obtener ganancias. La función del gobierno será, por tanto, no la de dirigir las inversiones, sino la de estimular al empresario hacia el logro de una mayor ganancia⁴.

El Estado se convierte así en irresponsable frente a los consumidores y a la sociedad (ver recuadro). La pobreza pasa a ser un problema moral y no social. El

neoliberalismo bloquea así las posibilidades de solucionar la «cuestión social» al negarse a regular socialmente a la economía, y la «cuestión política» al implantar la dictadura, es decir, al privatizar el poder.

En este contexto, los trabajadores y los sectores organizados, ligados a la producción, se convierten en los hijos malditos del sistema. Una suerte de rebeldes sin causa que el poder debe, como acaba de hacer con las recientes leyes laborales, disciplinar, y, si es necesario, a la fuerza. Y los pobres en objeto de caridad. El principio de organización social no es el trabajo ni tampoco el reconocimiento del otro como igual, puesto que ambos tienen los mismos derechos, sino más bien la ganancia, sobre todo la especulativa. No es extraño tampoco que estas leyes se promulguen (no discuto la necesidad de una reforma laboral) ahora, al cabo de doce años durante los cuales el movimiento obrero presentó más de mil recursos de amparo en defensa de sus derechos constitucionales.

Los liberales peruanos vuelven, pues, a traicionar al país y al propio liberalismo, al negarse una vez más a construir una sociedad, una comunidad política, basadas en el pacto, en los consensos, en los derechos, en la democracia, en la negociación y en el trabajo. En buscar una manera civilizada de convivir entre peruanos diversos pero iguales ante la ley, que es, justamente, lo que permite los derechos y el Estado constitucional. Convivencia distinta, por cierto, al imperio de aquello que Adam Smith llamaba la «mezquina rapacidad» de unos cuantos. ■

4. BELL, Daniel: «Las perspectivas del capitalismo americano: Sobre Keynes, Schumpeter y Galbraith», en *El fin de las ideologías*. Madrid: Edit. Tecnos, 1964.

EL GOLPE VINO DE ATRÁS

Una entrevista con Fernando Sánchez Albavera

Ernesto Jiménez



«Había intención premeditada de ir a una confrontación que llevara hacia un gobierno autoritario.»

De paso por Lima —ahora trabaja en CEPAL, en Santiago de Chile—, el exministro de Energía y Minas, Fernando Sánchez Albavera, hizo a *Quehacer* interesantes revelaciones sobre su experiencia de gobierno y acerca de la visión que del país existe en el extranjero. DESCO publicará próximamente su libro *Las cartas sobre la mesa*.

Usted fue ministro del actual régimen. ¿Cómo percibe la evolución política de éste, que desembocó en el golpe del 5 de abril?

—Casi desde el comienzo del gobierno se desechó la posibilidad de una gran concertación política. El primer gabinete estaba pensado en términos de una propuesta de unidad nacional. No se plasmó como compromiso de partidos, pero interpretaba una nueva mayoría nacional,

la misma que eligió a Fujimori. Se estructuró en torno de un programa, que no era el programa liberal extremo, aunque había una revaloración del mercado, de la privatización de empresas, de la inversión privada. Pero en la evolución del gobierno se perdieron la idea de concertación y el carácter pluralista del gabinete, y el gobierno se sesgó a una posición alejada de lo que fue su propuesta electoral.

—¿En torno de qué había consenso?

—En agosto de 1990 había un espacio

de concertación nacional muy claro. La reforma del Estado era un elemento de consenso. El sobredimensionamiento del Estado exigía una definición. El problema era cuánto, cómo, de qué manera y para qué privatizar.

Un segundo punto en el que había consenso es que los mecanismos de intervención y controlismo habían fomentado la corrupción y habían llevado a una especie de privatización del Estado. Este constituía una especie de botín de determinados grupos de poder económico. Ello fue facilitado por un estilo no transparente de gestión de la economía, por lo que existía consenso para revalorar el papel del mercado en la gestión económica. Eso no significaba ir hacia un extremado liberalismo, sino mantener el control de determinadas variables claves como las vinculadas al sistema financiero y al mercado cambiario. Al mismo tiempo, obligar a los grupos económicos a que produzcan en condiciones más eficientes: que no estén sobreprotegidos, que no perjudiquen al consumidor, que constituyan empresas competitivas. Para eso había que abrir la economía.

También había consenso acerca de que el Perú tenía que reinsertarse en la comunidad financiera internacional, sin que eso significara que había que hacer todo lo que el FMI o el BM dijeran, sino que había que negociar la reinserción.

Asimismo, todo el mundo concordaba

en que teníamos que redefinir la política exterior y plantear una diplomacia económica considerando los cambios experimentados por la política mundial. El presidente Fujimori pudo señalar la existencia de elementos que nos unían. Sin embargo, su estrategia fue dividir.

– ¿Ese ha sido el hilo conductor de la gestión de Fujimori a lo largo de estos dos años?

– Creo que había la intención premeditada de ir a una confrontación que llevara hacia un gobierno autoritario. En alguna medida eso se fue fortaleciendo en el camino. No creo que haya sido la intención al comienzo, pero sí que estaba presente como una hipótesis de trabajo: si hubiesen problemas con el Parlamento que hiciesen inviable el gobierno, podría romperse el orden constitucional. Sin embargo, ésta jamás fue discutida en el gabinete, donde nunca se debatió una estrategia política de cómo gobernar el país. Ni siquiera acerca de cómo manejar las relaciones con los partidos políticos.

En función de sus intereses sectoriales, cada uno trataba de mantener buenas relaciones con el Parlamento, trataba de evitar la confrontación con los partidos. Pero en tanto, el presidente, en otra estrategia, hacía lo contrario. Cada uno tocaba su parte de la partitura y nada más. No había un equipo de gobierno.

– ¿Por qué se excluyó la posibilidad del consenso?



José Vica

Alberto Fujimori en su primer día de gobierno, el 28 de julio de 1990, lee su mensaje ante el Congreso que después cerraría.



Carlos Torres y Torres Lara y Juan Carlos Hurtado: Dos estilos diferentes en el premierato.

– Básicamente por la desconfianza de un hombre inexperto en el comportamiento de la clase política; de alguien que consideraba mucho más sólido establecer una relación muy estrecha con las fuerzas armadas que con los partidos políticos, que de repente le salían con algo que no estuviese dentro de sus previsiones.

En los últimos dos años se va produciendo un vacío político muy grande. El Parlamento y la clase política, en lugar de gobernar, se dedican al señor Alan García. En vez de plantear un juicio político a la gestión aprista, el Legislativo comete el error de personalizar la moralización del país. Entonces toda la iniciativa frente a los problemas del país queda en manos del gobierno.

Igualmente, la clase política se fue alejando de la sociedad. Los grandes temas que preocupaban a ésta estaban ausentes del debate político. Uno podía prever que este año iba a ser de mayor confrontación política, más aún considerando que había un proceso electoral municipal en ciernes. Había muchos elementos en el pasivo del gobierno que podían favorecer una oposición que lo desestabilizase rápidamente: la denuncia de inmoralidades en el uso de la cooperación internacional, aspectos cuestionables en las negociaciones con AIG-Belco, problemas con la forma como se estaban tratando las privatizaciones, el desgaste del pro-

grama económico, la incapacidad e ineficacia en el gasto social.

Todo eso en un contexto de terrorismo y con un sector del gobierno —el de los ministros que apoyaron el golpe, particularmente Boloña— que piensa que el Perú necesita una especie de dictadura militar para enfrentar la crisis económica y el terrorismo y realizar reformas.

– **¿Cómo se expresaba la desconfianza de Fujimori hacia la clase política?**

– Hay el prejuicio, no exento de razón, de que los partidos se mueven en función de sus intereses particulares y no de grandes objetivos nacionales. Esa es la crítica más fuerte que se les puede hacer. Acá, en vez de buscar puntos que pueden viabilizar una nación, se buscan puntos de confrontación.

Acabamos de ver el espectáculo del Diálogo Nacional, donde se plantearon posiciones contrapuestas y no se buscaron elementos de articulación entre las partes.

En el pasado reciente los partidos tampoco enfocaron formalmente una negociación política. Había buena voluntad, existía un espacio de negociación, pero no hubo una gestión expresa con el Ejecutivo o una demanda de concertación nacional, que pudo ser planteada desde el Congreso.

Si bien de repente no podía ensayarse algo global, creo que por lo menos era

posible concertar en aspectos sectoriales o en políticas específicas como terrorismo, crisis económica, reforma del Estado. Gran parte de la responsabilidad la tienen entonces los partidos.

– Pero, asimismo, el cambio de orientación del Fujimori candidato al Fujimori presidente generó desconfianza en algunos partidos.

– Evidentemente. El problema se da por ambos lados, pero era necesario el ensayo, que no se dio. Llama la atención que haya tenido que ocurrir un golpe para que se produzca el diálogo, que además se ha dado forzado por las circunstancias internacionales, no necesariamente porque hubiera una voluntad de diálogo en el Ejecutivo.

– ¿Cómo se discutía la política económica en el gabinete?

– Este es un gobierno sui generis, sin programa. En el primer gabinete los ministros tenían una idea de cómo tocar ciertos instrumentos, pero carecían de una partitura común. Eso se iba dando

«Carlos Boloña sólo es un ministro de Hacienda», sostiene Sánchez Albaladejo.

por aproximaciones sucesivas, por intuición de qué es lo que unía y qué es lo que podía hacer el gobierno. Había la decisión de parar la hiperinflación y concordancia en la necesidad de un ajuste económico, que requería un programa social eficiente.

Durante la gestión de Juan Carlos Hurtado funcionó una especie de gabinete económico, el Comité Interministerial de Asuntos Económicos y Financieros (CIAEF). Intervino en toda la discusión del programa económico. Los ministros de la producción participábamos activamente en éste. Hurtado logró cierto consenso en la gestión del programa económico, aunque algunos tenían dudas respecto de ciertos enfoques particulares.

– ¿Y qué sucedió a su salida?

– Se perdió la coordinación económica, al extremo que desde entonces no hubo ninguna discusión a fondo de la política económica ni una exposición de la misma. Esta pasó a concertarse entre el ministro de Economía, Carlos Boloña, y el FMI. Nunca se presentó lo que se había pactado con el FMI. Los créditos de «ajuste estructural» no pasaron por el Consejo de Ministros, y no existe ningún acta en la que conste que fueron aprobados por éste. Fueron negociados directamente por el ministro de Economía con las entidades internacionales. Conforme se fue estrechando la relación con éstas se fueron perdiendo la autonomía de los ministros y la fuerza de las recomendaciones locales.

Hoy día, en muchos ministerios los asesores de los organismos internacionales o consultores contratados con fondos de éstos, se convierten en los que definen las políticas.

– ¿Como Büchi?

– Sí.

– ¿Que apreciación tiene de Boloña?

– Boloña es un ministro de Hacienda, alguien preocupado por la caja fiscal. No es un ministro de Economía. Nunca hubo oportunidad de discutir con él, salvo algunos minutos, los problemas productivos del país. Mientras estuve en el gabinete ningún ministro de la producción hizo una exposición de su política sectorial, más allá de alcanzarle al premier unas cuantas hojas que le sirvieran para las exposiciones que hacía en el Congreso.



Susana Pastor

– ¿Por qué se establece ese tipo de relación del Ministerio de Economía con el resto del gabinete?

– Con la salida de Hurtado se interrumpió la capacidad de negociación con los organismos internacionales que se estaba construyendo durante su gestión.

Hurtado mostraba cierta contradicción con la forma en que el FMI enfocaba la realidad peruana –lo que no quiere decir que algunas de las propuestas de éste no fueran correctas–, y tenía el respaldo del gabinete en la orientación de negociar con mayor autonomía. En la práctica, Carlos Torres y Torres Lara no fue un presidente del Consejo de Ministros, alguien que viera integralmente los problemas del país. Se perdió la conducción del gabinete. Todos los problemas terminaron viéndose en Palacio de Gobierno, donde Fujimori tenía que arbitrar los conflictos entre los ministros.

– ¿Tiene Boloña algún modelo en materia económica?

– Creo que no tiene un modelo estructurado, orgánico. Es más ideología que gerencia. Privilegia la primera y no la eficacia en la gerencia del programa económico. El ministro tenía que haber sabido combinar el manejo de la caja fiscal con una propuesta que permitiera gerenciar la economía e impulsar aquellos sectores

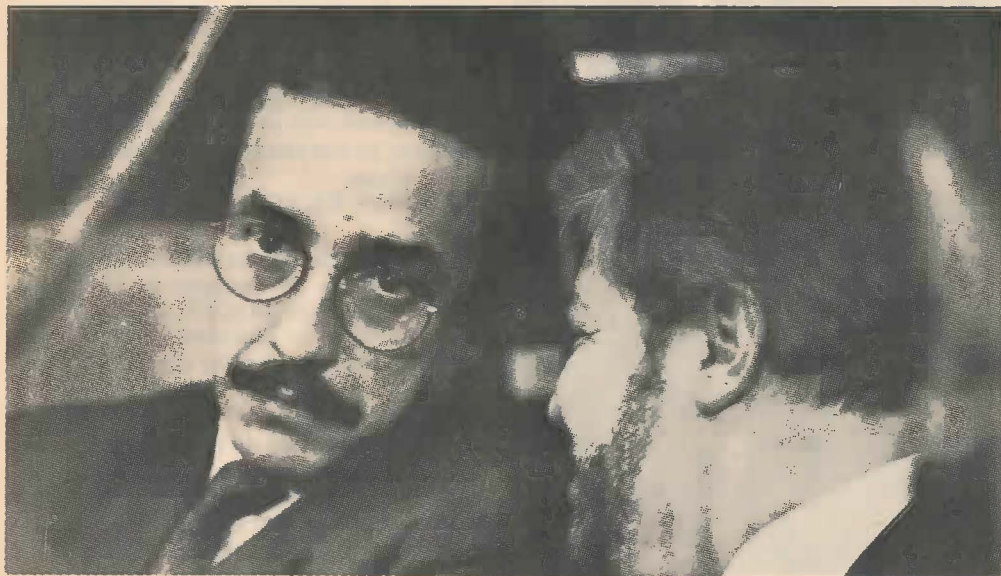
que tenían posibilidades de crecer dentro de un programa de estabilización, fundamentalmente los sectores exportadores.

Lo lógico era tener un programa económico muy rígido en lo fiscal y expansivo en lo exportador. Si eso funcionaba, la economía podía crecer, podía reducirse la inflación. El manejo de precios y tarifas públicas –si era coherente con el cierre de la brecha fiscal de éstas– habría permitido su saneamiento financiero y su privatización en mejores condiciones. El problema de Boloña es que ve parcialmente, por pedazos, las cosas. No tiene una visión global de la sociedad peruana y de su economía. Lo único que puede mostrar es la gerencia fiscal, pero ese mérito no es totalmente suyo sino del superintendente Manuel Estela.

– ¿Entonces por qué se mantiene en su cargo?

– Eso habría que preguntárselo a Fujimori. Hurtado era un técnico, pero también un político, que negociaba una relación con un mayor grado de autonomía. En cambio Boloña es un ministro tecnócrata, funcional al FMI. Tiene el respaldo de los organismos internacionales, que temen un eventual reemplazante que resulte respondón. Los propios empresarios han caído en eso: prefieren lo malo

Con Guido Pennano, en ese entonces titular de Industria, quien también discrepó con Boloña y salió del gabinete.



El Perú visto desde fuera

• Usted trabaja desde algún tiempo en el extranjero. ¿Que idea hay del golpe del 5 de abril?

— Se piensa que había muy pocas justificaciones para darlo. Hay gran preocupación por la inestabilidad política que éste ha generado. Sectores empresariales que veían con interés el país, ahora lo ven con inquietud. El desconcierto se suma al ya provocado por el terrorismo.

La imagen de riesgo para la inversión es muy alta, mucho más elevada de la que ya existía. Muchos empresarios preferirán esperar a que se dé la nueva Constitución antes de tomar decisiones en materia de inversión. Creo que el golpe fue improvisado, no expresa un programa. Afuera nadie sabe para qué se hizo. Aparece como un elemento más de la ingobernabilidad del Perú.

— ¿Y respecto de problemas como el narcotráfico y la violencia?

— Hay preocupación por lo que podría ser el desmoronamiento de algunos pilares básicos de lo que es una nación. Existe la sensación de que el Perú está cerrando un ciclo en su historia, cuando el Estado limeño, que manejaba a control remoto el territorio nacional, es incapaz de gobernarlo. Hay también la idea de que el Estado no está presente en aspectos fundamentales de la gestión pública.

Asimismo, hay inquietud por una eventual situación de caos en el país, que

podría comprometer la seguridad de otros países.

— Y que provocaría una intervención militar extranjera...

— Algunos intelectuales preocupados por el tema de la violencia, por ejemplo en FLACSO, están trabajando esa eventualidad. El narcotráfico y el terrorismo minan la estabilidad de la nación. Si los peruanos no somos capaces de enfrentar esos problemas, que ciertamente afectan a otros países, algunos analistas del exterior podrían llegar a esa conclusión.

— Se habla de la desintegración del país. ¿Eso cómo es tratado?

— La mayor parte de las interpretaciones de políticos e intelectuales señala que el crecimiento de Sendero expresaría un desmoronamiento del país.

Una que he escuchado es la siguiente: el Perú se gobernaba desde Lima, a control remoto, en alianza con el cacicazgo regional de los terratenientes serranos. La reforma agraria produce un vacío de poder en diversos sectores del país, que no es reemplazado por el Estado. Pero una vez rotas las cúpulas de poder local, el país sigue gobernado desde Lima.

En FLACSO alguien señalaba que en otras circunstancias, cuando en la sierra existían esos poderes locales, un movimiento como el senderista habría sido reprimido brutalmente en el momento de su
(pasa a la pág. siguiente)

conocido que lo bueno por conocer. Aunque ahora el cuestionamiento a Boloña es creciente.

— Y en el gabinete, ¿nadie cuestiona el estilo del titular de Economía?

— Claro, los ministros de Industria, Energía y Minas, Agricultura empezamos a discrepar con el ministro de Economía. Lo que teníamos era una especie de tapón fiscal: todo lo que se proponía encontraba un bloqueo por el lado fiscal, pero tampoco había una propuesta de cómo hacer coherente la gestión sectorial con la lógica del ministro de Economía. En esta segunda etapa el Ministerio de Economía se fue alejando de los ministerios de la producción, concentró más po-

der del necesario y fue entrando en contradicciones significativas con cada sector.

— ¿Se discutían en el gabinete las cuestiones relativas al narcotráfico, al convenio antidrogas con los EE.UU.?

— El asunto nunca se trató en el Consejo de Ministros. Tanto es así que, hacia fines de 1990, cuando se discutía el primer convenio con los EE.UU., ocasión en que se planteó «el desarrollo alternativo», se nos avisó una hora antes que en Palacio habría una exposición sobre la materia, a la que acudimos para enterarnos de cuál era la política al respecto. No había ningún ministro encargado del problema. Tal vez el más cercano era el ministro del

gestación. Todas las interpretaciones coinciden en la tesis de la desintegración nacional, lo que es muy peligroso.

— ¿Cómo ve el futuro del Perú?

— Si los peruanos no podemos ponernos de acuerdo para cruzar una calle cuando no hay un semáforo y se bloquean entre sí los automóviles, menos vamos a ponernos de acuerdo para enfrentar los grandes objetivos nacionales.

Existe una sensación de desorden, de falta de comunicación, de enfoques particulares de las cosas, y no hay un esfuerzo por buscar puntos de unidad, tanto por el lado del gobierno como por el de los partidos.

La clase política en general —incluyendo a Fujimori y sus ministros— está demostrando incapacidad para darle viabilidad al país. Eso es peligrosísimo, porque todo este desorden en que se ha convertido la

búsqueda de seguridad ciudadana, donde cada uno bloquea la calle, es la mejor demostración de que estamos en una situación de guerra interna y de que ni siquiera nos estamos preparando organizadamente para ésta. Hay una sensación de desmoronamiento de la organización en la sociedad civil.

Es muy peligroso que la institucionalidad política y la organización de la sociedad civil se cuestionen, que Sendero rompa la organización de la sociedad civil en algunos lugares. Lo poco que le da organización a la sociedad peruana se está desmoronando. Si eso prospera, se desmorona la nación. Al meter a las fuerzas armadas en la política también se está cuestionando su legitimidad. Por eso es que esta aventura golpista es peligrosísima, y hay que salir lo más rápido que se pueda de ella.

Interior, que tiene la parte represiva. Pero el ministro de Agricultura tiene también mucho que decir.

— ¿Y en cuanto al terrorismo?

— Igual: los ministros del área social y económica nunca tuvimos oportunidad de decir nada sobre esta materia, a pesar de que cada uno tenía mucho que hablar al respecto.

— En el caso del narcotráfico, cuando se trataba de un convenio, la responsabilidad era del canciller, pero más aparecía el asesor presidencial Hernando de Soto. ¿Eso tampoco se debatía?

— Había asesores personales que funcionaban como ministros sin cartera y que planteaban iniciativas desde fuera. En algunos momentos hubo conflicto. El narcotráfico fue un tema. También en el caso de la «democratización de las decisiones», cuando apareció un proyecto de decreto supremo que proponía una serie de mecanismos, el mismo que no fue aprobado por el gabinete porque nos parecía que entorpecía la gestión de cada ministerio.

— ¿No se discutió en el gabinete una estrategia antiterrorista?

— Mientras yo estuve, no. Eso lo veía el Consejo de Defensa, en el que participaban el presidente, el premier y los ministros de Economía, Interior y Defensa. El resto estuvimos al margen y no tuvimos

oportunidad de discutir integralmente el tema. Debería haberse propuesto una estrategia antiterrorista multisectorial, que contemplara lo que tendría que hacer cada uno para coadyuvar a la pacificación del país.

— Entonces, si no se discutía política económica, terrorismo, narcotráfico, ¿qué se discutía?

— El Consejo de Ministros, en la práctica, era una instancia burocrática. Los miércoles se reunían todos los ministros, quienes llevaban sus iniciativas legales sectoriales, las explicaban en líneas generales y se conversaba sobre éstas. Entonces, llegábamos los viernes al Consejo de Ministros, que duraba muy poco porque ya estaban «cocinados» todos los dispositivos legales. Se informaba al presidente, no se discutía, y se comenzaban a aprobar todos los decretos que habían sido planteados en la reunión previa. El gabinete no era una instancia deliberativa, donde se planeaba la estrategia de gobierno.

— ¿Y cómo se gobernaba el país?

— Lo único que había eran los despachos del presidente, donde cada ministro discutía sus puntos sectoriales, recibía ciertas orientaciones y de vez en cuando uno aprovechaba eso para plantear algún tema global. Pero era una conversación bilateral.

Los ministros tenían una orientación excesivamente tecnocrática y no funcionaban como equipo.

Además, el estilo de conducción presidencial consistía en compartimentalizar las responsabilidades, de manera que se perdía la visión global. Ello al punto que cuando se discutían dispositivos sectoriales, los ministros de los sectores no preocupados por éstos no los consideraban su responsabilidad. Se fue generando una inercia sectorialista y se fue perdiendo la visión integral.

En el caso de la crisis económica, se entendía que era un problema del ministro de Economía con el presidente. No podíamos ver cómo nuestra política sectorial se articulaba con la política económica. Pero como ésta nos afectaba, lo que fuimos haciendo progresivamente es ver cómo neutralizar sus efectos negativos en cada sector negociando con el ministro de Economía. Naturalmente, esto también es una autocrítica, porque fuimos excesivamente tolerantes con este estilo de gestión.

— ¿Por qué eran tan tolerantes?

— Las características del gobierno eran tan precarias, era tal el grado de improvisación, que proponer una confrontación dentro del gobierno podía llevar al país al caos. Hubo una tolerancia excesiva probablemente, pero era una tolerancia justificada en la medida en que era un gobierno prácticamente informal.

— ¿Cómo calificaría el estilo presidencial?

— Fujimori es un hombre enigmático. Uno no sabe exactamente qué es lo que piensa.

«El Consejo de Ministros, en la práctica, era una instancia burocrática.»



Sería injusto decir que no recibí su respaldo durante mi gestión. En todo caso, nunca llegué a conocer si tenía discrepancias. Pero, por ejemplo, sus cambios de opinión sobre las privatizaciones —pasó de decir que no se rematarían las empresas públicas a martillero de las mismas— nunca fueron discutidos.

Ese estilo hermético, cerrado, de gran desconfianza respecto de los comportamientos humanos, pone de manifiesto a un hombre inexperto en política, inseguro.

En la parte que compete al Ejecutivo Fujimori no desarrolló un estilo autoritario. Si bien había temas que no se discutían, ello era así porque se creía que no eran asuntos sobre los que debían opinar ciertos sectores y se trataban en ambientes más especializados. No se puede decir que haya habido un avasallamiento de los ministros. Cada ministro tenía autonomía, capacidad de iniciativa.

— ¿Su estilo de conducción presidencial es personalista?

— Hay que partir de cómo se gesta este gobierno. En la práctica lo es de un hombre: no hay un partido detrás, pues Cambio 90 no existe. El propio Fujimori señala que él no tiene compromiso con nadie, ni con grupos de poder, ni con partidos políticos. Forma equipos y cambia piezas según las circunstancias.

— A pesar de la confianza que usted dice que el presidente le tenía, salió del gabinete. ¿Por qué?

— Se agotó un ciclo de mi gestión. Me había propuesto hacer una reforma minero-energética. Tuvimos que afrontar una serie de problemas difíciles con empresas extranjeras, muchos de los cuales se fueron resolviendo.

El tema más conflictivo fue el de AIG-Belco, donde tengo una seria discrepancia respecto de la solución que está planteada, que es inconveniente.

Pienso que se iniciaba un ciclo aún más liberal, con énfasis en las privatizaciones, tema en el que Fujimori se fue al extremo. Se produjo una homogeneidad liberal del gabinete que le quitó el contenido de pluralidad que tenía al comienzo. Yo discrepaba seriamente con la política económica, particularmente en lo que atañe a sus efectos en el sector minero-energético. No había, pues, mucho campo de acción. ■



ESPECIAL

EL TERROR COMO MÉTODO, LA INSEGURIDAD Y UN LIBRO PREMONITORIO

Las últimas oleadas de violencia que azotaron a Lima han dejado en la ciudadanía un sentimiento creciente de inseguridad y han dado alimento a la preocupación más allá de nuestras fronteras acerca de nuestra capacidad para salir solos adelante. Fue una novela, curiosamente, la que anticipó en mucho los niveles actuales de violencia y sus consecuencias internacionales, que aproximan peligrosamente nuestra realidad a la ficción. De todo esto tratan las páginas que siguen.

EL PARO ARMADO Y LA RACIONALIDAD DEL TERROR

LUCANAMARCA EN LIMA

Carlos Reyna

Conquistar lauros a la muerte. Todo el sentido de la última ofensiva senderista en torno del «paro armado» en Lima puede resumirse en ese lema, uno de los favoritos de Abimael Guzmán.

Pero esa frase también condensa con fidelidad toda la saga senderista desde 1980. Por medio de la violencia más inclemente, no busca sólo la destrucción ni la siembra del terror por sí mismas. Hay prefeas políticas que tiene que obtener para avanzar hacia el «nuevo poder».

A propósito, es conveniente recordar la entrevista que publicó El Diario en 1988. Allí Abimael Guzmán alude a la relación entre sus objetivos políticos y el uso de la violencia más intensa en las acciones senderistas.

En esa parte de la entrevista, Guzmán se está refiriendo a la masacre que sus seguidores perpetraron en la comunidad de Lucanamarca, ocurrida en abril de 1983, durante los peores momentos de la

guerra en Ayacucho. Los comuneros habían causado bajas importantes a los senderistas y tenían una cierta alianza con las fuerzas del orden. En represalia, una feroz incursión senderista mató a unos ochenta campesinos.

Comentando ese período y ese hecho en particular, Guzmán dice: «Ahí lo principal es que les dimos un golpe contundente, y los sofrenamos, y entendieron que estaban con otro tipo de combatientes ...; el exceso es el aspecto negativo ...el problema es llegar hasta un punto y no pasarlo porque si lo sobrepasas te desvías ...pero reitero, allí lo principal era hacerles entender que éramos un hueso duro de roer y estábamos dispuestos a todo, a todo ... *si se persiste, se mantiene la política al mando, se mantiene la estrategia militar, se tiene un plan claro, definido, entonces se avanza y se es capaz de enfrentar cualquier baño de sangre.*» (Subrayado nuestro.)

Dispuestos a enfrentar cualquier baño de sangre.



Por esa razón no puede andar esparciendo arbitrariamente muerte y pánico sobre las poblaciones. Eso significaría la carencia de objetivos claros, la ausencia de prioridades y la pérdida de control sobre sus propias fuerzas.

Todavía no ha sucedido eso con Sendero, ciertamente. Todo el cuadro tanático que impuso Sendero sobre Lima dio lugar a que se hable de una nueva fase de atentados indiscriminados. Sin embargo, aún en sus acciones más típicamente terroristas, subyace, a pesar de todo, una cierta racionalidad, una discriminación de objetivos y determinados planes políticos.

En ese sentido, un examen detallado de los sucesos de julio en la capital echa luces sobre varios aspectos importantes de la guerra subversiva en el actual período.

Julio, como se sabe, es el mes de los mensajes presidenciales. Ocasión propicia para que Sendero juegue sus cartas en el terreno de la macropolítica. En años anteriores, las oleadas senderistas en el «mes de la patria» apuntaban a deslucir los mensajes presidenciales. Pero esta vez el efecto buscado fue mucho más allá: la cantidad y la intensidad de las acciones en Lima estaban dirigidas a hacer estallar la estabilidad misma del régimen. Y si no lo logró por completo, por lo menos lo hizo oscilar peligrosamente.

El resultado ha sido que el gobierno de facto se ha revelado bastante más dé-

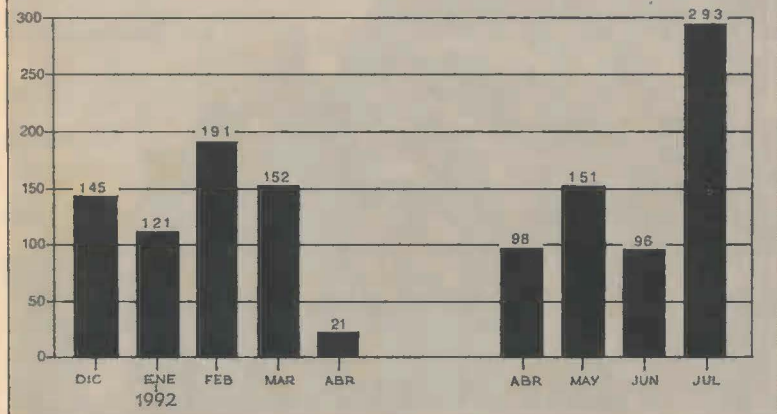
bil que los gobiernos democráticos anteriores para resistir las embestidas senderistas. Antes las oleadas de acciones subversivas llegaban como máximo hasta la desestabilización de los ministros del Interior y al lento desgaste de los gobiernos. Esta vez, como fue evidente para todos aquí y en el exterior, el desestabilizado fue el gobierno como conjunto y en especial el propio Alberto Fujimori.

En ello influye el hecho de que la concentración del poder es también concentración de la responsabilidad. Por eso, la oleada senderista erosionó incluso los dos pilares de sustentación del Gobierno de Emergencia: la unidad de los militares para respaldarlo y la popularidad de Fujimori.

Simultáneamente, la oferta de terminar con Sendero antes de 1995 quedó irreparablemente destruida. Difícil será volver a escuchar el mismo discurso triunfalista que mantenía el gobierno hasta mediados de julio. Como en la novela de Tom Wolfe, ese mes ha sido como una hoguera para las vanidades del presidente.

A la vez, la percepción pesimista que se tiene en el exterior sobre la capacidad del Estado peruano para resolver el problema senderista se agravó ostensiblemente. La alarma en los países vecinos no deja de crecer. El Perú como posibilidad convence cada vez menos a los inversionistas extranjeros, para no hablar de los nativos. Y Gordon McCormick, au-

Atentados antes y después del Golpe





Durante los peores momentos de la guerra en Ayacucho, Sendero hizo lo mismo que ahora en Lima.

tor de un apocalíptico informe para la Rand Corporation en los EE.UU., debe haber ganado algunos adeptos más entre los funcionarios norteamericanos que leyeron sus presagios sombríos.

Para llegar hasta estos resultados Sendero no tuvo que hacer algo verdaderamente nuevo dentro de las formas características de sus acciones desde hace varios meses. Lo nuevo estuvo más bien en que combinó todas esas formas en una sola oleada y con una intensidad sin precedentes: concentración de las acciones en Lima, empleo de numerosos coches-bomba y convocatorias a «paros armados».

En todo el mes de julio hubo unas 295 acciones en todo el país. De ellas, 179 ocurrieron en Lima y, de estas últimas, 145 se realizaron en la semana del 16 al 23, es decir, la semana del «paro armado».

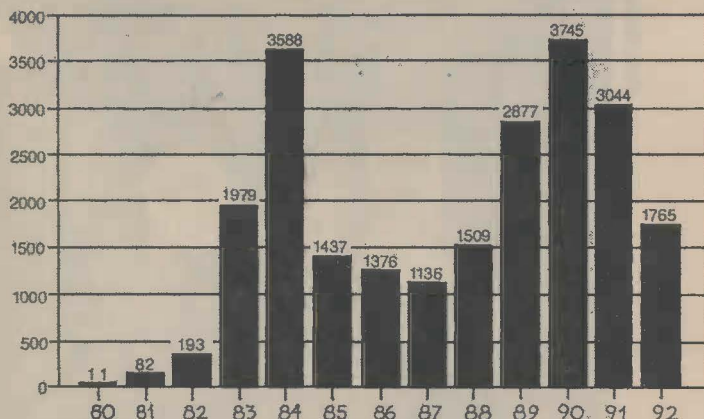
Desde los primeros años de la guerra, Lima Metropolitana es uno de los ámbitos regionales del país que registran las

mayores cantidades de acciones. Pero en los últimos meses ocupa siempre el primer lugar, y en algunos de ellos registra porcentajes holgadamente superiores al 50%. En julio, como se ve en las cifras del párrafo anterior, casi el 50% de las acciones en todo el país se registraron en una sola semana en la capital.

Y es que los senderistas están muy conscientes del peso decisivo que la capital tiene sobre la política nacional y sobre los observadores del extranjero. En términos políticos, un coche-bomba en Lima remece también a las provincias más alejadas y agrava la percepción de las embajadas y las agencias de prensa.

En cuanto al «paro armado», la dirección senderista ya había ensayado en febrero la estrategia para imponerlo sobre la población: convocarlo con una semana de anticipación, acompañar la convocatoria con acciones muy violentas e impactantes, y mantener un ritmo intenso de acciones hasta el mismo día del paro.

Muertos por terrorismo 1980-1992



En febrero, el «paro armado» fue el 14 y la oleada de acciones arrancó el 7 con una potente bomba en la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria. En el curso de esas acciones hicieron estallar un coche-bomba contra la embajada de los EE.UU.

Repitiendo la estrategia, en julio la oleada arrancó, nuevamente, siete días antes del «paro armado»: el 16 de julio, el mismo día del coche-bomba en Miraflores y los hostigamientos contra las comisarías. La intensidad de las acciones se mantuvo hasta el 23, pero esta vez fue muy superior a la de febrero.

Y esa intensidad fue mayor debido, en gran parte, a que Sendero echó a rodar nuevamente los coches-bomba, como ya lo había hecho a lo largo del mes de mayo.

En ese mes Sendero probó que, además de los grandes daños materiales que dejan los coches-bomba en los blancos atacados, también constituyen un contundente golpe moral sobre sus adversarios y sobre la población.

Como dice el **Reporte Especial** de ese mes: «El estruendo de las explosiones nocturnas, las escenas de destrucción y lo inasibles que parecen ser sus autores, comienzan a crear entre la gente la imagen de senderistas omnipotentes enfrentados a unas fuerzas del orden que parecen cada vez más rebasadas.»

En julio, como sabemos, estos efectos volvieron a producirse, sólo que multiplicados varias veces.

Y ello fue así porque Sendero demostró que tiene la habilidad táctica y la capacidad organizativa que le permitieron combinar las formas de actuar resaltantes en el período anterior. Y sumar a ellas sus formas de lucha tradicionales: agitación, sabotaje, asesinatos selectivos y algunas acciones guerrilleras que esta vez se limitaron básicamente al hostigamiento.

Previamente, en junio, realizó un repliegue cargado de malicia que duró hasta la segunda semana de julio. Luego puso en evidencia que maneja con destreza las tácticas guerrilleras que han hecho triunfar a otros movimientos subversivos: explotar al máximo el factor sorpresa para lanzar una ofensiva y, al atacar, emplear la mayor cantidad de fuerzas y violencia para asegurar el cumplimiento de sus metas.

También se hizo evidente que la organización senderista tiene la capacidad de movilizar a sus fuerzas en los espacios y tiempos priorizados por sus planes de ataque.

Pero los sucesos de julio sirven también para poner en cuestión la tesis de que Sendero está en una fase en la que ya prioriza, como blancos de sus ataques, a objetivos de corte militar o policial.

Las acciones de Sendero siguen siendo predominantemente de terror contra la

(pasa a la pág. 26)

* Boletín mensual publicado por el Banco de Datos y Documentación de DESCO.

¿Nueva fase de atentados indiscriminados?

• Luego de las atroces imágenes de la destrucción causada por el coche-bomba en los edificios residenciales de Miraflores, una idea comenzó a circular: Sendero Luminoso había iniciado una fase de ataques indiscriminados contra la población civil. Una variante de la misma idea precisaba que los ataques implicaban una guerra total contra la clase media. Veamos algunas de esas impresiones:

– «Sendero ha iniciado la etapa de terrorismo indiscriminado ...» (Meridiano, 19.7.92.)

– «Sendero Luminoso ha ingresado a una etapa de barbarie indiscriminada.» (Manuel d'Ornellas, *Expreso*, 19.7.92.)

– «Uno de los hechos más desconcertantes ... es que no hay objetivos claros. Los asesinatos son indiscriminados.» (Editorial de *El Comercio*, 24.7.92.)

– «Sendero Luminoso está atacando a las clases medias de la capital con una intensidad sin precedentes, dejando de lado su sistemática campaña de 'adoctrinamiento o ejecución' en favor de salvajes coches-bomba contra todo.» (*Newsweek*, 3.8.92.)

Es una idea, entorpecida, que ha tenido acogida en diferentes medios locales y extranjeros, e incluso derivó hacia otras especulaciones acerca de los complejos efectos políticos que Abimael Guzmán buscaba desencadenar con ese tipo de atentados.

Sin embargo, una visión de conjunto de las acciones durante la ofensiva senderista del «paro armado» muestra que no hay tales acciones senderistas indiscriminadas.

Aparte del coche-bomba de Miraflores, en prácticamente todas las otras acciones senderistas, incluidos los otros coches-bomba, fue claro que estuvieron dirigidas a golpear a:

– Las fuerzas del orden «genocidas», bancos o empresas privadas de la «gran burguesía», empresas públicas del «viejo Estado» e instituciones de «agentes del imperialismo»; todos ellos objetivos tradicionales de cada ofensiva senderista en Lima.

– El abastecimiento de electricidad, el transporte urbano, los colegios –acosados con explosivos de poco poder– y diversos centros laborales hostigados con amenazas, objetivos todos directamente vinculados a la coyuntura del «paro armado».

Es cierto que las acciones senderistas tienden a mostrar una violencia creciente que, como los coches-bomba, pueden ocasionar víctimas civiles casuales. Pero esas acciones persiguen objetivos claros. No son arbitrariamente dirigidas contra la población indiferenciada, así sea de clase media. Eso, por supuesto, no las hace menos condenables.

En este sentido, es altamente probable que el coche-bomba de Miraflores haya estado dirigido contra los tres bancos ubicados en la esquina cercana al lugar donde estalló, y cuyos vigilantes fueron atacados momentos antes de la explosión. Eso encaja con los otros objetivos atacados con coches-bomba en los meses anteriores y en el mismo mes de julio.

Hay, además, un detalle al que la prensa no le ha dado mayor importancia. Una vecina de la calle Tarata declaró a Canal 2 de televisión que el coche-bomba chocó casualmente con otro vehículo, cuyo dueño bajó a reclamar. Los senderistas sólo optaron por dejar el vehículo y fugar inmediatamente. Momentos después, estalló. Esta misma versión fue recogida, en una nota muy pequeña, por *El Comercio*.

En todo caso, es interesante apreciar cómo ha sido ampliamente asumido que en dicho atentado los objetivos escogidos fueron efectivamente los edificios de departamentos. La población en general, e incluso algunos analistas políticos, tienden a pensar a Sendero como un aparato muy eficiente, casi una máquina de precisión, y a Abimael como a un verdadero genio político y militar que sólo sabe acertar. Que existan estas percepciones es, sin duda, algo que favorece enormemente a los senderistas, sin importar cuán cerca o lejos estén de la realidad.

población civil. Las cifras de cada mes son elocuentes al respecto. Sus víctimas se cuentan mucho más entre los civiles que entre las fuerzas del orden. Sigue sin poder ofrecer evidencias de que las acciones contra objetivos militares comiencen a ser predominantes. El miedo de la población civil sigue siendo su arma principal.

Y es que otra de las habilidades de los senderistas consiste en que saben administrar sus fuerzas. Se lanzan a realizar determinado tipo de acciones porque piensan que las van a poder sostener con los recursos de que disponen. Y aceptan que, para pasar a la fase en la que los blancos militares o policiales sean los predominantes, aún les queda mucha base social por ganar.

Y este es el espacio en el que Sendero pelea la madre de todas sus batallas: la batalla por controlar a las poblaciones.

Luego del «paro armado» de febrero, Sendero rubricó sus acciones con el asesinato de María Elena Moyano. Después del «paro armado» y los coches-bomba de julio, inició en agosto otra serie de asesinatos de dirigentes de las barriadas periféricas.

Los sectores populares, urbanos y rurales, son el teatro cotidiano del trabajo de hormiga de los senderistas.

A los dirigentes populares de otros partidos políticos que se muestran adversos a la «guerra popular», o renuentes a colaborar, Sendero los amenaza, los agrede o simplemente los mata. A los trabajadores, a los vecinos o a los campesinos, les ofrece protección contra el patrón abusivo o el funcionario, el comerciante y el delincuente, a cambio de su apoyo a los organismos del partido.

El énfasis es entre los más pobres, pero incursiona con pragmatismo muy audaz en cualquier otro espacio, desde los «sin techo» hasta los pequeños empresarios. A diferencia de hace unos años, ya no hay reivindicaciones populares despreciadas como «reformistas» por Sendero. Las recogen todas, según lo muestra la plataforma del «paro armado». Se advierte en ella que, además de no oponerse a las acciones cívicas de las fuerzas armadas en los pueblos jóvenes, demandan incluso que el reparto de agua se realice todos los días.

En estas singulares intermediaciones, el fraseo senderista ve el surgimiento del



Pese a las apariencias, no son acciones indiscriminadas contra la población civil.

«nuevo Estado». No es el mundo de la gran política, pero es decisivo para una guerra como la planteada por los senderistas. Michel Foucault diría que han aprendido la microfísica del poder. Ellos responderían que sólo siguen al pensamiento Gonzalo.

Por su parte, el gobierno y los partidos protagonistas de la escena política reconocen que el problema subversivo es el más serio que tiene el país. Incluso el imperturbable ministro de Economía manifiesta que ése, ya no la estabilización, es el asunto más importante.

Sin embargo, siempre encuentran otros temas a los cuales les dedican más tiempo, energías y conflictos: el diálogo nacional, el paquete reactivador, en fin. Como los doctores de Bizancio, discuten sobre el sexo de los ángeles en los salones de una ciudad decadente y sitiada.

Mientras tanto, en los distritos periféricos de Lima y en el interior del país, alcaldes y dirigentes populares anónimos resisten el acoso de otro tipo de combatientes, similares a los que hace nueve años cayeron sobre Lucanamarca. ■

EL PERÚ COMO FUENTE DE INSEGURIDAD EN AMÉRICA

Enrique Obando Arbulú

En los últimos meses se ha venido especulando respecto a la supuesta percepción que habría en el extranjero de nuestro país como una fuente de inestabilidad e inseguridad en América.

Las razones son dobles. Para unos, en especial los Estados Unidos, el Perú es una de las principales fuentes del narco-

tráfico que afecta a gran parte de su población. Para otros, los países vecinos, existe el peligro de que la subversión que nos azota se salga de control y pueda contagiarse o derramarse a sus territorios.

Con base en estas especulaciones se ha estado hablando, también, de una posible intervención militar extranjera en el Perú. Siendo éste un tema tan espinoso,

Herman Schwarz



Para EE.UU. lo que afecta a su seguridad es el tráfico de drogas.



La exportación del terrorismo preocupa a nuestros vecinos.

no pienso aventurarme a hacer predicciones. Me limitaré a pasar revista a ciertos hechos que pueden ayudar al lector a sacar sus propias conclusiones. Comencemos por los Estados Unidos y el problema del narcotráfico.

Es claro, a juzgar por el comportamiento norteamericano de los últimos años, que lo que le ocurra al Perú con la subversión le tiene a EE.UU. sin cuidado. Su mayor preocupación, aquello que afecta sus intereses, proviene del tráfico de drogas. En este punto sí puede advertirse claramente, en los últimos tiempos, cierto ambiente intervencionista en Washington. En todo caso, han estado ocurriendo una serie de cosas raras desde 1989, curiosamente coincidentes en el tiempo con el derrumbe del sistema socialista y el advenimiento de EE.UU. al estatus de única gran potencia militar.

Para comenzar, ese mismo año se produjo la invasión norteamericana a Panamá, que terminó con el arresto de Noriega por razones de narcotráfico. Si bien este es el hecho más saltante, no es el único que apunta en una dirección intervencionista.

En junio de 1989 se legalizaron las acciones del FBI y otras agencias federales norteamericanas para la detención de prófugos en el extranjero sin autorización del país refugio.

En noviembre de ese mismo año, el Buró Legal del Departamento de Justicia

de los EE.UU. opinó que las fuerzas armadas norteamericanas podían detener en el extranjero a traficantes de drogas, terroristas internacionales y prófugos.

Como consecuencia de esto, el 2 de abril de 1990 Humberto Álvarez Machain, ciudadano mexicano acusado de relaciones con el narcotráfico, fue capturado en Guadalajara, raptado y trasladado a El Paso, Texas. Tiempo después un segundo ciudadano mexicano correría igual suerte.

En enero de 1990 un avión norteamericano cruzó el cielo colombiano sin autorización de este país en misión de aerofotografía relacionada con narcóticos. Ese mismo año EE.UU. intentó un bloqueo aeronaval de las costas colombianas por razones de narcotráfico, el que fue suspendido debido al escándalo internacional que generó.

En marzo de 1990 dos buques colombianos fueron detenidos y abordados por guardacostas norteamericanos dentro de las 200 millas de la zona económica exclusiva de Colombia.

También por entonces el Comando Sur del Ejército de los EE.UU. planteaba como estrategia antinarcóticos golpear militarmente en una sola operación relámpago todos los centros neurálgicos del narcotráfico. Tal operación debía ser hecha por los ejércitos sudamericanos, con apoyo de los EE.UU., pero no faltaron quienes sugirieron que ante la even-



Pinochet: Con la mirada puesta en el Perú.

tual negativa de los ejércitos de la región EE.UU. debía actuar por cuenta propia.

Este año de 1992 se produjo con el Perú el incidente del avión C-130 en el mes de mayo, y en junio un segundo incidente, esta vez sobre el mar peruano.

Finalmente, el 15 de junio último la Corte Suprema de los EE.UU. determinó que agentes federales norteamericanos podían secuestrar a un sospechoso criminal extranjero en su país de origen y llevarlo por la fuerza a los EE.UU. para ser juzgado. La Corte actuó a petición del presidente Bush y revisó la decisión del Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito que había opinado sobre la ilegalidad de tal acción.

Lo interesante es que este ambiente intervencionista en los EE.UU. coincide con otro ambiente similar en Europa. Sin embargo, los temas que en ésta se plantean no son sólo el narcotráfico, sino también la defensa de la democracia y los derechos humanos. En Europa se esgrime como principio la solidaridad democrática, que contempla incluso la intervención militar multilateral.

Willy Brandt ha llegado a sostener que es posible trasponer las fronteras nacionales para defender los derechos humanos, la democracia y —añade— la ecología. Es así como, en este ambiente, se comienza a hablar de revisar el concepto de soberanía, labor en la que se encuentran sumidos muchos intelectuales en el mundo desarrollado.

En EE.UU., también desde hace mucho tiempo, se encuentra muy enraizado el principio de defender, y en algunos casos imponer, la democracia. Recuérdese, al respecto, la Doctrina Wilson. Y la cuestión de los derechos humanos no le es precisamente ajena. El problema es cuando se mezclan los tres temas: narcotráfico, democracia y derechos humanos.

Y eso es precisamente lo que está ocurriendo actualmente en el caso peruano. En el congreso norteamericano se habla de las fuerzas armadas peruanas como ligadas al narcotráfico, como corruptas y violadoras de los derechos humanos. Y a esto se añade, a partir del cinco de abril, el problema de la democracia, lo cual crea un ambiente enrarecido, por decir lo menos.

Por si fuera poco, también en América del Sur se presenta un ambiente intervencionista. A principios de los años 80, en la Declaración de Riobamba los cancilleres de los países andinos consideraron como no atentatorio contra el principio de no intervención la defensa de la democracia por los Estados de la subregión frente a cualquier Estado que la violentara. En el mes de abril de este año, a raíz del golpe en el Perú, el canciller argentino Guido Di Tella señaló que debía crearse un cuerpo interamericano de intervención para defender la democracia. Países como Venezuela, Colombia y Brasil estarían aparentemente de acuerdo con esto.

Este planteamiento, si bien no ha sido aceptado en la OEA, tendría apoyo de los EE.UU. La Doctrina Betancur serviría para aislar al país que se aparte de la democracia y lo prepararía para una eventual intervención.

De otro lado, la subversión es también motivo de preocupación entre algunos de nuestros vecinos en medio de este ambiente intervencionista. Ya desde 1985 hay temor de que la subversión peruana se salga de control y se desborde.

Es así cómo Brasil inició el proyecto Calha Norte, que consiste en la construcción, a lo largo de sus fronteras, de bases que impidan dicha infiltración. Un índice de la importancia que a esto se le concede es el presupuesto que se le otorgó: 650 millones de dólares, aunque solo se ha ejecutado una parte debido a problemas económicos.

En cuanto a Chile, ya en 1989 el ejército chileno planteó en la Reunión de Ejércitos Americanos la posibilidad de una intervención conjunta en cualquier país en donde la subversión se salga fuera de control. Aunque el planteamiento fue rechazado, no deja de ser un indicio de lo que al respecto piensan nuestros vecinos del sur.

De otro lado, últimamente el general Pinochet, comandante general del ejército chileno, ha venido sosteniendo con los partidos políticos de su país reuniones denominadas «Almuerzos de Confraternidad». Trasciende que en esas reuniones el general Pinochet llamó a los partidos a tener en cuenta los efectos que una posible desestabilización del Perú por la subversión podrían tener en la seguridad chilena, entre otros mediante la posible exportación del terrorismo a Chile desde el Perú. Y habría planteado, además, la conveniencia de incorporar dentro de una estrategia global la participación de las empresas chilenas en la privatización de las empresas estatales peruanas.

En cuanto a los argentinos, el presidente Menem declaró hace un par de meses que la fuerza armada peruana sola no podría combatir a Sendero Luminoso.

En Bolivia la preocupación por un posible «derrame» subversivo a su territorio se hizo patente en un seminario sobre este tema realizado a mediados de agosto por el Ministerio del Interior en La Paz.

La verdad es que ya ha habido enfrentamientos de fuerzas militares bolivianas con Sendero Luminoso en el Altiplano, y que uno de los grupos subversivos bolivianos, el Zárate Huillca, ha firmado un «pacto de sangre» con Sendero, mientras el Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK) se encuentra bastante cercano a las posiciones senderistas.

En resumen, pareciera que en el mundo está cobrando fuerza cierto ambiente intervencionista, por varias razones: narcotráfico, defensa de la democracia, defensa de los derechos humanos, subversión y defensa de la ecología. El problema es que, al parecer, el Perú reúne todos los problemas que propician el planteamiento intervencionista.

Coincidentemente, Argentina, que parece ser el abanderado de la intervención en defensa de la democracia, ha comenzado a recibir armamento de los EE.UU., pese a todas las invocaciones del presidente Bush, luego de la guerra del Golfo, a favor de una reducción del armamento a nivel global. De manera semejante, el país que parecería ser el abanderado de la intervención por razones de subversión, también ha recibido armas a precios simbólicos de los EE.UU.; entre otros, una escuadrilla de aviones A-378. La Fuerza Aérea Peruana había solicitado a los EE.UU. una escuadrilla de estos mismos aviones para combatir el narcotráfico y sólo recibió repuestos, pero Chile, que no tiene el problema del narcotráfico ni el de la subversión, obtuvo los aviones que no les fueron concedidos al Perú.

Llegados a este punto, me detengo en mis especulaciones para no sacar conclusiones tremendistas, a las que me resisto. Sólo espero haber llamado la atención de quienes tienen la responsabilidad de la lucha contra el narcotráfico y la subversión y el regreso a la democracia, para que tomen conciencia del ambiente enraizado en el que nos estamos moviendo últimamente por culpa de nuestros fracasos y en circunstancias en las cuales se habla ya, en medios internacionales, como se hace en un informe de la Rand Corporation, del riesgo de derrumbe del Estado peruano, de las consecuencias geopolíticas que esto podría acarrear y de las medidas que los diferentes Estados —vecinos o no— podrían tomar. ■

ALEJANDRO MAYTA NO MURIÓ EN EL PABELLÓN BRITÁNICO

Abelardo Sánchez León



En 1983 Vargas Llosa escribió una novela premonitoria: *Historia de Mayta*.

Luis Alberto Sánchez afirmaba que América es una novela sin novelistas. Gabriel García Márquez piensa que la riqueza fantástica de América Latina es superior a aquella de su literatura. La novela *Historia de Mayta* describe un escenario apocalíptico de la sociedad peruana que para la época en que fue escrita (1983) podía parecer un acto de irrefrenable imaginación. Cotejemos ficción y realidad y establezcamos las similitudes y diferencias. Porque, sin duda, fue premonitoria.

«Por supuesto que no aparece su nombre verdadero. Por supuesto que he cambiado fechas, lugares, personajes, que he enredado, añadido y quitado mil cosas. Además, inventé un Perú de apocalipsis, devastado por la guerra, el terrorismo y las intervenciones extranjeras. Por supuesto que nadie reconocerá nada y que todos creerán que es pura fantasía.» (Mario Vargas Llosa: *Historia de Mayta*, página 321.)

«La sangre no ahoga la revolución, sino la riega.» (Presidente Gonzalo)

En 1984 Mario Vargas Llosa publicó su novela *Historia de Mayta*. La trama, cronológicamente, se inicia en 1958. En esa fecha su personaje central, Alejandro Mayta, encontrará en casa de su tía-madrina, Josefa Arrisueño, nada menos que al alférez Vallejos, su socio de la asonada de Jauja.

La novela sale a la luz pública cuatro años después del nacimiento político de Sendero Luminoso, cuyo accionar privilegiaba —en aquellos años— las zonas andinas y tenía en la tragedia de Uchuraccay, ocurrida en enero de 1983, su punto más alto del desconcierto y la indignación nacional.

Mario Vargas Llosa conocía muy de cerca los sucesos ocurridos en aquella comunidad andina, pues presidió la comisión a la que el presidente Fernando Belaúnde le encargara oficialmente esclarecer la brutal muerte de ocho periodistas. Nada hacía suponer, por aquellos años, que la ciudad de Lima se convertiría a principios de la década de los 90 en el escenario predilecto de la guerra en la lógica del esquema senderista del equilibrio estratégico.

La novela, es preciso indicarlo, tiene también otro inicio cronológico, como fácilmente puede advertirse desde la primera página, cuando el narrador, en este caso el autor, Mario Vargas Llosa, se presenta a sí mismo como personaje: el periodista sin nombre que intenta desentrañar en 1983 la complicada trama de Alejandro Mayta y su participación en un movimiento revolucionario en los parajes de Jauja.

La primera visita que hace el periodista en su afán de reconstruir los sucesos de Mayta en Jauja, un cuarto de siglo después de que su personaje conociera a Vallejos en la casa de su tía-madrina, es justamente a doña Josefa Arrisueño. Ello ocurre en Surquillo, quizá uno de los pocos barrios limeños que no han cambiado durante los años.

Durante esta visita recrea la conversación que sostuvo Mayta con Vallejos y el clima político que se vivía en esa época. El lector es trasladado, de ese modo, a un momento histórico preciso que Mario Vargas Llosa se encarga de relevar: la Revolución Cubana a punto de nacer, como veintidós años después nacería en el Perú Sendero Luminoso.



¿Por qué escogió VLL a Mayta y no a otros más importantes y famosos, como por ejemplo a De la Puente, el líder de las guerrillas del 65?

En pleno Surquillo, en medio de una fiesta familiar e intrascendente, lo que estaba pasando en Cuba irrumpe en los oídos de Mayta a través de las explicaciones que Vallejos daba a las jovencitas Zoilita y Alicia, hoy en día —me imagino en 1983— radicadas en Venezuela, casadas y con hijos.

Zoilita y Alicia forman parte de los primeros peruanos que se marcharon al extranjero y no regresaron, cuyo número, entre 1985 y 1988, fue de 71,970 varones y 79,669 mujeres.

«Eso que estaba pasando en Cuba no era nada comparado con lo que podría pasar en el Perú, si quisiéramos. El día que los Andes se muevan, el país entero temblará.» En ese momento, escuchando al alférez Vallejos, Mayta se preguntó a sí mismo: «¿Será aprista? ¿Será rabanito?» Pero no se preguntó lo esencial: ¿Será senderista?

Imposible hacerse esa pregunta, porque Sendero Luminoso existiría muchos años después; pero cuando el periodista—autor visita a Josefa Arrisueño en 1983, Sendero ya existía. Es más: según se describe en la novela, ya había una guerra total, con zonas liberadas, que hacía temblar los cimientos de todo el país, porque

no solamente se localizaba en los territorios más deprimidos del Perú (como realmente sucedía en 1983) sino que estaba en la misma Lima, ciudad sitiada, atrincherada —muy parecido a lo que ocurre en 1992—, escenario de una guerra realmente existente, con fuerzas militares foráneas dentro, controlando las fronteras del sur y del norte.

Este tiempo presente de la novela, totalmente apocalíptico, no era el tiempo histórico de la sociedad peruana. La guerra senderista, aunque nunca se la menciona con ese nombre, tenía apenas tres años de actividad. El gobierno no era capaz de entender el fenómeno senderista, a cuyos seguidores calificaba de delincuentes ayudados por regímenes comunistas extranjeros.

El alférez Vallejos —recibido en 1957 de la escuela de Chorrillos— era socialista, «por más que digan que militar y socialista no cuadran». Diez años después de aquella fiesta un presidente, como el general Juan Velasco Alvarado, se calificaba a sí mismo socialista y a su gobierno de revolucionario.

Pocos entendieron el mensaje de los perros muertos. Así anunciaba Sendero su guerra, que en nada se parecería a las que la precedieron.



En esa conversación se condensan veintiocho años de la historia peruana: «Si la revolución aprista del 30 hubiera triunfado, otro gallo cantaría» —en versión del anciano en zapatillas—. «No habría tanta injusticia ni desigualdad. Se habrían cortado las cabezas que hay que cortar y el Perú sería otro», en palabras de Vallejos.

¿Pero podría imaginar Vallejos que esas palabras las llevaría a la práctica Sendero Luminoso? ¿Podría imaginarse a Sendero Luminoso actuando veintidós años después en el Perú? Quienes podrán constatar la vigencia de esas palabras son doña Josefa Arrisueño y el periodista—autor de la novela, en 1983. Y podrán confirmarlo viviendo en un escenario de guerra total, más parecido a lo que ocurre en 1992.

Desde la página 20, la novela en su conjunto constata la existencia de la revolución en el Perú, ya no como posibilidad, mediante la embrionaria revuelta de Mayta, sino como un hecho consumado en la guerra declarada por Sendero Luminoso. En el racconto novelado, a través de la recreación de doña Josefa Arrisueño, claro, «la revolución vendrá», recogiendo las palabras de Mayta. «Pero tomará su tiempo. No es tan fácil como tú crees.» Porque antes Vallejos lo había reprimado diciéndole: «o sea que eres de los que creen que el Perú seguirá tal cual hasta el fin de los tiempos.»

Esta conversación tiene para el lector informado, en 1984, un bagaje histórico que la propia doña Josefa Arrisueño se encarga de recordarle al periodista, cuando, intrigada por el motivo de su visita, le pregunta si va a escribir algo sobre la vida de Mayta, «y por qué Mayta si hay otros más famosos: el poeta Javier Heraud, por ejemplo. O los del MIR. De la Puente, Lobatón, esos de los que se habla siempre. ¿Por qué Mayta? Si de él no se acuerda nadie».

En este momento estamos ante el corazón de la novela. En efecto, por qué, se pregunta el periodista y se pregunta Mario Vargas Llosa. «¿Porque su caso fue el primero de una serie que marcaría una época? ¿Porque fue el más absurdo? ¿Porque fue el más trágico? ¿Porque, en su absurdidad y tragedia, fue premonitorio?» Sí, premonitorio e inevitable, a

juzgar por los sucesos ocurridos después, en la larga cadena de movimientos, rebeliones, intentonas, guerrillas, hasta la aparición de Sendero Luminoso en 1980.

Si fuésemos historiadores, deberíamos remontarnos incluso hasta 1780, cuando Túpac Amaru se convierte en el símbolo de la gran rebelión andina, doscientos años exactos antes de que Sendero Luminoso, cerca de Tinta, en Ayacucho, iniciara sus acciones armadas. Además, debemos tener presente que lo que está pasando en Cuba es real, la demostración tangible de que la revolución existe, no como mera especulación.

Tal como harán los principales ideólogos de Sendero Luminoso veintidós años después, Mayta toma todas sus distancias frente a la Revolución Cubana, calificándola de pequeño burguesa y no de socialista. «Esa revolución todavía está verde.»

En la novela se discute, a través de estos dos personajes, sobre el rol de los intelectuales en la revolución, ya que Mayta es, ante todo, un trotskista, un militante del POR (T). Y Vallejos es un alférez, una persona de acción.

Para Mayta, sin embargo, primero están los obreros, luego los campesinos, y los intelectuales a la cola. «¿Y Fidel Castro y esos del 26 de julio que están en las montañas de Cuba no son intelectuales?», pregunta Vallejos. Si lo son, parece que hubiera una gran contradicción, porque, siéndolo, participan activamente del acto revolucionario. ¿Sendero Luminoso, acaso, no ha condenado hasta el infinito a los intelectuales de palabra que nunca toman parte activa en la acción? ¿Qué otra cosa es Mayta, en el fondo, que el difícil trance del intelectual por empuñar las armas?

SENDERO ATACA A LAS ONG

No viene al caso saber cuál es el referente utilizado por Mario Vargas Llosa para hacer la descripción del Centro Acción para el Desarrollo, capaz de utilizar cualquiera de las siglas en boga, ni la imagen de su director, Moisés Barbi Leyva, «cuyo genio ecléctico logró recibir subvenciones, becas, préstamos del capitalismo y del comunismo, de los gobiernos y fundaciones más conservadores y revolucionarios y tanto Washington como Moscú, Bonn como La Haba-

na, París como Pekín, la consideran una institución suya».

Por supuesto: Moisés Barbi Leyva era «un revolucionario de catacumbas» en los tiempos de Mayta, y ahora es un intelectual progresista. Ahora, en 1983, cuando el periodista de la novela (el autor del libro *Historia de Mayta*) visita a los testigos para acrecentar su información que le permita perfilar a su personaje central.

Porque en *Historia de Mayta* aparecen por primera vez en la literatura peruana las ONG, antes conocidas como los Centros de Desarrollo, enemigos jurados del senderismo por considerarlas el último colchón del sistema, el paliativo, el reformismo final, que se antepone a sus acciones verdaderamente revolucionarias.

La descripción irónica que de ellas hace Mario Vargas Llosa, desde un punto de vista ideológico-político, es la misma que expresa Sendero Luminoso desde las páginas de *El Diario*. Moisés Barbi Leyva es un hombre de éxito. Despierta envidias y mucha gente habla pestes de él y se burla de su Cadillac —o de su Toyota o Nissan— color concho de vino en el que rueda por las calles. Y la crítica va aún más lejos: «las peores lenguas son las de los progresistas que gracias al Centro —a él— comen, se visten, escriben, publican, viajan a congresos, ganan becas, organizan seminarios y conferencias y aumentan sus prontuarios de progresistas.» Esta visión deja, así, de ser una crítica solamente desde la derecha, para convertirse también en crítica y amenaza física senderista.

No hay duda: la izquierda, después de Mayta, después de la muerte de Javier Heraud, después de las guerrillas del MIR, ha ingresado al sistema político formal. Son los parlamentarios cretinos, de acuerdo con el epíteto senderista. Son los intelectuales que no empuñaron el arma y se cobijan en los centros académicos de desarrollo. Son los que para algunos europeos cínicos optaron por la pluma en lugar del fusil. Aunque sea el irónico o simbólico fusil de madera que caracterizó al candidato a la presidencia de la República Horacio Zeballos, en 1980. Ese mismo año los senderistas optaron por robarle las pistolas a los policías y la dinamita a los empresarios mineros. Si Mayta lo viera, diría de Moisés Barbi



Febrero de 1992: Asesinaron y dinamitaron el cadáver de María Elena Moyano.

Leyva «es el caso típico del intelectual revolucionario que se sensualizó».

Como resulta casi obvio, Moisés Barbi Leyva invita al periodista-narrador al restaurante «Costa Verde». Las calles de Miraflores están atestadas de patrullas policiales y de jeeps del ejército con soldados encasquetados. El «Costa Verde» está mejor defendido contra posibles atentados. Al igual que «El Pabellón de Caza», rodeado por policías con metralletas.

En esa época, rumbo al restaurante, pudo muy bien suceder el ataque al camión del ejército cometido el domingo 9 de agosto de 1992 en el malecón de La Reserva, utilizándose una mina casera a control remoto, con el resultado de cinco soldados muertos. Y, por supuesto, estarían indignados por las ruinas de la calle Tarata. Pero como resulta casi obvio, también, Moisés Barbi Leyva tiene su arma: una Browning de 7.65 milímetros que, habitualmente, conserva en la guantera de su auto, como la mayoría de los hombres públicos. Un arma de defensa personal, y no para hacer la revolución.

Casi como lo hubiera reseñado rochosamente El Diario.

LA CIUDAD EN GUERRA

Los itinerarios que cumple el periodista sirven para mostrar diversos ambientes de la ciudad de Lima, sujeta a una implacable guerra. La Lima marginal, la de las barriadas, no es sólo el brote de casuchas de esteras y cascotes, entreveradas con muldares, sino también el escenario de sangre y terror.

Un análisis clásico, antes de 1980, no podría imaginar hechos de sangre senderista en las barriadas, porque allí viven los pobres, los marginados, los explotados. Pero justamente el ingreso significativo de Sendero Luminoso a Lima se da a través de los pueblos jóvenes: intimidación y asesinato de sus dirigentes, amedrentamiento, infiltración a las juntas vecinales.

«¿Había muchos asesinatos en el barrio?», pregunta el periodista en 1983. «Bastantes. ¿Políticos? Sí, también políticos. Ahí nomás apareció un cadáver decapitado con un letrerito: 'Perro solplón...'» (En febrero de 1992 asesinaron y luego dinamitaron el cadáver de María Elena Moyano en Villa El Salvador.)

Mayta no consideraba que las barriadas constituirían un potencial revolucionario. «No son proletarios sino lumpen. No tienen conciencia de clase porque no forman una clase. Ni siquiera intuyen lo que es la lucha de clases.» Para Sendero Luminoso, treinta y cuatro años después, las barriadas son, en todo caso, el cerco de hierro. El escenario que deben capturar por la vía de los hechos.

En los tiempos de Mayta no existía Villa El Salvador. Comas estaba por nacer. No se hablaba de informalidad económica, ni de movimiento de pobladores. Y, menos aún, de cooptar a las dirigencias por parte de Sendero Luminoso (la CUA-VES, por ejemplo, y su VI convención en agosto de 1992).

Por supuesto que resultaba difícil imaginar que los curas y las monjas o los trabajadores sociales que optaron por vivir en las barriadas pudieran ser asesinados. Mayta, de niño, había estado en una barriada con los muchachos de la Acción Católica. Pero la Iglesia, según Mayta, «no tiene la solución. La solución es la

revolución». La revolución en Ate-Vitarte, El Agustino, Canto Grande, controlando la CUAVES o experimentando en Raucana.

FUJIMORI NO CERRÓ EL PARLAMENTO

En ese contexto de guerra declarada, el Parlamento continuaba existiendo. El periodista entrevista a un senador en el bar del Congreso. Para el senador «lo único que puede salvar al Perú en las circunstancias actuales es el gran proceso de unificación de la izquierda democrática», que a Mayta seguramente le hubiera sacado ronchas.

Tanto el doctor del Centro de Desarrollo como el senador Campos se encuentran ubicados en el universo reformista de la política nacional en medio de una guerra abiertamente declarada. El senador Campos es, por supuesto, un hombre ilustrado sobre los avatares de la política del país. «Vino Cuba y, en 1963, lo de Javier Heraud, las guerrillas del MIR y del ELN. Derrota tras derrota para las tesis insurreccionales. Ahora salieron por fin con su gusto. Sólo que... Sólo que esto ya no es la revolución sino el apocalipsis. ¿Alguna vez alguien se imaginó que el Perú podía vivir una hecatombe así?» Y luego afirma la gran verdad que pasa inadvertida en una primera lectura de la novela: «lo de ahora ha enterrado definitivamente la historia de Mayta y Vallejos. Hoy no se acuerda nadie de ella, estoy seguro.»

La asonada, la revuelta, la rebelión o la revolución embrionaria de Mayta en los parajes de Jauja es poca cosa comparada con el paisaje apocalíptico de la novela en 1983 y con la realidad que vive el país en 1992. Las conversaciones y las dudas de Mayta resultan cómicas al lado de la acción decidida de las huestes senderistas. Su acción es, sin embargo, para quien lea la novela y conozca lo que sucede en el Perú —porque la puede leer un nigeriano o un noruego—, el embrión de un proceso que ni los propios revolucionarios trostkistas o leninistas de la época de Mayta podían imaginar, convirtiéndose en las víctimas del proceso revolucionario o en meros espectadores.

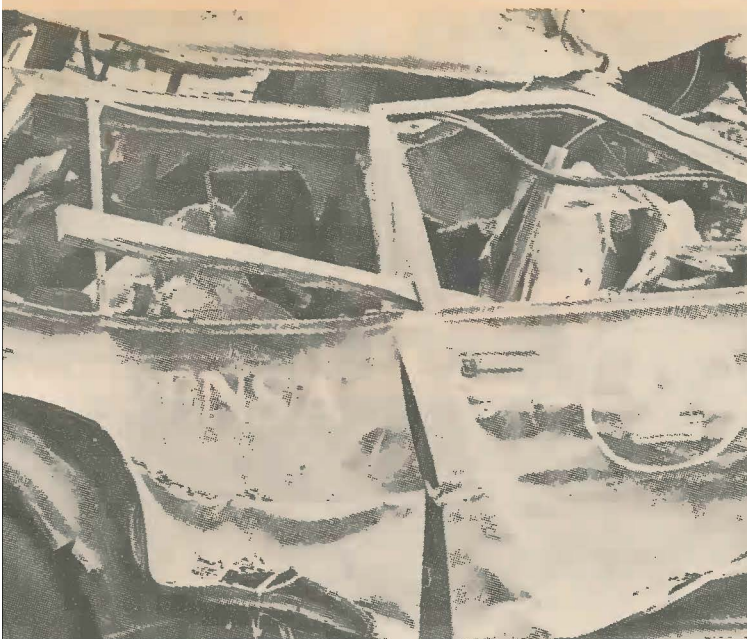
La asonada de Mayta, a pesar de ser ridículamente cómica, tiene ciertos rasgos



que con Sendero Luminoso adquirirán elementos de gravedad. El reclutamiento de escolares, por ejemplo, como los milicianos privilegiados de su movimiento, es una práctica reconocida en Sendero Luminoso. En ella no solamente participa Osmán Morote, sino su hijo menor de edad, recluso en el reformatorio de menores de Maranga. Niños, mujeres, por ejemplo, son, entre los militantes de Sendero, piezas claves, cuando con Mayta y Vallejos sólo eran un motivo de risa por la ineficiencia revolucionaria en sus acciones.

La guerra senderista no está vinculada cronológicamente con la Revolución Cubana que sí motivó a los revolucionarios nacionales durante la época de Mayta. El comunista Blacquer dice: «Fue Cuba. La Revolución Cubana rompió los tabúes. Mató el superego que nos ordenaba resignarnos a que las condiciones no estuvieran dadas, a que la revolución fuera una conspiración interminable.»

En lugar de la «exportación» de la Revolución Cubana lo que ocurre en la novela es la invasión a nuestro territorio por parte de diversos ejércitos. «Me alegro que los cubanos y los bolivianos entren» —exclama un cascarrabias—. «Ahora, los marines del Ecuador ya no tendrán pretextos para no entrar.» Situación que



Samuel Nieva

De la ficción de 1983 a la realidad de hoy no hay distancia.

hipotéticamente analiza **Caretas** en sus últimos números, nueve años después, circunscribiéndola a los países vecinos. Los sucesos de la URSS se le escaparon a Mario Vargas Llosa.

MAYTA SALE DE LA PRISIÓN

Al final de la revuelta, Mayta culmina tal como ocurre en los otros movimientos inmediatamente posteriores, en la prisión: Héctor Béjar, Hugo Blanco, por ejemplo. Sendero Luminoso no es la excepción: Díaz Martínez y Osmán Morote son sus dos ejemplos clásicos. La gran diferencia es que los reos senderistas continúan entre rejas la revolución. Los primeros años de la década del 80 y del 90 son testigos de motines y huelgas que culminan con sendos enfrentamientos que dan lugar a las matanzas de 1986 en la isla penal de El Frontón y Lurigancho, y en 1992 en la de Castro Castro.

La historia de Mayta, una vez en prisión, pierde su romanticismo inicial y se convierte en una historia penal y policial, donde resulta difícil deslindar sus acciones políticas de los delitos comunes. Mayta, sin embargo, termina por convertirse «en un preso formal y tranquilo, que no se metía en líos. Era concesionario de un puesto de alimentos en el pa-

bellón cuatro». Al salir de la prisión trabaja en un puesto de helados, en Miraflores. Está viejo, cansado, escéptico, y sufre de los riñones. Pretende viajar a México o a Venezuela, donde hay dinero y petróleo. O a los Estados Unidos, aunque no sepa inglés. Su caso no guarda ninguna similitud con el de los reos senderistas que han convertido a las prisiones en un lugar de lucha. Ni con aquellos que, una vez fuera, reinciden.

Entre Mayta —preso hasta 1968 ó 1969— y lo que ocurre a partir de 1980, no hay conexión alguna. Durante ese lapso se produce un vacío en la novela que la realidad ha vivido en carne propia. Mayta y la Revolución Cubana, Mayta y las guerrillas del 63 y del 65 tienen un parentesco, una cierta raíz común. Pero entre Mayta y Sendero Luminoso no hay vínculo posible. Aunque en 1983 —antes de los sucesos en El Frontón y Lurigancho en 1986 y en Canto Grande en 1992— el Perú estuviese, en la novela, en una guerra total. Del Pabellón Británico —donde no hubo sobrevivientes (se calcula en 124 el número de muertos)— de repente emerge la fantasmal imagen de Alejandro Mayta como el raro y patético destino de la palabra revolución en el Perú. ¿Hasta cuándo la literatura tendrá ese maldito don de anticiparse a los acontecimientos? ■



¿EL PASADO QUEDÓ ATRÁS?

Cuando el discurso oficial anuncia, terminante, que no hay retorno posible al pasado y que estamos entrando en la modernidad, y cuando, en efecto, sería difícil no reconocer que el Perú se encuentra en trance de un cambio profundo cuya naturaleza resulta por lo menos desconcertante, hemos querido abrir un espacio de reflexión sobre el tema invitando a personalidades representativas de una variada gama de actividades, a responder, a discreción, a las siguientes preguntas: *¿El pasado quedó atrás? ¿Qué país dejamos y qué país está naciendo?* En las páginas siguientes, las opiniones de Mónica Delta, periodista de radio y televisión; Bernardo Gálvez Brandon, ingeniero y empresario; Monseñor Luciano Metzinger, Presidente de CEAPAZ; Antonio Cornejo Polar, exrector de San Marcos, maestro y crítico literario; y Blanca Varela, poeta.

Mónica Delta

El pasado quedó atrás. Esta es una frase que escuchamos a menudo, normalmente a través de una voz monocorde y metálica que intenta personificar «al hacedor del cambio en el Perú».

Sin embargo el pasado, el de la vieja república andina, el de la mentalidad de Chabuca Granda, «con poncho blanco de lino y caballos de paso», o el mundo andino que, hasta cierto punto, los antropólogos inventaron, comenzó a desaparecer hace treinta años, con las grandes migraciones, con las grandes postergaciones. Pero muchos de los que de una u otra manera fuimos y somos dirigentes, llámense políticos, intelectuales, educadores, comunicadores, no nos dimos cuenta, y allí empezó el divorcio entre el Perú posconquista, con rezagos de la España señorial, y el Perú emergente, un Perú in-

formal, atrevido, violento, que hoy existe y a veces nos sorprende.

Lo que hizo Alberto Fujimori, en realidad, y esto contado a modo de confesión por un sociólogo que trabajó durante su campaña, fue subirse «a la cresta de la ola».

¿Qué tipo de dirigente buscaba el electorado?... No un blanco que en ese momento representara al Perú oligárquico; no alguien que manejara el castellano con prolijidad, porque a la inmensa mayoría, por una especie de autoconciencia de subalternidad lingüística, le es difícil hablar con corrección. Esto siempre fue privilegio de algunos pocos... El electorado buscaba a alguien distinto, que representara además étnicamente al prototipo del «trabajador honesto y pragmático». ¿Quién no ha tenido un compañero de aula «chinito» (nos daba igual si era japo-



Foto «Carélas»

nés o chino), callado y chancón que normalmente sacaba las notas más altas?

Si se pudiera resumir en un par de frases, se diría que en las elecciones de 1990 Mario Vargas Llosa buscaba un electorado, mientras que el electorado buscaba un candidato.

Resultado: Fujimori, «con sus ojitos chinitos y su mal hablar» en Palacio de Gobierno... Una especie de venganza del electorado entre los que muchos hombres del Ande «tuvieron que acriollarse, avivarse» para sobrevivir... Llegó el momento de «sacarle la vuelta» a los Borea, los Diez Canseco, los Salinas...

Con astucia, Fujimori supo proyectar sistemáticamente la corrupción, el atraso y la necesidad de venganza sobre los partidos políticos y el Poder Judicial.

En realidad los cambios culturales más profundos desde la conquista se resumen en las últimas tres décadas.

Si bien hemos dejado atrás ese país hispánico, protocolar, quizá hasta hipócrita, sienta, con preocupación, que está naciendo un país autoritario que tiene gobernantes cuya filosofía apunta a que «el fin justifica los medios», y que para ello se deben evitar los acercamientos y las concesiones, y sobre todo se debe terminar con las instituciones y en algunos casos con las tradiciones.

Cuando veo que, con actitud de «yo no sé nada» y con silencios cómplices, los católicos aceptamos, sin explicaciones,

que quien «personifica a la nación» desaira una celebración eucarística el día de la patria, realmente siento escalofríos.

Un país sin respeto por sus instituciones, que son las que deben permanecer a pesar de los hombres, es como un castillo de naipes que un viento fuerte destruye sin compasión. Y eso bien lo sabe Sendero, al que se ayuda con esta actitud no democrática, no de entendimiento, no de ver al Perú más allá de sus mezquindades. Con esta actitud autoritaria estamos ayudando a Sendero Luminoso a creer que su fantasía fanática de llegar al poder es posible.

Estoy convencida de que la acumulación de poder sólo trae consigo la soberbia y el afán de perpetuarse, y que dando más poder sólo provocamos que seres humanos se conviertan en monstruos que se alimentan únicamente de su propio espejo y de su propia voz.

Por eso es imperativo que el poder se reparta y que el equilibrio sea siempre fiscalizado. Eso está en nuestras manos, es decir, en nuestros votos.

Es un momento sumamente difícil. No se puede ver, como en pocas épocas de la historia, la claridad del futuro; ésta es mínima. Lo que sí podemos decir es que el futuro inmediato del Perú no está ni debe estar en manos de Fujimori o de los militares sino en la voluntad de 22 millones de peruanos que queremos vivir en paz... Cualquier error, ahora, será fatal. ■

Bernardo Gálvez Brandon

Durante los últimos años hemos avanzado aceleradamente hacia el caos, y ya hemos llegado. Los mayores problemas, señalados por los políticos, la prensa y muchos ciudadanos, tales como la pobreza, el narcotráfico, la subversión y el deficiente manejo económico, esconden otros proble-

mas más profundos, algunos de los cuales provienen de la Colonia (la discriminación racial, la destrucción de las elites nativas).

No es solamente basándose en leyes, generalmente incumplidas, que pueden atacarse los gravísimos problemas que vivimos. Un cambio en actitudes y apti-



tudes en el grupo o Poder Ejecutivo, tal vez pudiera aún evitar un desastre mayor del que vivimos. (Según el ministro de Salud, el 50% de estudiantes de colegios estatales limeños sufre de tuberculosis.)

No hay recetas para enrumbar una solución, pero tengamos en cuenta que los millones de hombres, mujeres y niños que se están sacrificando tienen derecho a opinar y a participar en las soluciones que hoy se les están imponiendo.

No hay solución al problema de la violencia sin la activa participación de la población organizada. La represión militar por sí sola no es solución; más bien agrava el problema si se distancia de las organizaciones populares.

La lucha contra el narcotráfico debe partir de un nuevo enfoque: la legalización del consumo de la droga, pero dentro de un acuerdo internacional. Se aca-

barían los traficantes, la corrupción de las instituciones y el financiamiento a los grupos terroristas. Se podría intentar solucionar el problema de los drogadictos desde el punto de vista médico-social, sin tener a mafias organizadas que promuevan permanentemente el consumo de drogas para incrementar sus ganancias.

En cuanto a la crisis económica, de perseverar con tenacidad boloñesa en las actitudes y políticas actuales, vamos a continuar destruyendo al país. Con la recesión todos perdemos, siempre más los pobres. Sin inversión y sin mayor producción, no hay solución económica.

Para volver a la pregunta, ¿qué pasado quedó atrás? En todo caso, no el de los grandes males —ahora multiplicados— que han azotado desde antiguo a nuestro país. Y si un país nuevo está naciendo, en las actuales condiciones nace con todas las desventajas. ■

Monseñor Luciano Metzinger

La elección del ingeniero Alberto Fujimori a la presidencia de la República y su discurso inaugural del 28 de julio de 1990 abrieron nuevos horizontes políticos y despertaron grandes esperanzas entre el pueblo, hartos de la ineptitud de los gobiernos anteriores para detener las matanzas y devastaciones de la subversión y para poner fin a las estrecheces y penurias de una economía tambaleante.

El nuevo gobierno, que se autodefinía honesto, moralizador y técnico, anunciaba cambios profundos en la estrategia de la lucha antiterrorista y en la política de restauración de la economía nacional y auguraba substanciales modificaciones en las mismas estructuras del Estado.

Sin embargo, unas crueles y poco sagaces arremetidas del presidente en este mismo discurso contra el Poder Legislativo y el Poder Judicial dejaban entrever que estos cambios no iban a concretarse sin serios roces y enfrentamientos con las mencionadas instituciones estatales y que la nueva administración tomaría un cariz netamente autoritario.

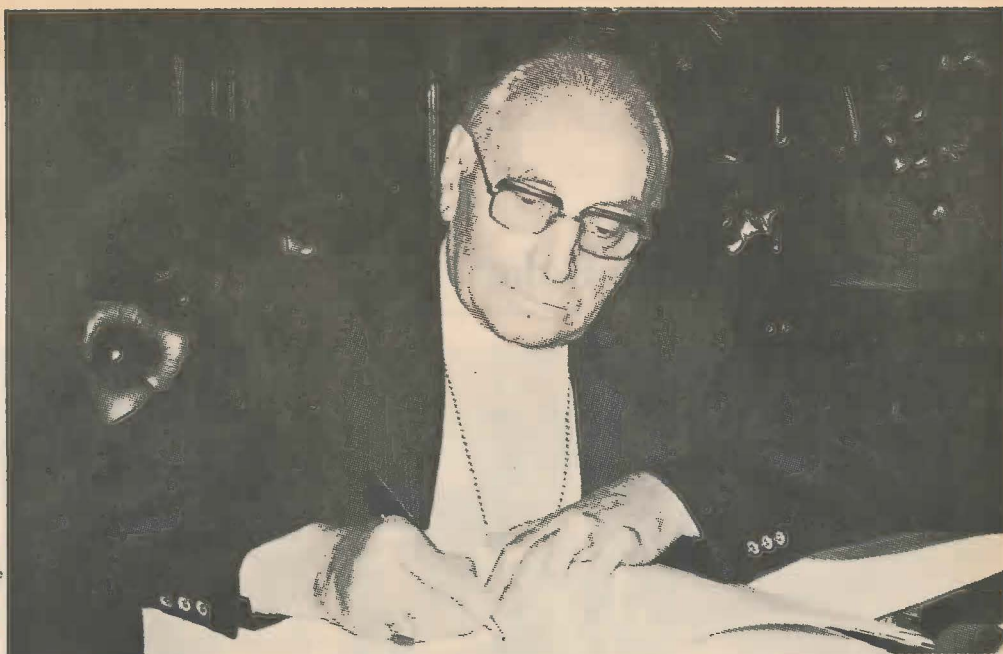
Sin entrar en el detalle de los azares y avatares de los dos primeros años de su gestión, debemos reconocer que el gobierno consiguió algunos resultados altamente positivos. La notable reducción de la hiperinflación y la reinserción en la comunidad financiera internacional son logros que, a pesar de su excesivo costo social, merecieron los elogios de amigos y adversarios. Por otra parte, tampoco podemos omitir mencionar el fracaso en la lucha antisubversiva y el creciente empobrecimiento del país, especialmente de las grandes mayorías, y finalmente el autogolpe del 5 de abril.

Reacción de un gobierno exasperado de ver frustrado su propósito de alcanzar los objetivos de su política de pacifica-

ción y de transformación de las estructuras por las vías democráticas normales, el autogolpe lanza al presidente y al país en una arriesgada aventura que provoca la violenta impugnación de los partidos políticos. Así nace una aguda y peligrosa crisis. Poco a poco surge también, y va creciendo, la perplejidad del pueblo, que parece no saber ya a quién brindar su soporte.

Esto sucede en el preciso momento en que Sendero Luminoso acababa de declarar haber alcanzado el equilibrio estratégico y decidía, en aparente contradicción con los principios del maoísmo, que en adelante la ciudad iba a ser centro de poder, como el campo, y no sólo centro de resistencia. Al mismo tiempo demostraba, con la multiplicación de sus ataques en la capital y por el enorme incremento de la violencia explosiva de sus coches-bomba, que estas declaraciones no eran arrogantes ni despreciables fanfarronadas.

Salta a la vista de un ciego que la situación de nuestro país se está volviendo cada día más azarosa. Los peruanos parecen conscientes del progresivo decaimiento nacional; todos lo lamentan y quieren detenerlo. Pero demasiado pocos parecen darse cuenta de que la división interna es el mayor obstáculo a la restauración política y económica del país. Un país que cuenta con dos autoridades supremas: un gobierno de facto y a la vez un presidente con un congreso supuestamente constitucionales; dos autoridades supremas implacablemente opuestas enfrente de un grupo terrorista que amenaza terminar con ambas partes para establecer una nueva sociedad. Ese país va inexorablemente a su perdición. Ninguna de las dos partes tiene la capacidad de parar sola la devastadora acción subversiva ni de mejorar sola la situación económica del país.



A pesar de los valerosos esfuerzos e inmensos sacrificios de las fuerzas armadas y de la policía en estos dos años, el gobierno no logró infligir notables pérdidas y daños a la subversión ni, mucho menos, dar serios pasos y reunir sólidos recursos para su liquidación definitiva. Con el creciente empobrecimiento nacional y el menguante soporte de la sociedad civil, esta lucha resulta cada vez más ardua y aventurada.

En cuanto a la recuperación económica, esta tarea queda supeditada a la ayuda externa, ella misma condicionada por el restablecimiento del orden democrático y por la seguridad de tener en jaque a la subversión. Dos condiciones que el gobierno difícilmente podrá cumplir, mientras subsiste la oposición de una mayoría de partidos políticos con un presidente y un congreso que se pretenden constitucionales. A su vez, estos partidos tampoco pueden ofrecer por sí solos una apropiada solución a ninguno de los dos grandes problemas nacionales, por carecer de los indispensables recursos y arbitrios. Y la sociedad civil, a pesar de su singular valentía y capacidad de organización, no aportará ni al gobierno ni a la oposición una decisiva ayuda, ya que

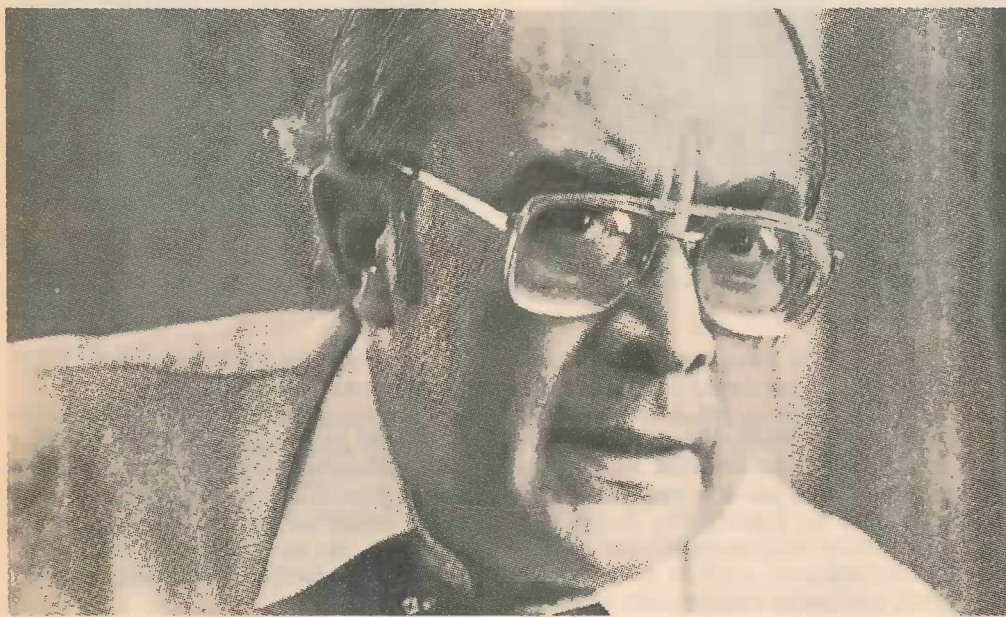
van creciendo sus dudas acerca de quiénes merecen su adhesión.

La ambigüedad y la gravedad de la situación del país sugieren que debe cesar el mutuo hostigamiento entre presidente de facto y partidos de oposición, y que la sincera voluntad patriótica de unos y otros, de la que nadie duda, se manifieste en un gran esfuerzo de auténtico y productivo diálogo.

Ante el desastre que pende sobre el Perú como una espada de Damocles, la única esperanza y garantía de un feliz desenlace está en la unión de todos. Para el Perú de hoy vale el lema de los antiguos romanos en ocasiones de peligro mortal para la república: **Salus populi suprema lex esto**. Lo que significa para los peruanos hoy, como otrora para los romanos: Que la salvación del país sea para todos los ciudadanos la suprema ley por encima de todos los intereses personales y partidarios.

El Perú necesita de la colaboración de todos los peruanos para efectuar la impostergable y sumamente difícil tarea de reconstrucción política y económica. Sólo con la participación de todos sus hijos e hijas el Perú tiene la posibilidad y la esperanza de un nuevo surgir, prosperar y florecer. ■

Antonio Cornejo Polar



Chacho Guerra

Las inquietudes de Quehacer resumen incisivamente las que angustiosamente vivimos hoy los peruanos y se concretan en preguntas que nadie honesto puede responder con certezas y con coherencia cabales —y menos yo, que en los últimos años he vivido la mayor parte del tiempo fuera del Perú. Esto me ha dado una percepción discontinua de la realidad y sus procesos, casi como si en cambio de ver un filme estuviera mirando una serie fotográfica. Haré de la necesidad virtud y mi respuesta, como mi experiencia, será fragmentada y fragmentaria, sin seguir rigurosamente el orden de las preguntas pero respetando su dirección, propósito y contenido.

Creo que en la situación actual hay —entre muchísimos otros— dos problemas

básicos, ambos de tan vieja data que frente a ellos los dos años del gobierno de Fujimori casi no significan nada. Son problemas distintos pero complementarios:

a. Pese a que el discurso intelectual desde hace por lo menos treinta años reivindica la pluralidad social, étnica, cultural, lingüística, etcétera del Perú (y desde mucho antes, a veces tramposamente, el carácter «mestizo» del país), lo cierto es que ni en la esfera pública ni en la privada los peruanos hemos aprendido a vivir las opciones de enriquecimiento y plenitud que están contenidas en esa diversidad; al contrario: hemos perseverado en formas de conciencia y en actitudes que delatan un país estamental, discriminador y racista (en el que la casta sigue pesando más que la clase) y gravemente desintegrado, internamente incomunica-

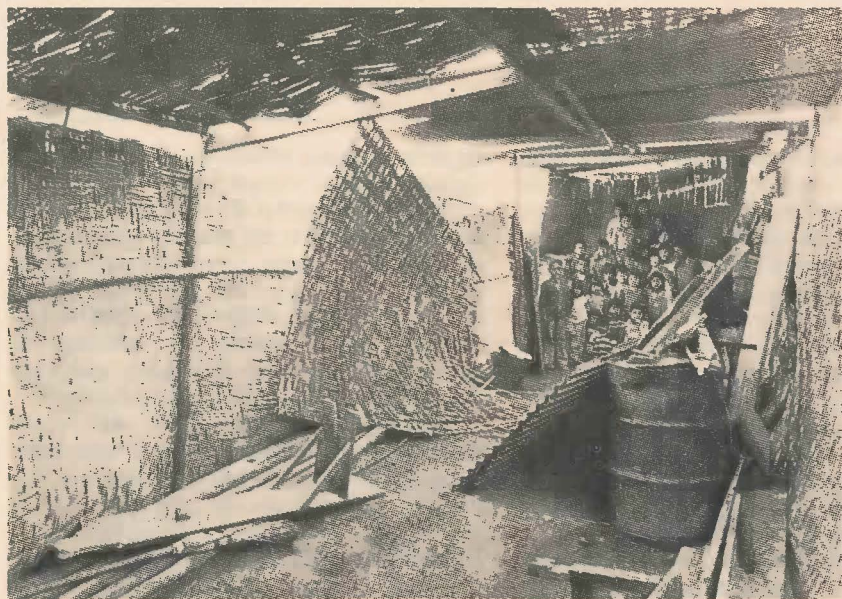
do, roto. (Adicionalmente, esto implica que si es evidente el fracaso de nuestra clase política, no debería serlo menos el de nuestra clase intelectual: después de todo, su discurso cayó en el vacío.)

b. Tampoco hemos superado la viejísima vocación autoritaria de nuestro orden social. En realidad, si de política republicana se trata, me temo que lo que hemos tenido ha sido una variada gama de autoritarismos que se distinguen sólo por el poder del que efectivamente disponían en cada caso o por los «modales» de los gobernantes de turno. Me temo también —y es peor— que la sociedad peruana íntegra ha asumido como legítima, en todas sus esferas, esa fascinación por la autoridad y su ejercicio más o menos indiscriminado, o, lo que es lo mismo, que hemos introyectado como valor el poder del que pueda hacer uso cada quien en sus relaciones públicas y con frecuencia inclusive en las privadas. Es claro que este apetito de poder —que se desgalga por el lado del poder económico con el liberalismo a ultranza— destruye cualquier tipo de moral social.

Ahora bien: si se juntan discriminación y autoritarismo tenemos el escenario perfecto para que la democracia no funcione; y sí, en cambio, la imposición de unos sobre otros —que en última instancia es la raíz de toda violencia. Tal vez

esto permita entender cómo y por qué la «nueva democracia» que propone Sendero pasa por un extenso, injusto y atroz cementerio, como también que en algunas marchas por la paz se pida a gritos (sin que parezca advertirse la contradicción) la pena de muerte para los terroristas. En otras palabras: la crisis actual viene de muy lejos y los últimos años no han hecho otra cosa que profundizarla y hacerla brutalmente obvia para todos.

En este sentido, el país actual —y si somos pesimistas el país del futuro— es un agobiador desastre, producto de una larga historia mal hecha y nunca del todo remediada. Mi pesimismo aumenta porque el actual programa económico, inclusive si lograra todas sus metas, parece estar pensado para la mitad (o tal vez menos) de la población, asumiendo con un darwinismo solapado que sólo merece «salvarse» el más «competitivo» (eufemismo del más «fuerte»), sin considerar además que toda la «competencia» está viciada desde sus raíces por el clamoroso desnivel de los «competidores» —y esto desde las relaciones entre países hasta las internas entre los distintos grupos sociales del Perú, al margen de que, en otro plano, una sociedad regida por la competencia entre sus miembros me parece intrínsecamente inferior a otra basada en la solidaridad.



*El país actual:
un agobiador
desastre.*

Lo peor es que mientras las «soluciones» son sólo promesas a veces muy dudosas y parcialmente cumplidas, los desastres son ya una realidad contundente: insalubridad, desnutrición, deserción escolar, etcétera. Estos desastres (para no volver al tema de la violencia) deberían ser suficientes para que cualquier persona de buena fe tuviera al menos dudas acerca de la legitimidad política, y en última instancia ética, del tipo de «modernización» implícito en el proyecto neoliberal, proyecto que —por lo demás, y esto merecería un comentario más extenso— implica una contradicción substancial al remitir, por un lado, a las leyes del mercado que por sí mismas son jerarquizantes y, por otro, a una ideología democrática que debería apuntar hacia —por lo menos— la igualdad de oportunidades reales.

Es del todo claro que esto no sólo no se está produciendo sino que la desigualdad de oportunidades se está ahondando vertiginosamente, sobre una realidad ya injusta, y de manera irreversible en más de un caso. ¿Qué oportunidad, qué competitividad tendrán los niños desnutridos que no han pisado la escuela o que han tenido que abandonarla? Hablar de

liberalismo, modernización o economía de mercado en esta situación (que empeora a ojos vista) es por lo menos una cruel ironía.

No creo, sin embargo, que la historia sea la forma laica del Destino; por consiguiente, no puede pasarse por alto una opción (que pudo ser la de Fujimori): la de construir otra democracia, mucho más abierta, fluida y eficaz, donde tengan palabra, presencia y participación activa y directa los miles de organismos de base que hoy día son, en el fondo, los únicos que viven democráticamente (y no pocos han muerto por eso) y los que sostienen a pulso la cada vez más azarosa vida del Perú como nación. Frente a ellos, el esgrima romo al que ahora juegan todos los políticos, y es recogido atentamente por los medios de comunicación, me produce un malestar casi insufrible. Sé bien que recurrir al fondo del fondo mismo de una nación para rehacerla al menos con cierto decoro puede parecer utópico, y tal vez lo sea efectivamente, pero sólo por ahí veo una salida. Tal vez sea una utopía necesaria, indispensable, y tal vez —por su propia urgencia— sea realizable. ■

Blanca Varela

Para las nuevas generaciones, hijas de la violencia y el egoísmo de sus predecesores, el pasado no queda ni quedará atrás. Tal vez con el tiempo se irá transformando en un espacio de conciencia donde será posible ordenar un nuevo caos, al cual se pretenderá llamar, una vez más, identidad. Esa entelequia que algunos pueblos consiguieron plasmar después de infinitos avatares, y que más que el rostro de las civilizaciones, de su alma auténtica, se encuentra hoy convertida en una máscara que esconde o ha suplantado al ser humano que alguna vez albergó.

También podríamos responder otra cosa: ¿de qué pasado hablamos? ¿De

aquella historia brumosa, de ignorantes depredadores, violadores de templos y criaturas, bastardos de sangre y espíritu, que conquistaron un mundo que al parecer tampoco estaba exento de males e injusticia? ¿De aquel de los hijos de los aventureros que saltaron del corral al trono, sin haber tenido un mínimo de aprendizaje de seres humanos trabajando solidariamente con sus semejantes?

Porque del anterior, de lo más lejano sólo quedan tumbas, ruinas hermosas, extraños retratos de barro, mitos, y sobre todo el sentimiento de una gran herida por la que hoy brota el más antiguo y terrible furor que oculta y desdibuja lo que sin duda fue una vieja sabiduría, un sa-



grado conocimiento del espacio y del tiempo, un lenguaje mágico del color y la materia.

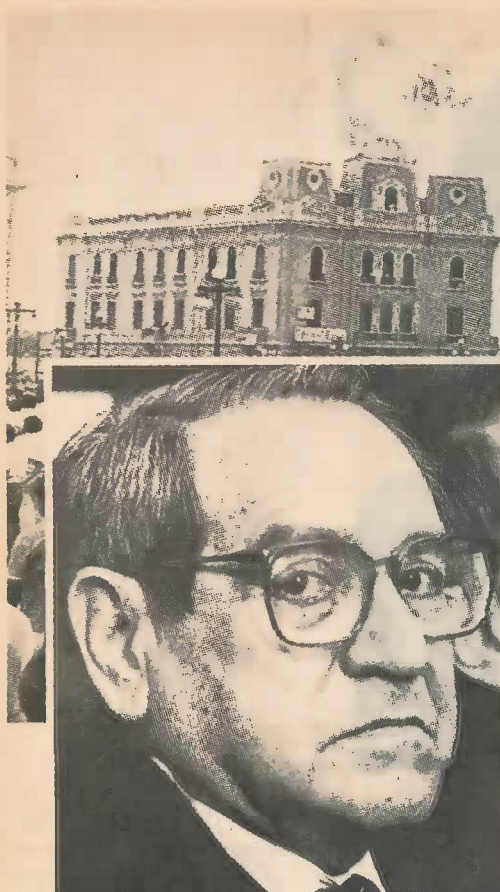
¿Qué país dejamos? Más bien diría qué país llevaremos a cuentas los que padecemos del mal de la memoria. Una época indigna, un estigma, una incapacidad de ser que nos envuelve a todos, culpables o víctimas. Ya se ha dicho: no hay un Perú, sino varios; pero en todos y en cada uno de ellos, si de verdad coexisten, hay una imposibilidad de crear y alcanzar intereses comunes que es aberrante. No nos sentimos iguales entre peruanos; ni siquiera parecidos. Allí estamos en la misma jaula, muertos de hambre, asustados, los zambos, los indios, los blanquiñosos, los «notentiendo», los «saltoatrás», disfrazados de burócratas, de empresarios, de políticos, de jueces, de congresistas. Por Dios, que no vaya a pisar nuestra propiedad, nuestra parcela de excremento, nuestra miserable sombra.

¿De dónde nace este sentimiento, que todos, sin excepciones, en algún momento experimentamos? ¿De la violación de

nuestra abuela india? ¿Del hecho de haber ocupado siempre el último lugar en la mesa del amo? ¿De haber heredado ropas, nombre y pensamiento usados? ¿De haber engordado con sobras? Sin duda, también de la explotación y de la mentira de los melancólicos mayordomos de casa grande que nos han gobernado siempre, con sus aires paternalistas y su demagógica baba.

Ese país será sin duda la simiente del que va a nacer. Del que harán nuestros hijos y nietos. Deseo pensar que vencido o cumplido este karma de siglos, habremos saldado esa milenaria cuenta con nadie, y «desayunados todos» podrán hablar los peruanos del Perú como de algo vivo, natural y próximo.

La violencia de hoy será la energía de mañana. No hay sino que imaginar que todo el empeño y el rigor que se ha empleado en matar y destruir, pudiera, por obra y gracia del sufrimiento, el tiempo y la inteligencia, transformarse en lo contrario: educación, igualdad, respeto mutuo. Suena a utopía. ¿Por qué no? ■



Ministro de Trabajo Augusto Antonioli, firmante del Decreto Ley de Relaciones Colectivas, que introduce nuevos elementos de conflicto con las organizaciones laborales.

NUEVA LEGISLACIÓN LABORAL

LA LEY DEL DESAMPARO

Juan Carlos Cortés, Hernando Burgos

La dación del Decreto Ley de Relaciones Colectivas redondea la reforma de las relaciones laborales emprendida por el gobierno, pero abre un abanico de problemas a los vínculos entre trabajadores y empresarios en un clima nacional que tiene como uno de sus signos más significativos la creciente violencia.

Con la publicación del decreto ley 25593, denominado Ley de Relaciones Colectivas, el actual gobierno ha culminado una reforma muy importante de la legislación laboral peruana.

Si bien se podría decir que este proceso ha terminado, al momento de escribir este artículo aún se sugerían modificaciones a dos decretos legislativos emitidos por el Poder Ejecutivo en el aluvión de normas de noviembre del año pasado.

La primera se ha expresado en un anteproyecto publicado en el diario oficial, mediante el cual se regula el Sistema Privado de Pensiones. El proyecto ha merecido las críticas de los autores originales y de los técnicos chilenos, país del cual se copia el modelo; sin embargo, pese a esas críticas, lo más probable es que se convierta en ley, dados los grandes intereses y fortunas en juego. Esto explica por qué el Ministerio de Economía y el Ministerio de Trabajo están abrumando al ciudadano con la propaganda sobre las Administradoras de Fondo de Pensiones, cuando el costo de la misma le debería corresponder a las AFP.

* La diferencia entre los decretos leyes y los decretos legislativos consiste en que estos últimos son normas con rango de ley emitidas por el Poder Ejecutivo, previa delegación de facultades por el Legislativo; mientras que aquellos han sido y son las normas con el mismo rango en gobiernos de facto. Por supuesto, la terminología corresponde a nuestra realidad.

La segunda responde a un pedido empresarial de mayor flexibilización de la estabilidad laboral. Consiste en afectar a los trabajadores que aún tienen estabilidad laboral absoluta —los ingresados antes de diciembre de 1991—, otorgando al empleador la decisión de aceptar la reposición ante un despido injustificado (facultad del trabajador en la ley 24514 y facultad del juez en el decreto legislativo 728).

La reforma será un proceso culminado cuando se terminen de resolver las incoherencias de su regulación, o cuando se dejen de ver vetas por donde seguir «modernizando» las relaciones laborales, con todo lo que ello implica.

Nadie discutía la necesidad de legislar las relaciones laborales y, entre ellas, las relaciones colectivas de trabajo. La legislación laboral se caracterizaba por el caos: normas dispersas, dudas en la vigencia de ellas, etcétera. Una nueva normativa clara y precisa se imponía; inclusive existían tendencias hacia una codificación o hacia la creación de una ley general de trabajo. La discusión se presentaba sobre el contenido de la regulación y el modelo laboral que se iba a adoptar.

Desde nuestro punto de vista, la modificación de la legislación muestra signos y características inequívocas que señalamos más adelante. En lo que se refiere al decreto ley de relaciones colectivas de trabajo, se cuestiona la oportuni-



Emilio Jiménez

Soldados impiden la realización de un mitin de cinco centrales sindicales en la plaza Dos de Mayo, a mediados de julio.

dad de su dación —estamos ante una situación en la que no existen controles o los controles se encuentran mediatizados—, se critica el contenido de la norma —que dista mucho de ser equilibrada—, y es censurable la falta de diálogo y discusión con los sectores involucrados.

La no dación de una norma que regule las relaciones colectivas desde que entró en vigencia la Constitución, se explica en parte por las deficiencias conocidas del Poder Legislativo, pero también por una oposición de los trabajadores y de los empleadores, de acuerdo a la tendencia del proyecto.

LO ANCHO Y LO ANGOSTO

La norma regula los tres institutos modulares de las relaciones colectivas de trabajo: el derecho de sindicalización, el derecho de negociación colectiva y el derecho de huelga.

Se aplica a los siguientes trabajadores, con distintos alcances según el caso:

1. Trabajadores sujetos al régimen laboral de la actividad privada. A ellos se les aplica la norma en su totalidad.

2. Trabajadores de las empresas públicas. A ellos también se les aplica la norma en su totalidad, salvo en los casos en que exista oposición con disposiciones específicas que «limiten los beneficios» contenidos en el decreto ley.

3. Trabajadores de la actividad pública. A ellos se les aplica solamente la regulación del derecho de huelga.

4. Trabajadores de entidades públicas sujetos al régimen laboral de la actividad privada. A ellos se les aplica solamente un aspecto específico de la norma referido a la negociación colectiva.

Las principales novedades de la ley de relaciones colectivas son las siguientes:

— Los tres derechos esenciales de las relaciones colectivas han sido regulados en una sola norma. Quizá este sea el principal aporte.

— En lo que respecta a la libertad sindical, recoge gran parte de lo que estaba ya normado. Estipula cuatro tipos de sindicatos: empresa, actividad, gremio y de oficios varios. Reconoce la pluralidad sindical en todos los niveles, tema cuestionado por un sector importante de los trabajadores y al parecer también de los empleadores (ver entrevistas). Hay un

exceso de reglamentarismo en lo que se refiere a la parte organizativa de los sindicatos. Mediante el registro sindical otorga facultades excesivas al Estado. Contiene una regulación deficiente del fuero sindical, que debe proteger a los trabajadores frente a actos antisindicales.

— Quizá la negociación colectiva es la que ha tenido la más importante modificación. El anterior procedimiento de negociación colectiva se caracterizaba por etapas precisas, plazos determinados y la intervención del Estado a falta de acuerdo de partes resolviendo el conflicto de manera definitiva. Ahora se otorga mayor libertad a las partes y son ellas las que normalmente deciden los plazos y determinan si acuden al arbitraje para resolver el conflicto.

Un tema polémico es el referido a la duración de las cláusulas del convenio colectivo. Hasta esta ley, los convenios caducaban al año por lo regular, pero las cláusulas tenían carácter permanente. Ahora, las cláusulas caducarán junto con el convenio, salvo que las partes acuerden cosa distinta. Es decir, los trabajadores deberán negociar todo cada vez que presenten su pliego de reclamos.

El segundo aspecto es el referido a la revisión del convenio histórico, es decir, que en la primera negociación las partes deberán revisar integralmente todos los convenios colectivos desde que comenzaron a negociar. Esto significa, en buena cuenta, la posibilidad de perder todos los beneficios obtenidos hasta el momento en convenios colectivos. Definitivamente la opción del legislador es la de fortalecer la negociación colectiva a nivel de empresa.

— En lo que respecta a la huelga, la norma resulta bastante restrictiva. Establece nuevos requisitos, prohíbe modalidades de huelga, reitera la facultad del Ministerio de Trabajo de declarar la improcedencia o la ilegalidad de la huelga, etcétera. Lo que más ha sido destacado es la determinación de la huelga mediante votación universal, individual, directa, secreta y con la certificación de notario público.

Son rasgos distintivos de esta norma, los siguientes:

— Existe una incongruencia en cuanto a la intervención del Estado. Mediante el registro sindical el Ministerio de Trabajo



Se establecen mecanismos que dificultan el ejercicio del derecho de huelga.

mantiene control sobre el ejercicio del derecho de sindicalización, tanto para el registro como para la cancelación de las organizaciones.

Igualmente, tiene importante papel en la calificación de la huelga. Considerando la experiencia pasada de utilización del registro y de la declaración de ilegalidad —reñida con la técnica y con privilegio de aspectos políticos—, resulta incoherente que se reiteren dichas facultades.

Por otro lado, al parecer la intervención del Estado en la negociación colectiva es menor, pero eso sólo es aparente. Por ejemplo, cobra importancia en la determinación de los árbitros; o, a propósito de una negociación colectiva, tiene la facultad de ordenar la inmediata reanudación de labores cuando la huelga se prolongue en el tiempo comprometiendo gravemente a una empresa o sector productivo, o derive en actos de violencia, o, de cualquier manera, asuma características graves por su magnitud o consecuencias. Estas facultades son por cierto bastantes amplias, y pueden generar situaciones de abuso.

— Se le otorga al empleador un mayor poder, sobre todo en la negociación colectiva. Esto es claro cuando la decisión del empleador resulta más importante para determinar el nivel de negociación colectiva. Por ejemplo, la tercera disposición transitoria señala que en los sectores que negocian a nivel de rama las partes deben ratificar ese nivel de negociación, porque de lo contrario tendrá que negociarse a ni-

vel de empresa (la falta de acuerdo no mantiene el statu quo sino lo modifica). Esto lógicamente otorga un mayor poder al empleador y será fuente de conflicto. También le otorga un mayor poder lo señalado con respecto a la permanencia de las cláusulas del convenio y la discusión del convenio colectivo histórico.

— La regulación no ha tomado en cuenta normas de la Organización Internacional del Trabajo, lo que va a significar que nuevamente se emitan informes, resoluciones y recomendaciones señalando que la legislación peruana es incompatible con los convenios internacionales ratificados por el Perú.

INCLINANDO LA BALANZA

El modelo de relaciones laborales que se ha asentado en el Perú reafirma lo que se señalara en Quehacer N° 70. En las relaciones individuales desprotege al trabajador y acrecienta el poder del empleador; y en las relaciones colectivas, donde se debía establecer una legislación promocional del sindicalismo creando mecanismos para establecer contrapesos al empleador, ha optado por una regulación que mantiene la intervención significativa del Estado, restringe los derechos laborales e incrementa también el poder del empleador. De manera complementaria, en el sistema de seguridad social descarga costos que le corresponden al empleador y hace descansar el financiamiento en el aporte del trabajador; y «privatiza» los servicios so pretexto de pro-



Juan Luna, secretario general de la CTP, firma un documento unitario con dirigentes de otras centrales.

greso y de mejores prestaciones, cuya seguridad es relativa.

Se trata de una política laboral liberal cuando conviene a los intereses sectoriales que protege —no nacionales, ni de la generalidad de la población—, pero que abandona esa orientación cuando se trata de restringir los derechos de los trabajadores y de sus organizaciones. La «moderna» y «progresiva» reforma laboral protege un determinado interés, aprovechando una coyuntura política especial favorable.

CRISIS SINDICAL

Normas que restringiesen el derecho de huelga y la acción de los sindicatos eran reclamadas desde hace muchos años por el empresariado. En la última década, en distintas oportunidades se habló de las mismas en el Legislativo. Sin embargo, las iniciativas no prosperaron: porque las diversas directivas no les dieron prioridad en el debate, por lo engorroso del procedimiento parlamentario y por la oposición que encontraron entre algunos sectores (IU, eventualmente el APRA).

El cierre del Parlamento ha facilitado las cosas al gobierno de Alberto Fujimori, pero también ha significado un sustantivo debilitamiento del movimiento sindical.

La recesión ha generado varios fenómenos que han impactado negativamente en la organización sindical:

- La reducción del número de asalariados, a la par que un incremento del desempleo y el subempleo, así como de la informalidad.

- La precarización de la mano de obra asalariada: pérdida de la capacidad ad-

quisitiva de los salarios, que conlleva al pluriempleo; aumento del empleo eventual, cuyos trabajadores carecen de organización y de condiciones para una defensa efectiva de sus derechos.

Igualmente, el gobierno ha dado normas que eliminan o restringen la estabilidad laboral y que facilitan el despido de los trabajadores.

Estos factores han traído consigo un debilitamiento de las organizaciones sindicales, cuyo número de afiliados ha disminuido.

Asimismo, ha afectado la participación de los sindicalizados en la vida sindical y en las acciones de lucha convocadas por los gremios. Esto es muy difícil para quienes afrontan su sobrevivencia con varios trabajos y cuyo salario es ya bastante reducido como para soportar los descuentos que sobrevienen a los paros y huelgas.

Según un informe aparecido en *Coyuntura Laboral* N° 63, de octubre del año pasado, en 1990 el 52 por ciento de la PEA asalariada de Lima Metropolitana trabajaba en empresas carentes de sindicato. La falta de organización sindical afectaba sobre todo a los trabajadores más jóvenes: en 1990 las tres cuartas partes de los trabajadores menores de 35 años laboraban en compañías donde no existía organización sindical.

Pero también hay factores intrínsecos que han mermado capacidad al sindicalismo.

A pesar de declaraciones acerca de la necesidad de una central única de trabajadores, ésta no se ha plasmado y, por el contrario, recientemente han aparecido dos nuevas centrales, que aunque de es-

casa significación elevan a seis el número de éstas.

Recientemente se formó una Coordinadora Nacional de Centrales Sindicales, pero el camino hacia la unidad del movimiento sindical es aún muy largo.

La CGTP sigue siendo la más importante: agrupa a la mayoría de trabajadores organizados y ha tenido la iniciativa de las más significativas acciones de lucha sindical en los últimos veinte años.

De acuerdo con datos aparecidos el 20 de mayo en el diario *Gestión*, la CGTP contaba con unos 197 mil afiliados, el 42.5 por ciento del total de trabajadores sindicalizados (463 mil), seguida de la CTP con el 23 por ciento. El porcentaje de la CGTP sube a alrededor del 83 por ciento si se considera que afilia también a los trabajadores estatales, que hasta hace un par de años sumaban cerca de medio millón.

Sin embargo, el movimiento sindical —particularmente su expresión más significativa, la CGTP— ha incurrido en omisiones, errores o limitaciones que le han restado fuerza.

Se ha movido dentro de límites estrictamente gremiales, sin mayor trascendencia a otros sectores de la sociedad. Igualmente, su actitud ha estado generalmente marcada por un comportamiento defensivo, de respuesta a iniciativas (o agresiones) del Estado y de los empresarios.

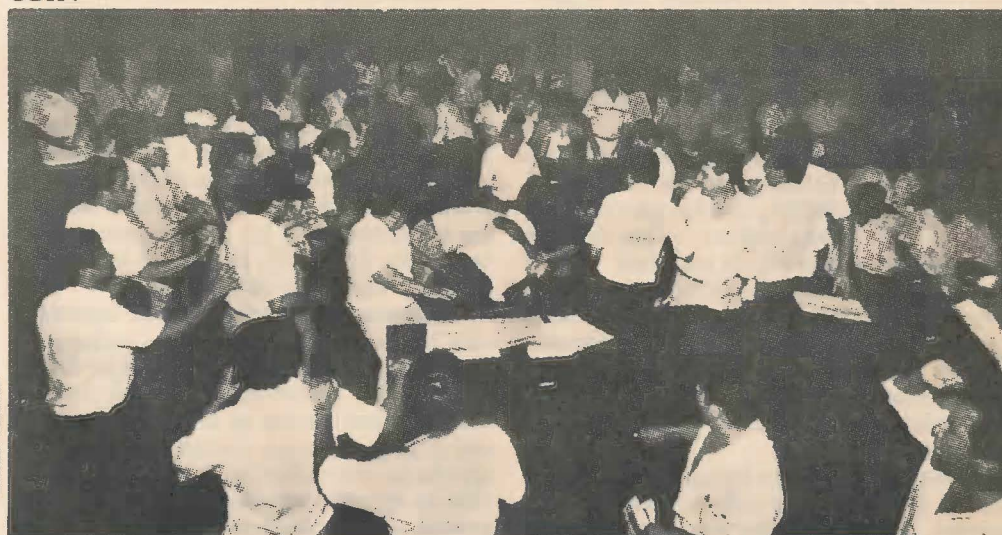
Las diferencias políticas e ideológicas a veces se tramitan a golpes. Un momento del último congreso de la CGTP.

Más allá de una solidaridad declarativa con otros sectores sociales, el sindicalismo practicado en nuestro medio se ha restringido a defender los intereses de los agremiados. Más precisamente, las reivindicaciones económicas y de condiciones de trabajo de éstos.

En cambio, no ha puesto empeño mayor en elaborar y difundir propuestas que involucraran a otros sectores sociales y permitieran establecer una alianza sólida y duradera con éstos.

Eso demanda no sólo plataformas coyunturales, sino campañas en torno de alternativas sustentadas acerca de problemas como la recesión, la producción y la productividad, el cambio tecnológico, la reconversión productiva, el financiamiento industrial, y también la agricultura, la educación, la salud, la cultura, para señalar algunos.

Es decir, hacer de la organización de los trabajadores una institución con capacidad de opinar sólidamente sobre el conjunto de problemas del país y de los diversos sectores de la industria y la economía, capaz de ofrecer propuestas para éstos. Algo así le permitiría trascender el marco puramente reivindicativo y gremialista, le dotaría de un instrumento para la educación política de los trabajadores, le daría mayor legitimidad en otros sectores sociales y le ganaría el respeto de sus adversarios.



Ernesto Jiménez

A esas dificultades para sumar aliados a la causa sindical se añaden las de un manejo interno poco democrático, en el que aún predomina el hegemonismo partidario, el sectarismo. Las disputas y desconfianzas a nivel de los dirigentes son a veces prolongación de las que tienen las organizaciones partidarias a las que pertenecen.

Esto a su vez conduce a que el discurso de algunos de éstos y la orientación que trazan no sean consecuencia de las necesidades y opiniones de los trabajadores. El resultado es finalmente una organización sindical que no responde a las necesidades de los trabajadores, que pierde capacidad de convocatoria, tal como ha ocurrido en nuestro medio.

LLUVIA SOBRE MOJADO

La consecuencia inmediata de la actual reforma podría ser el mayor debilitamiento del movimiento sindical. El marco jurídico establecido coadyuvó a ello. A manera de ejemplo, el fomento de la negociación colectiva a nivel de empresa debilita a las federaciones, crea micro-conflictos, no existen mecanismos de protección para que los eventuales se sindicalicen, etcétera.

Desde nuestro punto de vista, la reforma laboral plantea al movimiento sindical algunos retos: cómo actualizarse para aprovechar los espacios que le otorga la normativa; cómo convertirse en organizaciones del trabajo y no sólo de asalariados; cómo centralizar el movimiento dejando de lado personalismos y diferencias políticas; cómo hacer sindicalismo sin estabilidad laboral.

Esta situación pasa por redefinir la relación con el Estado, con los empleadores, con la población, con los partidos políticos. Es, pues, volver a las fuentes adaptándolas a la actual realidad.

Otra consecuencia importante de la ley es que no favorece el desarrollo fluido y equilibrado de las relaciones laborales. Por el contrario, genera fuentes de conflicto insalvables y promueve relaciones laborales de imposición por una de las partes.

Las normas deben buscar cómo encauzar el conflicto que subyace en las relaciones laborales. Ciertamente, es iluso

pensar en la armonía absoluta entre trabajadores y empleadores. Hay dos intereses contrapuestos en juego. A partir de ese reconocimiento, la ley busca canales para que el conflicto se resuelva dentro del ordenamiento jurídico. Pero, como es el caso, no debe generar más conflicto, no debe omitir los mecanismos adecuados de solución de aquellos y no debe dar lugar a que se busquen salidas fuera del ordenamiento, como claramente va a suceder con las huelgas.

La generación de situaciones de violencia constituye otra de las consecuencias posibles de la norma. El trabajador va perdiendo credibilidad en las normas jurídicas y en sus instituciones: la Constitución ha regido doce años y sus derechos no han sido respetados; el Poder Judicial no ha servido para cautelarlos. Asimismo, el movimiento sindical ha perdido parte de su fuerza y no puede enfrentarse adecuadamente al empleador. En esta situación el trabajador se siente desprotegido y sin opciones. Así, la desesperación puede empujar al trabajador a soluciones violentistas.

En otro plano, la reforma no aportará a la modificación del cuadro económico actual, porque éste está ligado a otros factores que los propios empresarios reclaman al gobierno: tasas de interés, tasa de cambio, tarifas públicas, inversión; en fin, modificación de la política económica recesiva vigente.

Finalmente, la ley no contribuye al desarrollo de la democracia en el país. Todo lo contrario. El debilitamiento de las instituciones sindicales, la restricción de la capacidad de los trabajadores para defender sus intereses, el establecimiento de normas que favorecen a un sector minoritario del país en desmedro de otro mayoritario, la dación de normas laborales sin consultar a los directamente afectados por éstas, sólo favorecen los modelos autoritarios de distinto signo.

El momento amerita que se establezcan relaciones maduras entre trabajadores y empresarios, las que sin dejar de reconocer las diferencias y discrepancias entre ambas partes se tramiten a través del diálogo, con un sincero afán de búsqueda de entendimiento y con el propósito de aportar soluciones concretas a los graves problemas del Perú. ■

LUIS VEGA MONTEFERRI:

UNA LEY BASTANTE JUSTA

Ernesto Jiménez



Presidente de la SNL, Luis Vega Monteferrí: Los sindicatos y los partidos políticos han perdido credibilidad.

El presidente de la Sociedad Nacional de Industrias tiene una apreciación positiva de la ley, pero opina que es preferible un solo sindicato por empresa.



Cómo calificaría la nueva Ley de Relaciones Colectivas?

– Creo que es bastante justa desde el punto de vista de la productividad y de otorgar capacidad de decisión a los trabajadores. Introduce un concepto nuevo: la productividad de la empresa. Esto es destacable porque sin productividad no van a haber empresas ni tampoco

sindicatos. Actualmente tenemos el reto del mercado abierto, por lo que la empresa tiene que ser competitiva.

En materia sindical establece que la constitución de los sindicatos deberá hacerse mediante asamblea y por acuerdo de la mayoría de los trabajadores. Me parece importante que limite las licencias sindicales con goce de haber a 30 días al



El concepto de productividad, en opinión del máximo dirigente de la SNI, constituye uno de los aportes del nuevo dispositivo.

año, ya que ha habido bastante abuso de los permisos por parte de las cúpulas sindicales. Hoy en día tenemos que trabajar y no estar pidiendo licencias.

En cuanto al derecho de huelga se establece un mecanismo muy democrático para los trabajadores: debe decidirse en asamblea, en votación secreta y por la mayoría de los trabajadores de la empresa. Ya no decidirán las cúpulas, sino los trabajadores. Ahora, la ley no es completa.

– ¿Qué le falta?

– Reglamentarla en algunas partes. Por ejemplo, en lo referente a los pliegos de reclamos hay un vacío de tres días entre la fecha de promulgación de la ley y la de su vigencia. Tampoco está claro cuántos sindicatos podrían formarse dentro de una misma empresa. No tiene mucho sentido que haya varios sindicatos en una misma empresa, si se trata de servidores que tienen el mismo trabajo.

– En lo que se refiere a la sindicalización la misma ley fija como condición que el trabajador haya superado el denominado «período de prueba», es decir, que tenga estabilidad laboral. Eso, como ya ocurre en la realidad, deja prácticamente fuera de la sindicalización a los trabajadores a contrata.

– Lo que he detectado es que la ley contempla que no se puede armar un sindicato en aquellas empresas que no tienen un año de existencia. Pero ustedes señalan que también dice que si todos son contratados no habría sindicato...

– La ley no lo dice expresamente, pero es la realidad. Los contratados no se sindicalizan.

– La ley contempla los mismos derechos...

– Son los mismos pero en la realidad eso no funciona.

– Allí sí hay derecho a reclamo, porque si el convenio colectivo consigue una ventaja de condición laboral, no veo la forma...

– Hay ciertos sectores empresariales que ven con prejuicio a los sindicatos, que los ven como algo maligno. Hay casos en los que los trabajadores contratados se han sindicalizado y sus contratos no han sido renovados. Ahora la licencia sindical se ha limitado. Antes éstas no eran impuestas por ley, sino eran resultado de un acuerdo de partes. Esta nueva norma regocija a...

– El único regocijo que tengo es que se han limitado los permisos sindicales remunerados a un tope de 30 días por año,



El reto de la apertura al exterior demanda mayor competitividad, sostiene Vega Monteferrí.

que, sumados a sus vacaciones, hacen 60 días. Lo que el país necesita es trabajar. Si fuese por mí quitaría todos los feriados y las vacaciones las bajaría a 15 días, porque lo que el Perú necesita es trabajo. Olvídense de estar pensando en sindicatos y cosas.

– Necesita inversión...

– Por supuesto, pero necesitamos trabajar. ¿En qué país desarrollado hay 30 días de vacaciones?

– En algunos países europeos. Aquí se trata de que el dirigente sindical necesita tiempo para realizar la defensa de los trabajadores, que hace con medios diferentes y menores de los que dispone el empresario. Se trata de equiparar la desigualdad.

– Usted me está planteando algo que yo no comparto: el divisionismo...

– No: son las desigualdades que objetivamente existen. Si éstas no existieran no habría sindicatos, negociación colectiva, ni huelgas.

– Es que a eso tenemos que llegar.

– Pero ¿en qué país del mundo se ha llegado a eso? En Estados Unidos existen grandes sindicatos y en toda Europa también.

– Pero en Estados Unidos cuando la

General Motors decide sacar a 23 mil trabajadores los saca al día siguiente. Ahí no hay estabilidad laboral...

– Claro, también hay seguro de desempleo.

– Bueno, quizá también deberíamos mejorar esas cosas, ¿no? o implementar las que no tenemos.

– Un artículo de Carmen Rosa Balbi señala que los casos de violencia senderista en el medio laboral se han presentado sobre todo en aquellas empresas donde los empresarios o sus ejecutivos tienen un trato despótico con los trabajadores. En tales circunstancias de confrontación, los sindicatos, que constituyen un freno a la penetración senderista, a veces terminan quebrados.

– No sólo los sindicatos, sino los partidos políticos tradicionales han perdido poder de convocatoria.

– ¿Y a usted no le parece grave eso?

– Por supuesto, es grave. La gente ha perdido esperanza. Ya no les cree, porque está preocupada en primer lugar en ver con qué va a comer y no le interesa otra cosa. Le interesa vivir en paz y no le interesan ni siquiera las elecciones municipales. Actualmente hay amenazas contra los líderes sindicales por parte de Sen-

dero. Y por la tendencia a perder la credibilidad y la esperanza, incluso respecto a este gobierno, es que no se actúa correctamente.

— Con la actual ley si los empresarios se niegan a negociar a nivel de federación no se negocia y se pasa a nivel de empresa. Igualmente, posibilita revisar todos los convenios. ¿Eso no da mayor poder al empresario? ¿No hará que la gente se sienta desprotegida, que no sienta que hay un sindicato que pueda defenderlo? ¿No fomentará la violencia, el desarrollo de Sendero?

— Eso será en el caso de los sindicatos con sistemas antiguos. Los trabajadores tienen posibilidad de hacer su propio sindicato. Para eso es la libertad, la democracia. ¿Por qué tenemos que pensar que tiene que ser un sindicato ligado a la CGTP o a las otras centrales? ¿Por qué tenemos que seguir viviendo con raíces antiguas cuando el mundo ha cambiado?

— ¿Conviene o no al país, a la industria, que haya sindicatos bien constituidos y fuertes?

— No politizados, sí.

— Pero ustedes (la SNI) son politizados, ¿no?

— Nosotros hacemos política industrial.

— No sólo política industrial. Los gremios empresariales también opinan sobre otros aspectos.

— Las instituciones privadas que pertenecemos a CONFIEP tenemos un acuerdo. La parte política se la dejamos al pronunciamiento de CONFIEP. Nosotros, la Sociedad Nacional de Industrias, nos dedicamos a la política industrial...

— A pronunciarse sobre política económica...

— Claro, pero no partidaria. Los sindicatos están siendo manejados por partidos políticos.

— ¿No cree que la nueva ley de relaciones colectivas camina precisamente en sentido contrario al fortalecimiento de los sindicatos?

— No, no creo.

— Pero si lo que hace es atomizar los sindicatos, negar en la práctica capacidad de negociación a las federaciones...

— Nosotros no necesitamos una ley para hacer la Sociedad Nacional de Industrias. No sé por qué tiene que haber una

ley para formar un sindicato o una cúpula sindical.

— Por eso, ¿por qué?

— Discúlpeme, lo que estoy diciendo es que no creo que esta institución o cualquier otra institución privada, y el sindicato lo es, necesite de una ley específica para robustecerse.

— Pero se pueden dar leyes para debilitarlos. Por ejemplo, ¿no es una traba exigir que para acordar una huelga no sólo estén presentes todos los trabajadores de la empresa, sino también un notario?

— No veo que sea ninguna traba. Hace algunos años en mi empresa tuvimos un conato de sindicato. Entonces hicimos lo que ahora está escrito en esta ley veinte años después. Llamamos a notario público y convocamos a una reunión en la que participaban los sindicalistas, la gente de la comunidad industrial y los altos funcionarios. También estaban el subprefecto y las fuerzas policiales. Al cabo de un debate de tres horas se dijo: «Los que no quieren sindicato, firman; los que quieren sindicato, que salgan por la puerta.» El 95 por ciento firmó en contra.

— ¿Y qué le parecería si la ley los obligara a la presencia de notario en las reuniones en las que acuerdan comunicados, si la norma les exigiese voto secreto y universal para el acuerdo?

— Eso es aprobado por el directorio, por mayoría. Aquí no publicamos un aviso que no tenga autorización del directorio.

— ¿Con presencia de notario?

— ¿Para qué?

— Efectivamente, ¿para qué? Entonces, ¿por qué la libertad tiene que funcionar del modo más amplio en un caso, el de la huelga, y restringirse en el otro, el de la sindicalización?

— La ley establece que la decisión sobre la huelga se toma con por lo menos la mitad más uno de los trabajadores. Tengo entendido que para la formación de sindicatos funciona también el mismo principio.

— Ya no. Ahora se pueden formar varios sindicatos en una misma empresa a condición de que el número de sus afiliados no sea inferior a veinte.

— O sea que si en una empresa hay cien trabajadores, ¿podría haber cinco sindicatos? Vamos a ver qué sale en el reglamento. Eso no está bien. ■



Secretario general de la CGTP, Pedro Huillca: La reforma laboral demanda soluciones creativas al movimiento sindical.

PEDRO HUILLCA:

ES UN RETROCESO DE 50 AÑOS

El principal dirigente de la Confederación General de Trabajadores del Perú señala las incongruencias del dispositivo y pide un cambio de actitud en el empresariado.

¿ Qué le parece la ley de relaciones colectivas de trabajo?
— Significa un retroceso de cincuenta o más años en las conquistas del movimiento sindical.

Cuestionamos sobre todo tres aspectos. En primer lugar, la pretensión de liquidar la libertad sindical: no podrán sin-

dicalizarse los trabajadores en período de prueba y aquellos que presten servicios a plazo fijo. Pero en el país la mayoría de trabajadores labora en esta última condición. Ahora será imposible organizar nuevos sindicatos.

Por otro lado, la ley establece la reinscripción de las organizaciones sindicales

vigentes y faculta al Ministerio de Trabajo a cancelar la inscripción de aquellas que a su criterio no cumplen con los requisitos que señala la ley.

Asimismo, hay otro elemento gravísimo: cualquier persona que invoque un derecho económico o moral puede solicitar la cancelación de un sindicato.

— ¿Por qué tanta preocupación por la sindicalización de los trabajadores en período de prueba o con contrato a plazo fijo, si no lo hacen nunca por temor a perder el trabajo?

— La pregunta sería mas bien por qué el gobierno pone mayores restricciones a la organización y libertad sindical ¿Acaso es más democrático impedir que los trabajadores a plazo fijo y los que están en período de prueba se sindicalicen? ¿Por qué no se dispone en cambio que todos los trabajadores, independientemente de su relación laboral o de su fecha de ingreso, tengan derecho a organizar su sindicato y tengan libertad para ejercer o no ese derecho de acuerdo con su voluntad?

Con el desempleo tan extendido que existe, las condiciones puestas en vigencia harán que los trabajadores primero procuren asegurar su trabajo y no sindicalizarse. Pero aquí hay una incoherencia. Se prohíbe integrar los sindicatos a los funcionarios de confianza y a los trabajadores en período de prueba o con contrato a plazo fijo; sin embargo, cuando hay que aprobar una huelga se dispone que todos intervengan en la decisión.

— ¿Aceptarían que no exista estabilidad laboral para ningún trabajador siempre y cuando tengan libertad de sindicalizarse?

— No renunciamos a la estabilidad laboral. Es un derecho y una exigencia de los trabajadores. A nadie le gusta la incertidumbre. Tiene que haber una mínima estabilidad laboral. Pero ésta no puede ser condicionante del derecho de sindicalización. Tiene que haber estabilidad laboral, por lo menos relativa. No puede ser de otro modo en un país como el nuestro, con un desempleo tan grande, con una violencia en incremento. En esas condiciones no se puede pues dejar a los trabajadores en la incertidumbre.

— Precisamente por eso, porque hay incertidumbre respecto del empleo. ¿No

es mejor dar oportunidad de trabajo a quien quiera trabajar?

— Pero hay que aclarar que no es la estabilidad laboral la que impide que haya más puestos de trabajo en el país. La estabilidad laboral ha sido satanizada probablemente por el mal uso que algunos pocos trabajadores han hecho de ella.

— ¿Está de acuerdo con la votación directa, universal y secreta como método para decidir una huelga?

— Lo que se está haciendo es regularizar una práctica actual de los sindicatos.

— ¿Usan la votación secreta?

— Tal vez no sea secreta, pero siempre se vota.

— Pero votan sólo los afiliados.

— Porque es el sindicato el que convoca la huelga.

— Pero ésta afecta a todos los trabajadores.

— Es el sindicato el que llama a la huelga y el que se responsabiliza de las consecuencias. Por lo tanto, son sus afiliados quienes deben participar de la decisión. Ahora bien: los beneficios de la huelga alcanzan a todos, por lo que todos deberían asumir la lucha reivindicativa.

— Siendo consecuentes con lo que dice, el que un grupo de trabajadores agrupados en un sindicato decida ir a la huelga no debería afectar a los demás. El resto tendría libertad de trabajar, si así lo decidiese, y el sindicato no debería tomar acciones para impedirlo.

— Por supuesto, y también deberíamos dejarlos en libertad para decidir si aceptan o no las conquistas logradas por un grupo mayoritario de trabajadores a través de la huelga.

— ¿Y no le parece más democrático que todos participen de la decisión de parar?

— Así es. Más democrático es que participen todos, sin ninguna manipulación. Pero lo que aquí se quiere es favorecer la manipulación de la empresa. Una parte del personal está constituida por el denominado «personal de confianza», al que se le resuelve separadamente una serie de beneficios, superiores a los establecidos con el sindicato. ¿Ese «personal de confianza» va a ir a la huelga? ¿O simplemente se trata de romper la acción de los trabajadores mediante arreglos individuales?

— ¿Qué piensa de la posibilidad que ahora tienen los trabajadores de organizarse simultáneamente en varios sindicatos dentro de una misma empresa?

— La diversificación del movimiento sindical no hace sino debilitarlo, algo que siempre ha sido uno de los objetivos de los empleadores privados. Lamento mucho que los empresarios no hayan modernizado su pensamiento. Todavía tienen miedo a la organización sindical.

En otros países de América Latina el empresario se ha innovado mentalmente y asume una actitud audaz en relación con los sindicatos. No se limita a que la ley le autorice a transar con las organizaciones sindicales. Toma iniciativas para llegar a acuerdos con éstas sin esperar la dación de dispositivos legales. De ese modo, en muchos casos «deja sin piso» a las dirigencias y se anticipa al conflicto y lo evita.

Aquí es diferente. Los empresarios tienen un pensamiento atrasado. Eso se lo hemos dicho a la CONFIEP. Si ellos tuvieran audacia en sus relaciones con los sindicatos es probable que dirigentes de segundo y tercer nivel (de federaciones y centrales) como nosotros, podríamos quedar hasta demás.

— ¿Y en qué ha cambiado el pensamiento de los trabajadores?

— La actitud de los trabajadores es distinta. Han ocurrido cambios importantes en nuestro enfoque. Ahora no nos resistimos a discutir temas que eran un tabú hace algunos años, tales como la producción y la productividad. Antaño se pensaba que eso sólo servía para engordar al capitalista, pero no se percibía que en algún momento podía revertir a favor del trabajador. Nosotros queremos que haya mayor producción y productividad, pero que asimismo eso beneficie a los trabajadores.

— El movimiento sindical tiene una posición ambivalente respecto a la participación del Estado en las relaciones entre empresarios y trabajadores. En julio ustedes tuvieron una reunión con CONFIEP con el propósito de llegar a acuerdos que luego serían comunicados al Estado. Sin embargo, en relación con la ley de relaciones colectivas la CGTP publicó un documento que, a diferencia del dispositivo, que establece el arbitraje, insistía en la intervención del Estado en la negociación colectiva. La actitud es la de reclamar la acción tutelar del Estado en favor del trabajador, algo que

Según el dirigente de la CGTP, el ejercicio de la democracia es algo siempre presente en las organizaciones de trabajadores.



Ernesto Jiménez



Ernesto Jiménez

«En algunas cosas el gobierno concuerda con Sendero Luminoso», afirma Huillca.

nunca se ha dado en la realidad, salvo excepciones, en los últimos doce años.

— No hay ambivalencia. Estamos procediendo de acuerdo con las circunstancias. No hemos escuchado a los empresarios una respuesta contundente a nuestras propuestas acerca de la recesión, el empleo, etcétera. Deben estarlas estudiando. Pero en tanto no nos pongamos de acuerdo para que sea el acuerdo de las partes el que dé solución a las reclamaciones, tenemos que buscar otros mecanismos. Creemos que el Estado tiene que seguir cumpliendo su función tuitiva.

— Pero ésta no existe.

— Tenemos que exigirla.

— Pero pedirle función tuitiva a este gobierno es como pedir peras al olmo.

— Tiene razón en cuanto a que no se puede esperar que una dictadura adopte una función tuitiva en defensa de los trabajadores, pero no podemos permitir que el Estado abdique de una de sus obligaciones. Tenemos que exigírsela hasta que consigamos una relación fluida entre trabajadores y empresarios.

Mediante la nueva ley de relaciones colectivas el Estado tiene la facultad de decretar el levantamiento de las huelgas, pero en cambio deja a las partes la solución de la negociación colectiva. Esa ambivalencia no puede continuar: o asume responsabilidad sobre todo o no asume responsabilidad sobre nada. Si no asume su función tuitiva en el caso de la negociación colectiva, tampoco debería hacerlo sobre la huelga.

— Usted ya no va a poder ejercer como dirigente. Se le va a acabar la licencia. Con la nueva ley sólo tendrá 30 días.

— Ese es otro de los graves errores de la ley. No hay mejor forma de mantener la democracia que teniendo instituciones sociales fuertes y organizadas. Se pretende asfixiar al movimiento sindical. Pero si tuviéramos que cerrar los sindicatos, ¿a quién favorecería eso? A la violencia y al terrorismo, también interesados en liquidar al movimiento sindical. En algunas cosas el gobierno concuerda con Sendero Luminoso. ■



A nuestros lectores

• Ha concluido una primera etapa de la consulta que iniciáramos con la encuesta (Hoja al lector de **Quehacer**) que publicamos en el número anterior. Nos tomará un tiempo –el menor posible– evaluar las ricas sugerencias que hemos recibido, junto con la satisfacción por la lealtad y cariño de nuestros lectores a «su» revista –como más de uno la llama–. Esto nos conmueve y estimula. Nos esforzaremos siempre, qué

duda cabe, por estar a la altura de ellos.

Lo que sí no tenía por qué esperar es el sorteo de la suscripción anual prometida. Sin la presencia de notario, es cierto, pero con la confianza de nuestros lectores, procedimos a realizarlo. El afortunado ganador es el Sr. Juan Pastor Moreno, de Huanayo. A él nuestras felicitaciones y la seguridad de que con este número empieza su suscripción.

13

DEBATE AGRARIO

ANÁLISIS Y ALTERNATIVAS

NÚMERO ESPECIAL CON LAS PONENCIAS DEL
 SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE
 AJUSTE Y SOCIEDAD RURAL
 CEPES-CLACSO

AGRO Y AJUSTE

J. Escobal, M. Castillo, A. Figueroa,
W. Mendoza, A. Tealdo

SOCIEDAD RURAL

F. Barclay, C.I. Degregori, F. Eguren, C. Franco,
M.I. Remy, B. Revesz, R. Vergara

DESARROLLO RURAL

J. Alvarado, I. Mendoza, A. Paniagua,
F. Santa Cruz, J.C. Vera

EXPERIENCIA LATINOAMERICANA

E. Baumeister, J. Echenique,
E. Ormachea, T. Palau, D. Piñeiro

Centro Peruano de Estudios Sociales - CEPES
 Av. Salaverry 818, Jesús María Teléf: 336610 Fax: 331744

AUGUSTO HIGA: DE VUELTA AL BARRIO

Una entrevista de Carlos Pérez Sáez



Augusto Higa en Ueno (Japón), adonde lo llevó «la fiebre del oro del trabajo» y una visión idealizada de la tierra de sus ancestros.

Augusto Higa Oshiro es, sin lugar a dudas, uno de los exponentes más representativos de la narrativa urbana actual en el Perú. Su obra, poco difundida, pero no por eso desconocida, lo ha convertido en el narrador de Lima. Últimamente estuvo fuera del país durante casi dos años. Migró al Japón como miles de *niseis* peruanos, y sólo a su retorno ha podido realizar un proyecto pendiente: publicar su primera novela (de próxima aparición). *Quehacer* ha conversado con Augusto no sólo sobre su obra, sino también sobre algunos aspectos de su vida, entre ellos de su reciente estadía en el Japón. Como no podía ser de otra manera, la sensibilidad del escritor se ha nutrido, también, de esta experiencia, y *Qh* se honra de publicar «Estación de Ota», testimonio inédito del paso de Augusto por la tierra de sus padres.

Augusto, tú eres limeño de barrio, salido de ese espacio social y cultural que identifica a un sector popular y tradicional de una Lima que cada vez se nota menos. Sin embargo, eres un limeño particular, hijo de migrantes japoneses, pero tal vez uno de los más auténticos escritores de Lima. ¿Cuáles son tus orígenes?

— Nací en 1946, por el lado de la avenida Tacna, en la calle Las Torrecillas, que es la cuadra ocho del jirón Huancavelica. Vivíamos en un callejón de unas veinte casas, gente pobre o provinciana, herederos de la vieja tradición limeña y criolla.

Mi padre tenía una lechería y era japonés, pues nació en la isla de Okinawa y vino al Perú en busca de un mejor horizonte hacia 1923 ó 1925. Él fue peón en una hacienda en Cañete y luego se vino a la ciudad. Es probable que haya trabajado entre bares y peluquerías con sus paisanos, hasta establecerse en una próspera bodega en Cocharcas que fue saqueada en 1940 a consecuencia de la Segunda Guerra. Tuvo que empezar de nuevo.

— ¿Te ha marcado como persona, como creador el compartir tradiciones culturales tan disímiles como las que aportaron tus padres y ese mundo criollo plebeyo y provinciano donde físicamente estaba tu casa?

— Creo que en mi inconsciente están en disputa estos elementos formativos: el mundo criollo-plebeyo de Lima y el mundo japonés que mis padres trajeron de Okinawa.

De niño supe bien lo que era esto, pues debía comportarme de un modo en la casa, en la familia y el mío era, digamos, un hogar bilingüe, enclaustrado, automarginado, donde los conceptos de mujer, amor, fidelidad o trabajo funcionaban de otro modo.

Por otro lado, el mundo de la calle siempre me pareció más violento; en todo caso la violencia, el sentido de la risa, la extraversion, la forma de utilizar el lenguaje parecían compuestos de otra manera.

— ¿Este encuentro ha significado una suerte de conflicto en tu formación personal?

— Sí, pero fíjate bien: yo tengo esta marca de nacimiento, que de alguna manera la tenemos todos los niseis. Por

ejemplo, a un amigo le ocurre lo siguiente: le enseñaron a sumar, restar, multiplicar y dividir en japonés; sin embargo, el resultado te lo da en castellano y, además, inmediatamente. Hay, pues, una coordinación de ambas tradiciones. Hemos logrado una especie de coexistencia cultural, de tal modo que no puedo hablar de un trauma infantil, producto de mundos y tradiciones que se encuentran. Además, en otro sentido, en otro marco, en el Perú todos tenemos la conciencia tratinada, sesgada por la heterogeneidad.

— Hablemos de tu oficio. ¿Cómo es que descubres tu capacidad para expresar mediante la escritura no sólo tu mundo interior, sino tu visión de la realidad en la cual te mueves?

— Ello ocurre cuando tenía aproximadamente catorce años. Empiezo a escribir versos, seguramente para llenar el vacío y la soledad adolescente. En realidad garabateo cuadernos, sin ninguna dirección.

Un profesor dijo un día que para hablar bien en público era importante saber escribir, volcar las ideas sin tropiezos en el papel. Entonces me dedico a escribir impresiones, sentimientos, en hojas sueltas y cuadernos, siempre desordenadamente.

Ya en la universidad, a los dieciocho años, escribo mis primeros cuentos; incluso recibo elogios de amigos y buenos comentarios y hasta premios literarios.

Pero yo nunca tomé en serio estas cosas. Tampoco he sido muy serio en publicar lo que escribo, pues he carecido de ambiciones. En realidad, ocurre que escribir literatura en nuestro medio es algo accesorio; no es un medio de vida, no es una profesión. Al no haber lectores locales, no hay mercado, y por ende no hay muchos que escriben, salvo que estén orientados al mercado latinoamericano y español.

— Eres un escritor urbano. Recoges en tu escritura lo cotidiano de cierto sector social de Lima y lo haces de manera tal que el imaginario popular de este sector aparece nítido en la realidad-ficción, primero de tus cuentos y hasta donde conozco de tu inminente novela que actualmente está en prensa...

— Yo no sé cómo está influyendo en la forma y en el contenido de lo que escribo.

Los cuentos de *Que te coma el tigre* (1978) fueron escritos en los años 60 y exploran ese mundo violento de la calle: jóvenes de la esquinas, la rebeldía colegial, la masificación del edificio. Gente insatisfecha, vista con humor, en su malicia o en su mezquindad.

En esa época sentía predilección por el lenguaje compadrito, del «bacán», y utilizo muchos recursos populares en el fraseo, porque interesa más connotar, presentar el gesto criollo de la clase popular.

Los cuentos de *La casa de Albaceleste* (1987) están escritos en el 80, cuando ya estoy más entrado en el oficio. Alcanzo un lenguaje literario estándar, más o menos decoroso, y tengo más preocupaciones por la estructura, así como las anécdotas son más trabajadas e imaginativas. Voy a situaciones absurdas en la búsqueda del dinero o en la pasión amorosa, vuelvo grotesco el sexo o voy detrás del simbolismo de la violencia sin encontrar nada. Hago mi arte poética con *Artista del hambre*: un descamisado que va contando en la plaza pública su propia vida, sin diferenciar la realidad de la ficción, por un par de monedas de los oyentes. Es un muerto de hambre que hace literatura.

Mi novela *Final del Porvenir* la escribí entre 1983 y 1989, después de gran esfuerzo, pues había épocas largas en las que trabajaba mucho, y épocas, también espaciales, en las que no borroneaba ni una sola línea. Es una novela de aprendizaje del género, pero al mismo tiempo

novela de personajes, cuyas historias de moradores del barrio de El Porvenir se van superponiendo sobre un hecho general que los une a todos. De alguna manera sus vidas están encadenadas al mercado de La Parada.

Por ejemplo: el tío Américo es un cargador de bultos del Mayorista; el adolescente Mácalo que se pierde en la delincuencia de los billares y las calles de Gamarra; Papá —que es entre todos los personajes el que más me gusta— es un vendedor ambulante cenagoso, impositivo y turbulento; y Matías, el estudiante provinciano, es el que ausculta el crecimiento vertiginoso de La Parada y se da cuenta de la multitud que tiende a desbordar.

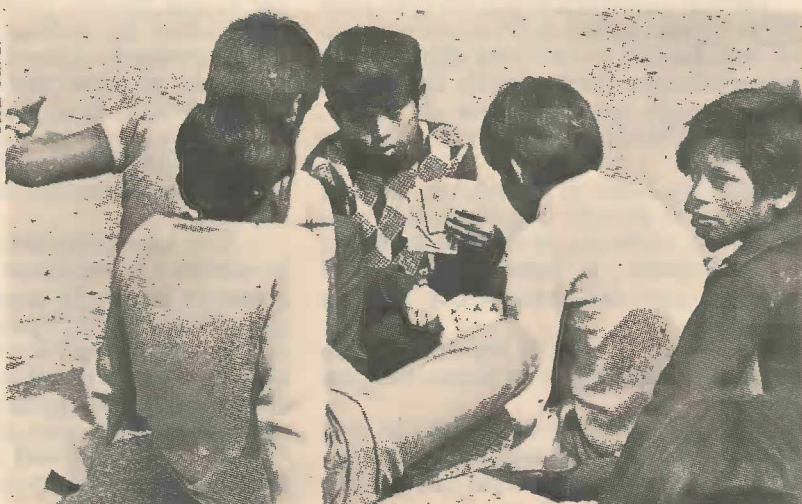
En fin, hay la historia de un cierto olor a sándalo en doña Fernanda, que más tarde se descubre en un bulín en el edificio donde vive.

— Así como has ido delineando tus personajes y tu obra misma en el transcurso del tiempo, supongo que tu noción de la literatura como creación y como oficio tendrá algún desarrollo particular, personal...

— Cuando alguien me pregunta para qué sirve lo que escribo, generalmente no respondo. Como creadores no estamos obligados a reflexionar sobre el destino final de la literatura. Eso es para los filósofos de la estética, los historiadores de la cultura, o los críticos.

Ahora, si estoy obligado a responder, mi respuesta es simplona: la literatura

César Cox B.



Que te coma el tigre exploraba el mundo violento de la calle: jóvenes en las esquinas, rebeldía colegial.



El Porvenir: barrio que dio el nombre a su novela Final del Porvenir.

como forma de conocimiento, como vía de exploración de la realidad, como método de internarse en el subconsciente colectivo.

Conforme pasan los años uno cambia (tal vez se va volviendo más oportunista). Antes pensaba, con la urgencia de los años juveniles, que la imagen literaria creaba la conciencia para entender los problemas del país: el aquí y el ahora eran importantes. De ahí nace un realismo urgente y problemático que justamente por su practicismo era malo como literatura; tenía la mejor de las intenciones, pero sus resultados eran nulos.

Prefiero un realismo abierto, imaginativo, no pragmático, que encare las antiguas pasiones humanas, la pregunta por el ser; o responda al fatalismo del padecer, pero tal como se dan en nuestra época. En esa medida el metafísico Borges me parece el más realista de los escritores, a pesar de sus opiniones políticas.

– Como lector, ¿a qué autores nuestros prefieres

– Son varios los autores peruanos. En todo caso te menciono tres para no herir susceptibilidades: el Ribeyro del tercer tomo de *La palabra del mudo*, Valdelomar y sus cuentos, o Miguel Gutiérrez y su última novela: *La violencia del tiempo*.

No son los únicos, pero efectivamente cada uno juzga la realidad, el momento provinciano de manera total o fragmentariamente de acuerdo con sus propias características, haciendo ingresar en nuestro pensamiento literario procedimientos y nociones que enriquecen nuestra conciencia de lectores.

– Has estado fuera del país. ¿Cómo es que decides viajar a la tierra de tus padres? ¿Conociste realmente el Japón y a los japoneses?

– He vivido en Japón durante dieciocho meses. Viajé atraído por la fiebre del

oro del trabajo y porque necesitaba sacar-me un clavo: mis padres me dieron una versión del Japón, idealizada por sus recuerdos y que yo deformé en mi imaginación de niño. Ahora debía conocer el Japón de carne y hueso.

En todo ese tiempo tuve cuatro trabajos en la Prefectura de Gunma Kent (dos horas al norte de Tokio, zona montañosa con clima de sierra). Me bautizaron en Sawa Fuji, una fábrica de ochocientas personas y donde se armaban alternadores, rotores, motores pequeños y dispositivos eléctricos que iban a parar a otras empresas.

Como quiera que el agente de trabajo nos engañó, fuimos a parar a una zona de altura construyendo caminos; allí tiré pico y lampa a rabiar. El tercer trabajo fue en la Sanyo, un monstruo de 8,000 operarios, pero mi tarea era de lo más boba: colocar tuercas a extractores de aire; cada quince segundos tenía ante mí, en la faja transportadora, uno de estos aparatos. Al final terminé en la Tomei, donde fabricábamos la espuma de los asientos de carro.

He conocido el Japón de Gunma Kent y no se parece en nada al recuerdo de mis padres, ni mucho menos a lo que imaginé de niño. Pero guardo una imagen de Tokio, aquella que gané una noche en la calle Ginza, mientras caminaba asombrado: gente pasando presurosa y congestionada. Venían del subterráneo, cruzaban las calles, se metían en las bocacalles, salían de los centros comerciales, entraban en los tremendos edificios.

Volví un par de veces más y siempre me encontré con el mismo espectáculo: la

multitud de gente pasando. Parece que los japoneses lo único que hacen es pasar y pasar.

— A tu retorno, ¿cómo encuentras el Perú y qué te suscitan los días que actualmente se viven en el país?

— He vuelto al Perú en abril de este año, y más o menos he estado recluso en casa cerca de dos meses. Deprime mucho salir a la calle y enfrentar esa realidad de pobreza, de desocupación y miseria. Termina uno espantado.

No sé por qué hemos llegado a esta situación triste y limitrofe. En todo caso me siento maltrecho y escéptico. Y no guardo ninguna confianza en los políticos, sean de derecha o de izquierda.

Por sentido común intuyo que debo tener un mínimo de confianza y un mínimo de ilusión en el gobierno del presidente Fujimori, ahora que se le hace cargamontón y se le insulta tanto.

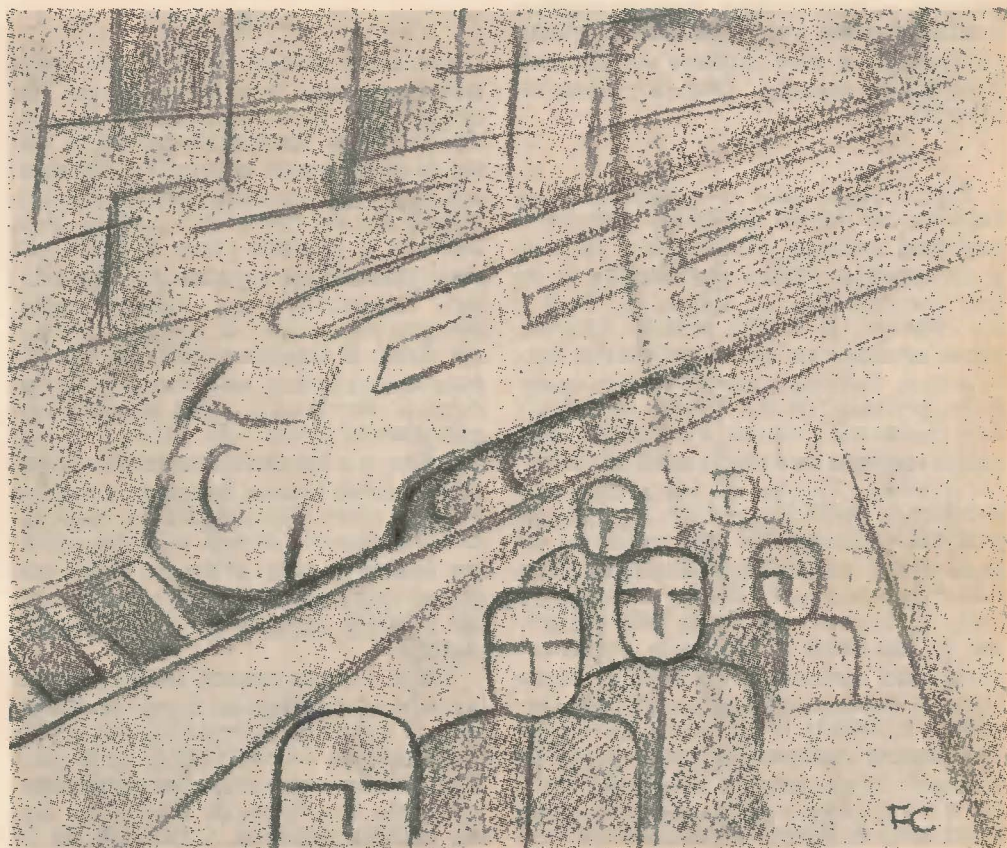
En cuanto a la violencia que nos agobia día a día, creo que es el odio social y el terror ciego de una parte de la población humillada y ofendida durante tanto tiempo que han encontrado su cauce en unas doctrinas fundamentalistas. Sus actores, financiados con el dinero del narcotráfico, son fanáticos religiosos cuyo único objetivo es desgastar, destruir e imponer la barbarie. Ellos no son la alternativa.

Creo, sí, que a pesar de todo hay un sector generoso en el Perú y una población juvenil sana. Ellos simbolizan el esfuerzo diario para subsistir, aun en condiciones adversas. Apoyemos esa apuesta por el futuro. ■



Con sus vecinos, *ni-seis* migrantes (Ueno, Japón).

Estación de Ota



No era en el bar, tampoco en la calle céntrica, ni siquiera en el local de un club, ni mucho menos en el bullanguero pachinko. Para encontrarnos con los amigos, simplemente acudíamos a la estación o «equi». Semanalmente hacíamos la bajada acostumbrada, desde donde nos encontraríamos. Pero en la localidad donde vivíamos, Isesaki en Gunma Kent, no sé por

qué razones, antes que las pequeñas y rústicas estaciones de Goshi, Sakay Machi, Serada, Hosoya, preferíamos el equi de Ota. Nadie podrá decir que era grande, ni suntuosa, ni de hermosa arquitectura; digamos, para no ser severos, que tenía las características de una estación acogedora. Había dos ingresos, uno en la parte norte (kita) y otro en la parte sur (minami), equidistantes unos setenta metros más o menos. En el interior se alza-

ban el andén central y los laterales, un puente aéreo, y sobre todo, unos seis pares de carriles para los trenes.

Apenas bajando del tren, ya se les distinguía en los andenes, caminando en el puente aéreo, o simplemente charlando entre ellos en la entrada principal del equi. Recuerdo que sentados en las escalinatas de piedra, tomando gaseosas y fumando, hablábamos a borbotones, chillando bajo las columnas de un semi-circular portal. Los transeúntes japoneses se asombraban, pues no estaban acostumbrados a esos conatos de fiesta callejera, ni a esos exóticos sonidos del estrafalario español. Eran los dorados años 90.

II

Había que olvidar los pesares del trabajo, buscar rostros conocidos entre tanta multitud japonesa, y acercarse al paisano y compatriota nikkei, para hablar de lo que uno deseaba: las nuevas del Perú y los chismes de medio mundo. Muchas veces me encontré con el inolvidable Igari (con i), chistoso y locuaz criollo, quien solía parlotear de los artistas de televisión que había conocido y de las innumerables corridas de caballo en el Monterrico querido. Pasaba el dulce Shiroma, mostachos poblados, gorrito de jockey, la estatura pequeña, los ojos rojísimos de tanto llorar, y exhibiendo las manos peladas: Nihon me mata, decía, ya no puedo más, no duermo, me duele todo el cuerpo. A una hora determinada, como saliendo del torbellino, aparecía el rijoso Ganiko, saboreando dulces del Mac Donald, y contando la última de sus coloridas broncas. Así iban llegando a golpe de la imprevisión; entonces uno podía conocer a los pasajeros de un solo día: aquel muchacho de Puerto Maldonado y su esposa, ambos tímidos y de hablar selvático, con un delicado problema: él trabajaba en la Hino de Tokio, y ella en una fábrica de Hosoya cerca de Ota. Solamente se veían los domingos.

Pero no solamente estaban los peruanos. También se concentraban los nikkeis brasileños, en la plazoleta frente a la estación, acompañados de sus mininas (garotas), alegrando el mitin dominical con sus coloridas vestimentas y el sonoro portugués. Como si fuera poco, en las ca-

binas de teléfono internacional, los muchachos de Pakistán y Bangla Desh hacían sus acostumbradas llamadas familiares, estacionados en fila india. Habían descubierto un singular método para que la tarjeta (cado) no corriera, y así se la pasaban cuchicheando unas dos horas de charla amena e ilícita. Jamás nos gustaron las picardías, y tratábamos de evitarlas impidiendo que prosperase entre nosotros porque las costumbres nacionales no se debían degradar hasta ese extremo.

III

Ota como ciudad, en sí misma, tenía varios atractivos para los peruanos. Por ejemplo, las conversaciones de la estación se podían trasladar a una de las mesas de un tranquilo restaurante, bastante cercano, y que nosotros habíamos bautizado como «El Peruano», porque tenía una lista de platillos a base de pollo, que era lo más cercano a nuestros gustos criollos. Caminando otra media cuadra, siempre flanqueado de amigos, uno podía visitar el supermercado Uny, de imponentes tres pisos, atractivo por sus numerosas ofertas en prendas de vestir. Los más jóvenes salían a divertirse a la sala de billar, o a los establecimientos de pachinko. Estos locales, llenos de coloridos y luces, están diseminados en todo Japón, y seducen a los más variados públicos, ávidos de botar el dinero en las máquinas tragamonedas, embocando bolillas en sitios estratégicos y acumulando puntaje.

Otros, los más osados, iban a rematar la noche a las callejuelas donde se encontraba la zona roja. No eran lugares prohibidos, apenas a unos pasitos de la estación, metidos entre avenidas principales, formando una hilera de discotecas, con sus grandes anuncios, y sus carteles de cinco mil y diez mil yenes. Tenían unos conserjes despabilados, que gritaban a cada transeúnte extranjero en inglés: «Sex», «Sex». Un ingenioso y asiduo concurrente me hizo la descripción del interior en estos términos: un largo salón, música y licor por todas partes, en los rincones sillones, y allí están las chicas. Es como hacer el amor en la playa, públicamente, pero por cierto, con las luces apagadas, y sin ver el rostro de nadie, ni siquiera con quien lo haces. ■

desco

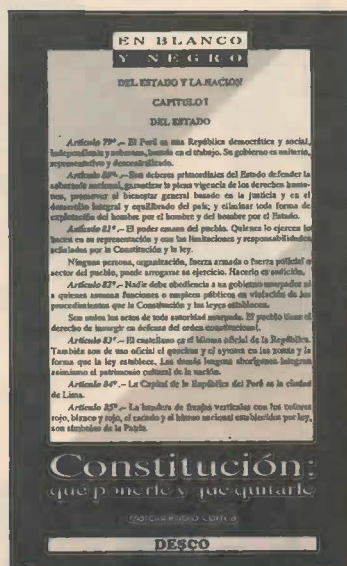
Se trata de un trabajo dirigido al lector interesado en problemas de política cotidiana y no especializado en Derecho, en el cual el autor sugiere temas para el debate constitucional en curso en el Perú.

En un primer momento, el autor explica qué es y para qué sirve la Constitución, afirmando que su existencia es indispensable para proteger los derechos de cada persona y garantizar que quienes ejercen el poder en la sociedad lo hagan de acuerdo a reglas establecidas y no a su libre albedrío.

En segundo lugar, toma como punto de partida las propuestas de reforma esbozadas por el Gobierno de Emergencia y Reconstrucción Nacional, las analiza y detalla.

Luego propone algunos temas que resulta indispensable tratar para lograr una reforma integral y positiva del Estado peruano. Entre otros temas, se trata la mayor importancia que deben tener los gobiernos municipales, la necesidad de determinar mejor las funciones de los gobiernos regionales, la actuación del Poder Legislativo y la conveniencia de precisar su doble función de legislar y controlar, la necesaria reforma del Poder Ejecutivo para que el Presidente de la República deje de ser parte en los conflictos entre poderes.

En fin, un libro didáctico y ágil que se inserta directamente en el debate político del momento.



EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERÍAS

RC
PUBLICAC S.A.

Jr. Amazonas 351 - T 615711

Magdalena

UNMSM-CEDOC



DE PAMPLONA A SAN ISIDRO

LOS NOS QUE Y LOS NOS CUATOS

TENDIENDO PUENTES, LEVANTANDO TORRES

Ramiro Escobar La Cruz

La música rompe fronteras, atraviesa arenales, conecta imaginaciones. El grupo «Nosequién y los nosecuántos» se ha convertido en los últimos tiempos en una suerte de corriente continua que pasa por distintos barrios y vincula diferentes modos de ser bajo una misma torre musical. Esta crónica de dos conciertos, seguida de una entrevista con Raúl Romero, vocalista y *manager* del grupo, trata de aproximarse a este fenómeno.

I
A dos cuerdas ya se va sintiendo el rumor. Entra por los oídos, penetra por los poros, ingresa en el torrente sanguíneo, despierta al corazón, pone en alerta los pulmones. Su embrujo es inevitable; su poder, creciente. La onda expansiva está en su máximo esplendor. Son las tres de la tarde de ese sábado 11 de julio cuando llegamos a la avenida Pachacútec de San Juan de Miraflores.

La vía del tren eléctrico pasa por allí, como una monstruosa serpiente de concreto desplumada que se desplaza amenazante sobre un hormiguero humano. A sus pies, tropeles de gente pululan apre-

suradas y tensas, evitándose y evitando las manzanas, naranjas, bolitas de maní, camotes, chompas, zapatos, camisas, pescados fresquitos, sacos de arroz, jabones, arverjitas, preservativos y demás enseres que se desparrraman por todos lados.

Cuántas voces pedigüeñas, cuántos gritos turbulentos, cuántos chirridos que escapan sin ritmo ni rumbo. Cuántos carajos y cebollas que no detienen a un ladrón huyendo exitoso hacia su madriguera. Es correcto: aquí la calle ha sido tomada por asalto; en este lugar con escasas armonías sólo se puede distinguir con nitidez un sonido inconfundible: ¡dólares!, ¡dólares!



¡Manya, son gringos!

Allá arriba es la cosa. En «El hueco», un canción terroso ubicado en los cerros de Pamplona, esta tarde se realiza un «Pichanrock»^{*} contra la tuberculosis. Para subir hay que llegar al paradero denominado «El pozo» —donde años ha efectivamente hubo uno—, tras sortear baches y enjambres del camino. Vamos de un hoyo al otro. De la boca del lobo urbana a la puerta triste de la miseria.

La montaña no es rusa: es limeña. Cuando ya se está en el microbús el polvo aumenta y la mirada inevitablemente forma un ángulo y alcanza la última estera perdida en la niebla, allá arriba, donde ya casi no se distingue ni cuenta nada, y donde las calles ni siquiera tienen un nombre que las adorne. A la vuelta del cerro la danza de la vida es otra. Sin polvos ni urgencias del día. Casuarinas y esterinas en el mismo cerro están, dice un tema de «Los Ecos» en la radio...

Por fin, cuando nos preparábamos, cual astronautas, para continuar el ascenso, llegamos a la antesala de «El hueco». Una callejuela de tierra conduce hasta este pampón hundido en medio del arenal empinado, al borde del cual algunas casuchas se salvan, con las justas, del abismo económico. Aquí, damas y caballeros, jóvenes y niños, con estrella y estrellados, dentro de breves minutos se hará presente, para cantar y hablar con la gente de Pamplona Alta... ¡el grupo «Nosequién y los nose cuántos!»

El cerro ya no es el mismo desde que hace unos días apareció esa banderola irreverente que los anuncia. Pocos, sin embargo, lo quieren creer. Quién, quién, ni siquiera Nosequién, se va a acordar de este barrio olvidado.

— ¡Qué va a ser! —dice un joven que pasa por allí.

De pronto, el milagro se produce. Una kombi aparece en la cancha seguida de un carro de la policía. No la persigue para desactivarla, sino que allí adentro viene Nosequién a tocar para cuanto habitante de Pamplona Alta quiera escucharlo. Los niños se han trepado al vehículo, como si les fueran a repartir golosinas, y alguien grita por allí con sincera sorpresa:

— ¡Manya, songringos!

Cuentan que las moscas también les dieron la bienvenida, entrando triunfales por la ventana, y que tras su recorrido por este arenal—acaso parecido al de la canción «Pasamayo maldito» —no pensaron encontrar tanta hinchada. Y es que casi no pueden bajar, porque la multitud se los impide. La cancha súbitamente se ha llenado. Han salido de no se sabe dónde para verlos.

Pero tú sabes, amiga, cómo somos los peruanos/si nos suena la barriga alguna cosa inventamos... cantan ya sobresaltando al barrio desde el escenario. «El rap del chicle choncholí» suena familiar aquí, donde cada día se inventa algo para llegar a mañana. Es la historia de la Antonia, que se fue a Miami y cuando la plata se le acabó... agarras cuatro chicles y los pones en la olla/le agregas perejil, pimienta, ajo y dos cebollas/le echas un tomate, sal, pimienta y zanahoria/pon los ingredientes y verás que sabe a Gloria!!!

La señora que vende un poco de todo en una esquina de la cancha medio que se sonríe. Miami le queda tan lejos como la prosperidad; pero escucha feliz, sospechando que algo se le va a ocurrir para que la tuberculosis no le quite lo bailado... ¡¡¡ya basta de llorar!!! ¡¡¡ya basta de sufrir!!! ¡¡¡que acabo de inventar!!! ¡¡¡el chicle choncholí!!!

Los bacilos deben andar por allí, ansiosos, entre nota y nota y diálogo con el público. Pasan las canciones —«Magdalena», «Los patos y las patas» y otras— y Raúl, el más conocido y notorio del grupo, recuerda a la gente que no basta con comer chicle y choncholí.

— ¡Cuiden sus pulmones! ¡Vacunen a sus hijos!

— ¡Sí! —responde el público con un aliento de esperanza

Cada vez hay más gente que sigue el concierto, incluso desde los cerros aledaños. Han aparecido como si salieran de su escondite. Algunos en actitud festiva, pero vigilante. Una tonada archiconocida

* Festival de rock, acompañado de murales, pasacalles, etcétera, orientado a luchar contra un problema concreto, y promovido por los jóvenes del lugar.



Una audiencia entusiasta.

hace, de pronto, que hasta las torres de Pamplona se conmocionen.. Un terrorista/dos terroristas/se balanceaban... ¡sobre una torre derrumbada!.. Gran griterío, ganas de cantar. La gente corea a voz en cuello la letra, mientras un policía está sobre el escenario con su arma en ristre y la mirada que no sabe para dónde apuntar... un guerrillero emerretista/un traficante en el Huallaga/el búfalo aprista Agustín Mantilla...

Vaya frenesí. Difícil saber si entre el público hay algunos persistentes adláteres de... Alan García y su compañía..., o si entre los presentes hay quienes tienen más de un motivo para sentirse aludido...fueron a llamar a un camarada... Todo el mundo (o casi todo el mundo) canta feliz, algo rabioso, sintiéndose libre de opresiones políticas, religiosas, uniformadas. Nadie se exime del placer de decir lo que no aparece en las encuestas... y quizás a Fujimori...

Nadie, en efecto, como nadie parece salvarse de expiar las frustraciones colectivas...total corrupción hay en todos lados/y por cinco lucas me compro un di-

putado/un juez, un fiscal, un par de abogados/un arquitecto, o en su defecto, un novelista/un par de... (para que vean que no hay censuras)...periodistas....

Se van, se van con el aplauso del respetable y la pena de las torres pamploneas. Tienen otro compromiso, en otro barrio, con otra gente, varios cerros más allá, no en un hueco sino en La Planicie. Prometen volver para alegrar al barrio.

Ocho canciones no han sido suficientes, pero han bastado para que Pamplona se ponga de otro color, se enorgullezca de haberlos escuchado en vivo y en directo. Los muchachos del CEDHIP, organizadores del evento, están tan contentos como ellos. La gente se les acerca, agradece.

—Gracias por tomarnos en cuenta, joven— dice una señora.

La vida continúa; la música también. El rumor de esta esquina turbada de Lima ha sido disipado por unas horas gracias al rock irreverente y juguetón. «No-sequién y los nosecuántos» han logrado

tejer una canción en medio de la niebla y la tristeza. A punta de puro desparpajo.

II

Distrito de San Isidro (Lima), sábado 18 de julio de 1992, dieciocho horas. Humedad al rojo frío. La juventud está en las calles. Cientos de muchachos se arremolinan en torno del estadio de esta localidad. Hay cierto gesto ansioso en sus miradas; a la vez, una inusual paciencia y unas ganas de gritar y bailar por sobre todas las cosas e inseguridades de este mundo. «Nosequién y los nosecuántos» se van —¡por fin!, según reza el afiche— a Miami, a poner de cabeza a la comunidad latina de esa villa cosmopolita. Y antes, claro está, quieren despedirse de esta Lima asustada.

No están todas las sangres, ni todos los colores. Quizá, sí, todas las fachas, como que se puede hablar de una composición heterogénea de la multitud coincidente con la cierta heterodoxia del grupo. El rango de edad es ese en que se sufren todos los problemas del mundo y se dibujan también todas las ilusiones: aproximadamente 16 a 25 años. Hay, no obstante, algunos muchachos con juventud acumulada e ideas vigentes.

— Señor, disculpe, ¿cómo se animó a venir al concierto?

— Bueno, vine trayendo a mis hijos. Pero a mí también me gusta mucho el grupo. Es inusual. Si no, no hubiera venido; hubiera mandado a mi mujer.

Para entrar a uno lo revisan escrupulosamente, por obvias razones —el maldito anfo puede estar hasta en los sitios más increíbles—. Pasando el zamaqueo de reglamento, se llega a la cancha, que ya hierve de gente, y en uno de cuyos extremos se ha montado el escenario. A la izquierda de éste —como nunca— Coca-Cola en un enorme botellón plástico; a la derecha, Cristal en un cartel burbujeante; y por ahí también, en otro panel, Chicléts de Adams con su forzada sonrisa permanente. Todo el mundo ya ve a los auspiciadores, pero en realidad quieren ver a ya saben quién.

Todavía viaja por el aire irrespirable de Lima el olor de la explosión de Miraflores. Todavía zumba en la oreja el estruendo. Cuesta trabajo reponerse del forado abierto en la conciencia ciudadana

hace sólo dos días. Entre la multitud quizá algunos ayes y lamentos por un ser perdido tratan de mitigarse con el rock. De repente, las luces se hacen tenues y un humo benigno invade el escenario. De un salto aparece Raúl, el líder del grupo...

— ¿Estamos hartos de la violencia?

— ¡Sííííí! —vocifera la multitud.

— ¡Entonces saquen los condones!

El concierto ha empezado al ritmo de la libido, como no podía ser de otra manera en estos días difíciles. Se enciende un ánimo de fiesta irrefrenable entre los presentes, que convierten la cancha en una gran zona liberada de complejos, represiones y explosiones. La primera canción también va por allí, a derribar mitos... Dicen que me parezco a Tony Curtis.../ ¡ya quisiera él.../ ya quisiera él!/... Vanidad oh, oh, oh... es pura vanidad oh, oh, oh...

Aquí hay espacio para todos y todas. Nadie se hace problema por el o la de al lado. Tampoco por el muchacho ese que, en una esquina, luce acompañado por alguien que no parece ser ni su amigo, ni su enamorada, ni mucho menos su padre, sino simplemente su pareja.

La basura de La Molina/tiene mucha vitamina...canta Raúl luego de advertir que este tema es para reflexionar. «Recordando basurales» aprendió que la ciudad no es igual, que en cada barrio los restos materiales de la vida diaria tienen un destino... la basura de Carabayllo.../...se la comen los chiquillos...

Entre broma y broma, la realidad distinta asoma. Los tachos que adornan cada esquina de Lima llaman a la reflexión si se sabe mirar. Y es claro que entre el público hay gente con distinta experiencia en cuanto a baja policía se refiere: Magdalena, Lince, La Punta, San Martín de Porres, Pueblo Libre, Santa Anita. Una chica de San Isidro, pulcrosa ella, se queja por tal irrupción.

— Sí, me gusta el grupo, pero la gente que ha venido no, dice —dedos en la nariz.

— ¿Por qué?

— Es que es gente de otro nivel. O sea, debería estar más caro para que venga mejor gente. Son muy vulgares, te paran silbando y eso me llega, ¿ves?

Tal parece que «Los patos y las patas» no siempre están de acuerdo. Es que somos tan distintos... Los Quispes gozan

también del bacilón/seviche en bolsa y sopa en botellón/mientras que a cuatro metros/los Müller sin hablar vigilan la parrilla/mientras esperan que encienda el carbón...

— ¡Qué linda gente! —grita Raúl terminando la canción.

Un rasgueo de guitarra, inconfundible... Palmas, palmas entusiastas...

Un terrorista/dos terroristas... se balanceaban... ¡sobre una torre derrumbada! La gente va opinando, va opinando: «bueno, un poco en broma, un poco en serio, cuentan la vida diaria del peruano, ¿no?» (una señora de Miraflores)... como veían que resistía... fueron a llamar a un camarada... «la letra es liviana, aligera el espíritu, lo que necesitamos, pues» (un policía municipal)... Un terrorista/dos terroristas/un guerrillero emerretista/un traficante en el Huallaga/el búfalo

aprista Agustín Mantilla/Alan García y su compañía/Villanueva del Campo/me da tanto asco/ como Chirinos Soto con su cara de pote... «son una gente excelente, buena, maldita, así como la gente del Perú que somos todos ¡que no se vayan a Miami, carajo!» (un joven de Lince)... y total corrupción hay en todos lados/y por cinco lucas me compro un diputado/un juez, un fiscal, un par de abogados... «hablan de la realidad, de lo que está pasando, de lo que vive la gente, por eso es sensación» (una señora sola)... un arzobispo/un cardenal/una virgen que llora y una virgen de verdad/y quizás a Fujimori... «hay algunas cosas que no quisiera escuchar, pero me gustan, están en lo actual» (otra señora, con sus hijas)...

Palmas, más palmas, los brazos alzados, los de la Coca-Cola que se preocupan...



Susana Pastor

La despedida, en el estadio de San Isidro.

Si no hay solución, la huelga continúa (bis).

La policía que también empieza a preocuparse...se teme un apagón...

...¡sobre una torre derrumbada!... como veían que resistía.../nadie fue a llamar...¡a un electricista!...

Un rasgueo de despedida, gritos y euforia interminables

La luz sigue prendida.

El concierto va concluyendo. «Aló Gisela», «El títere», «Volver» provocan el jolgorio colectivo. Se quieren ir pero no los dejan. Vuelven «Las torres»... ¡sobre una torre derrumbada!

Así, un poco derrumbada, pero feliz, ha quedado alguna gente que parece estar ahora en un mundo de «Cristal», donde todo es burbujeante.

— ¡Hey, despierte! Ya terminó el concierto —le recuerda un municipal a un muchacho.

— Eh, ah...Oe loco... Este grupo es lo máximo...

Bueno, pero hay también una máxima hora para quedarse en la calle, de modo que hay que partir. Alguna gente sigue ahí, fiel, esperando a sus ídolos. Así es la vida de los fans: sufrida, incomprensida. Pero nada los doblega. A un microbús —el moradito, la línea 10, que también aparece en una canción— suben dos muchachas que conversan, algo preocupadas.



Susana Pastor

Raúl Romero, a plena voz.

— ¿Y ahora qué te van a decir en tu casa?

— Ay, no sé; pero yo, por un autógrafo, ¡me desvelo!

— ¿Conseguirás carro para regresar?

— Creo que sí. En el camino me bajo y puedo encontrar una kombi que me lleve a la avenida Pachacútec...

...¡sobre una torre derrumbada!... ■

Ritmos cercanos del tercer tipo

• «Me atrevería a decir que lo que está pasando es que los peruanos que antes nos considerábamos 'distintos' estamos empezando a percibirnos, nos guste o nos disguste, más próximos que nunca en nuestro país. A trompicones, entre la violencia terrorista, el dramático deterioro de las fuerzas policiales, la recesión, los apagones y la escasez de agua, los peruanos, irónicamente, estamos aprendiendo a convivir los unos con los otros. Quizá porque nuestros propios dramas nos hacen más parecidos...»

«¿Qué significan estas coincidencias musicales en tan distintos ambientes sociales? Es decir, ¿qué significa que personas que no comparten necesariamente el mismo universo social puedan tener el mismo

gusto musical? La respuesta, creo, está relacionada con el fenómeno de 'hibridización' en el ideal. Es decir, si hasta hace poco existía un determinado tipo de música para cada emisora radial, es porque también hasta hace poco cada música podía ser asociada con un lugar. Y creo que expresiones como ésa de que 'las cosas se han salido de su lugar' tendrían que ser repensadas en otros términos. No es que las cosas se hayan 'salido de su lugar'. Es simplemente que han surgido nuevas cosas que no tienen un lugar sino muchos.»

(Cecilia Méndez G., joven historiadora de la Universidad Católica. Tomado de «La Revista» de El Peruano del 26 de marzo de 1992.)

UN DIVERTIDO TRANSCURRIR

Raúl Romero, vocalista y manager del grupo, vive por Magdalena, como dice una de sus canciones. Su casa está al fondo de una quinta clasemediera y es fácilmente ubicable por sus colores vivos que le dan cierto aspecto informal.

Allí nos recibe, nos hace entrar gentilmente y nos pide que subamos a su dormitorio, ya que está medio resfriado. El cuarto parece tener el ritmo de sus canciones: una media por aquí, un zapato por allá, fotos familiares y algunos cuadros. Un desorden que aspira a la coherencia, en el que destaca un Cristo de Dalí que mira para abajo, como si quisiera que no lo vieran para no ser incluido en una canción.

Han traído unos vasos de chicha —bastante helada para la estación y para los bronquios de Raúl— y Susana, que no es la misma de la canción (Yo vivo por Magdalena/pero muero por Susana...) se prepara para registrar las imágenes de la conversa.

—¿Cómo se sintieron en Pamplona?

— En verdad no hemos dimensionado mucho el hecho de estar allí. Más bien después, en la noche, cuando fuimos a tocar ya a otro sitio, ya de clase alta, dijimos «Oe, ¿qué loco, no?, hoy día hemos tocado en dos lugares tan, tan distintos». Pero como artistas en el escenario no tenemos show o actitudes frente a un público u otro. Nuestro desparpajo se mantiene.

Susana Pastor



— ¿Qué les pareció el hecho de que la gente coreara sus canciones?

— Nosotros no dudamos que la gente, sea cual sea su condición económica, se divierte, tiene los oídos y los ojos abiertos a las cosas nuevas y entiende contenidos. Gracias a Dios no hemos llegado a un momento en que haya grupos de pobres y ricos en cuanto a la música. Y en nuestro caso creo que se debe a lo dúctil de nuestras canciones y a la llegada que tiene la radio en esos sectores. Para el grupo esto es un motivo de alegría. Se ha producido algo bonito y curioso: que la gente nos computa, computa nuestra onda y la letra de nuestras canciones.

— ¿En todo sitio?

— Sí, y captan cuál es el mensaje de «Los patos y las patas», por ejemplo. Lo captan arriba y abajo, los Müller y los Quispe.

— ¿En qué momentos crees que se da este salto?

— Esto se da con el ingreso a radios. Hace aproximadamente dos años, con la canción «Magdalena».

— ¿Más que con «Las torres?».

— Antes que con «Las torres». Más que con «Las torres» no hay nada; es el grado superlativo del éxito.

— ¿Qué ha significado eso para ustedes?

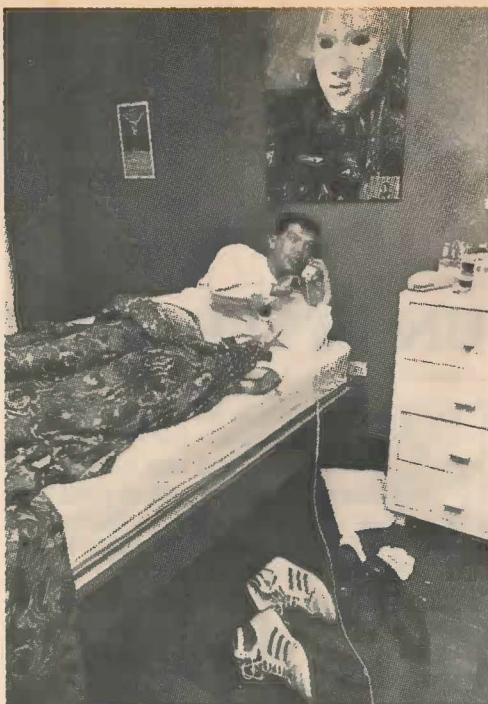
— El grupo lucha por no identificarse con ninguna canción. Es algo consciente, algo muy nuestro. Es más: «Las torres» no ha influido en la manera de tocar otras canciones, ni en su creación. No hay ni habrá ninguna que se le parezca. No somos un grupo de canción política.

— ¿Tuvo dificultades al comienzo, verdad?

— Sí. La única que se atrevió a pasarla al comienzo fue Studio 92, y a los pocos días Radio «A» y Radio San Isidro. Eso ayudó mucho, y luego nos entrevistaron. Pero el día en que nos llamaron para decirnos que había una censura nos cagamos de miedo.

— ¿Quién los llamó?

— Un periodista. Nos dijo que estaban confiscando el casete. Ese día yo dije, pucha, mi pasaporte está al día, no pensé en irme del país... Humm... El país es muy violento... Ahora ya nos hemos familiarizado con la canción, tú y todos, pero el



Medio resfriado. Una media por aquí, un zapato por allá.

día que salió se escuchaban cosas fortísimas en la radio.

— Sin embargo era algo que la gente quería cantar...

— Oh, sí. Era algo latente. Esa canción es la encarnación del ambiente político. Se hizo carne. Era una cosa que la gente quería decir.

— ¿Tuvieron algún problema con alguien?

— Hay radios que no la han querido pasar, que han hecho como si la canción no existiera. Ha habido revistas que se han puesto a hablar un poco mal de nosotros.

— ¿Sabías que *El Diario* les dedicó un artículo?

— Bueno, la gente de *El Diario* no sé cómo hace para ver todo el universo a partir de dos agujeritos. ¿Qué pena, no? Que alguien trate de ver la vida por dos agujeritos y que por allí pase todo, todo: las mariposas, los valles, el bien, el mal, el regular... A mí me da realmente mucha pena.

Por ejemplo, dicen que expresamos el individualismo de la clase burguesa por-

que sólo canta una persona. En ese sentido, la música gregoriana es mejor que la nuestra. Todo el mundo tiene un defecto; según ellos todo el mundo está mal por algo, excepto ellos. No sé... no los conozco, me gustaría conocerlos. Pero si tuviera un amigo así creo que no lo soportaría ni un día.

— ¿Cómo es que componen sus canciones?

— No es un problema de buscar temáticas. Es una cuestión de gente con un determinado foco como nosotros, con una capacidad de ver las cosas, no mayor ni menor, pero que la explota, la vierte artísticamente.

Quiénes y cuántos son

• «Nosequién y los nosecuántos» fue formado en 1989 por un grupo de muchachos universitarios de la clase media limeña. Inicialmente tocaban en pubs —especie de pequeños restaurantes donde se va a escuchar música y a tomar un trago—, pero luego, dada la gran acogida que tuvieron, se dedicaron a dar conciertos en distintos lugares de Lima y provincias. (En lo que va de este año han dado unos setenta.)

Los actuales integrantes son Raúl Romero, vocalista, *manager* y personaje más característico del grupo; Alfredo Sillau, guitarrista y compositor de «Las torres»; Pablo Boner, teclados; Pedro Silva Arrieta, batería, y Fernando Ríos, bajo.

Hasta hace poco también formaba parte del grupo Germán Vargas, quien todavía suele acompañarlos en algunas grabaciones. Él y Ríos participaron hace un tiempo en una secuencia televisiva titulada «La cámara indiscreta», mientras que Romero tuvo a su cargo un programa para jóvenes de nombre «Asunto juvenil».

Hasta el momento han grabado dos cassetes. El primero, titulado «No somos na-

da» (que incluye los temas «Magdalena», «Aló Gisela», «Recorriendo basurales»), vendió unos cuatro mil ejemplares y fue difundido por algunas radios limeñas. Pero con el segundo, donde está el tema «Las torres», llegaron a vender 14,000 copias y se situaron en un nivel de aceptación bastante masivo y poco usual para un grupo nacional.

Su género musical preferido es el rock, pero según cuenta Raúl, y como se percibe en algunas canciones, no tienen reparo en expresarse a través de otro género si la ocasión o el tema es propicio, como que tienen una chicha titulada «La banda de los peruanos» y en otros temas se advierten compases de bolero o parodias de música criolla («Monstruo de Armendáriz»).

Su público, según apreciación también de Raúl, está mayormente ubicado en la clase media alta limeña; sin embargo, cuentan con un club de fans en Chiclayo y cualquier habitante de un barrio popular o cualquier peruano que tiene las orejas paradas, finalmente los conoce, especialmente a raíz de su tema «Las torres». ¿O no?



– Están abiertos, porosos a lo que ocurre...

– Esponjooooosooooos...

– Tal vez por eso el vínculo con la gente es muy fuerte...

– Sí, como consecuencia casi automática. Si has recogido de ellos, de lo que te rodea y los rodea a ellos, la respuesta es un eco, un retorno. No es una fórmula; es algo que nosotros nos hemos dado cuenta que sucede. Simplemente ocurre.

– También llama la atención la comunicación que tienen con el público...

– Es que somos bromistas: nos gusta joder y no nos picamos.

– ¿No hay una diferencia entre el escenario y la vida real?

– De hecho la hay, pero en todo caso no nos embarga el estar allí arriba, no nos fascina el estrellato. Es bonita la fama cuando la sabes usar y no te usa ella, pero no es nuestro objetivo ni mucho menos.

¿Sabes qué? Ni siquiera tenemos objetivos; o mejor dicho, son secundarios. No nos proponemos decir las verdades. Nuestro objetivo es divertirnos. A quien le dé rabia eso o le parezca insuficientemente comprometido, pues que se vaya a la mierda. Lo que pasa es que hay gente que no concibe que en el saco de la diversión se meta tantas cosas. No falta el periodista que llega y nos dice «no, pues, ya...dejando las bromas...».

– ¿Cómo sienten lo que está pasando en el país?

– No somos indiferentes a nada de lo que ocurre. Lo que pasa es que tenemos una posición bastante madura sobre este aspecto, sin mesianismos, sin ganas de explicar la situación por dos agujeritos. Las soluciones no son fáciles, ni mecánicas. Nadie tiene la solución, sino que se va encontrando.

Una cosa que se puede hacer es estar bien ahora tú con el de al lado. Esa sumatoria puede hacer, al final, que el país mejore, supongo. Yo ya no veo la solución basada en grandes propuestas socioeconómicas o histórico-dialécticas. Lo importante es andar bien tú, tú, estar bien con tu pareja, con tu hermano, con tu compañero de trabajo, con tu gente, rendir un poco más, querer un poco más. Haz tú eso y proyectado a la historia va a dar resultado.

– ¿Cómo se definirían musicalmente?



Susana Pastor

Pensando en el país. Serio, pero no solemne.

– Somos neocostumbristas, por decir algo. Hacemos eso: hablamos de las cosas nuestras, de las costumbres.

– ¿Básicamente de Lima?

– Bueno, «La pacha» es universal. El mensaje que puede haber debajo de una canción generalmente lo es. Por ejemplo, una canción como «Los patos y las patas» nació cuando un día yo regresaba de la playa y vi esas filas de gente subiendo por Lomo de Corvina, con el sol cayendo y alumbrando. Eso me emocionó y pensé que la gente, pobre o rica, se tira su playazo. Unos con su sevice en bolsa y otros con su parrilla, pero todos son iguales bajo el sol. Nadie les va a quitar el derecho de agarrar al perro, a sus tres hijos e irse a pasar un día hermoso a la playa. Unos regresan en lancha, los otros en camión o caminando, pero la vida es la vida y los domingos no te los quita nadie.

De ahí puedes sacar mucho sobre el grupo. Esa es nuestra manera de ver las cosas... sin gravedad, sin solemnidad, sin decir «escúchame que yo soy el dueño de la verdad, compadre». Sin condenas, ni dramas... Una canción... si la entiendes, bacán; si no la entiendes, no importa. Ya la entenderás.

– ¿Alguna anécdota?

– No tenemos anécdotas. La anécdota es un punto de dislocamiento en un aburrido transcurrir. Nuestro transcurrir no es aburrido. ■

Hace 30 años fuimos los primeros y únicos.
Hoy somos únicamente los primeros.

1960

Tres décadas cumplidas, cultivando la sintonía leal de empresarios, ejecutivos, diplomáticos, políticos, comerciantes, profesionales, en fin todos los hombres y mujeres de buen gusto. Una vasta sintonía acumulada que comprende un segmento muy importante del mercado radial.

Desde el 11 de Setiembre de 1960 cuando apareció como la primera y entonces única emisora de FM del país, STEREOOLIMA 100 FM transmite 20 horas diarias con una cuidadosa programación denominada "ENTRETENIMIENTO CONTINUO".

Bella música escogida entre más de 20,000 discos y cintas matizada con microprogramas de interés humano, como adelantos científicos, El Mundo Financiero, deportes, y especiales en idiomas inglés, francés, alemán, y polaco. Además 18 boletines diarios llegados vía United Press International satélite mantienen a sus oyentes bien informados.

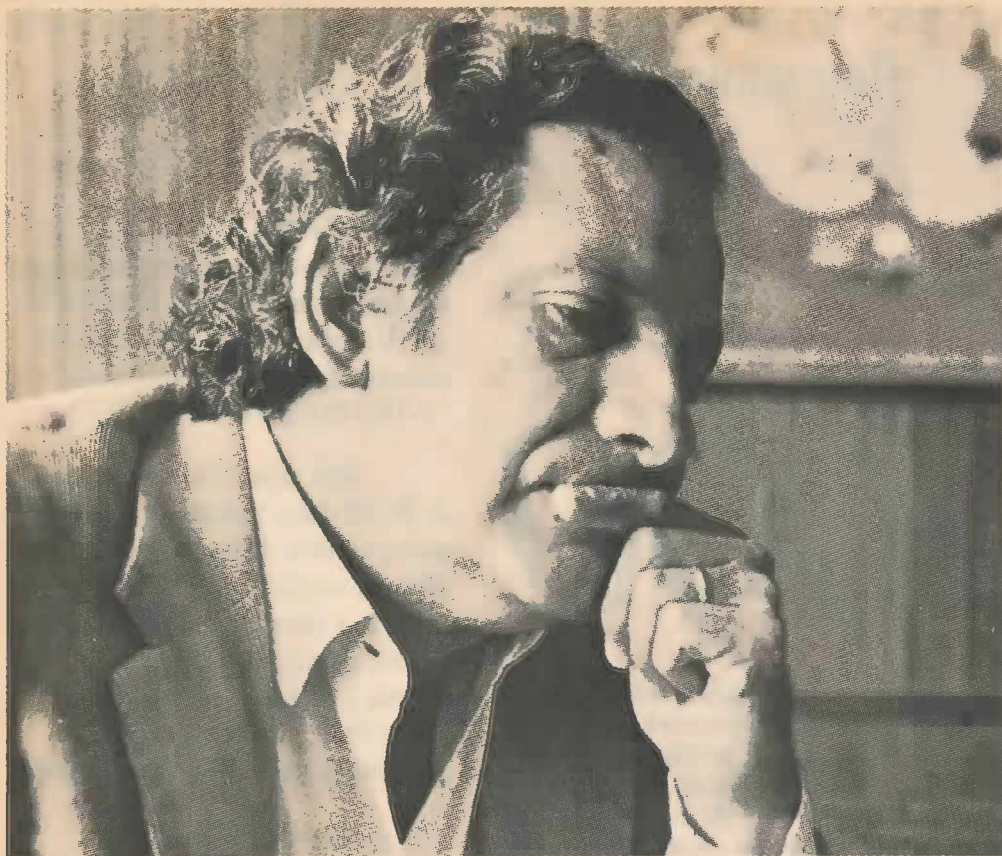
Durante 30 años las más importantes empresas del país han confiado su imagen y campañas publicitarias a STEREOOLIMA 100 FM.

Después de 30 años sigue siendo la opción más variada de hacer publicidad radial dentro de un marco inconfundible... EL ESTILO 100.

En sus campañas de publicidad incluya radio, "El color de la Radio", STEREOOLIMA 100 FM. Beneficiarse de 30 años de sintonía acumulada de oyentes que aprecian EL ESTILO 100... único en el dial.

100.1 MHz

STEREOOLIMA 100FM "El color de la Radio"
La primera emisora comercial en frecuencia modulada.



ENTREVISTA

EL DIVÁN ATESTADO

MAX HERNÁNDEZ, GARCILASO, EL PERÚ

Nelson Manrique

Aprovechando un encuentro en Madrid hacia la segunda semana de mayo, algo de la nostalgia y ese espacio reflexivo que permite la distancia frente a la invasiva realidad cotidiana del Perú, Nelson Manrique conversó con Max Hernández con motivo de la publicación del último libro del destacado psicoanalista sobre la vida del Inca Garcilaso de la Vega, el primer peruano*.

Bueno, el tema sobre el que vamos a conversar, Max, es tu libro. De hecho, considero que es un libro muy bellamente escrito, pero quisiera que seas tú quien haga un pequeño resumen de las ideas centrales del texto.

— Como tengo dicho de manera bastante explícita en el prólogo, este libro es producto de una mirada personal, ceñida a los textos del Inca y enmarcada —en la medida en que yo puedo hacerlo— dentro de los límites planteados por la investigación histórica moderna.

Utilizo —y empleo el verbo «utilizar» sin ningún pudor— la figura emblemática, simbólica, metafórica, y por todo ello real, del Inca Garcilaso, para dar cuenta de un conjunto de conflictos que, en mi opinión, nos siguen agitando, sobre todo cuando queremos pensar acerca de qué es vivir en el Perú, ser peruano, intentar definir, entrever, un proyecto nacional, una utopía, una posibilidad.

Me parecía que lo que ha sido escrito sobre él y que provenía de investigaciones importantes y serias, tenía sin embargo un marcado sesgo. Este podía inclinarse hacia el diseño de una figura no conflictiva y tersa, una suerte de mestizo ejemplar, con una conciencia limpia y clara y apenas atenido a algunas nostalgias. O a la inversa: el retrato de un hombre mezquino, calculador, al que más de un intelectual ha definido recurriendo al epíteto, o a la mentada de madre, ¿no? Me llamó mucho la atención un hombre capaz de concitar dos maneras antagónicas de entenderlo.

¿Qué es lo que me pareció importante? No toda historia de vida, no cualquier biografía está tan nítidamente ligada a los hechos históricos y sociales que la circundan como la del Inca Garcilaso. Creo que en su caso ha habido una suerte de coincidencia esencial, eso que los biólogos han denominado la coincidencia empírico-estructural. Me refiero a la circunstanica en la que aquello que se muestra fenoménicamente corresponde a la estructura subyacente.

Ello no quiere decir que la lectura que he hecho sea la única posible, ni mucho

menos la única válida. Si aspira a cierta validez. En la medida de mis posibilidades, he tratado de tener con la figura del Inca el respeto, el cuidado que la práctica del análisis nos enseña a tener con el prójimo. Es decir, un respeto que permite que las dimensiones más significativas del otro aparezcan dichas por él y no perfiladas por nuestras interpretaciones.

— De hecho, lo más llamativo del trabajo es la aproximación desde una disciplina como el psicoanálisis, aparentemente circunscrita al diálogo vivo entre dos personas. Creo que, metodológicamente, dialogar con un texto debe plantear un conjunto de problemas. Y el primero que se me ocurre es que desde el momento en que no está presente el emisor del mensaje para establecer sus asociaciones sobre lo dicho, el texto dice sobre Garcilaso pero también dice mucho acerca del autor que habla sobre Garcilaso. ¿Me equivoco?

— Me parece exacto lo que estás planteando. Evidentemente, no es posible hacer una comparación ajustada. El análisis, como bien dices, se enmarca en el diálogo. El paciente produce un texto, dentro del cual se ubica, el que es interpretado por el analista. Las asociaciones posteriores permiten ese conjunto de recaudos que hacen que esta disciplina aspire, si no plenamente a la condición de ciencia, cuando menos a la de una hermenéutica con certezas y con cierto grado importante de certidumbre.

Es cierto que queda un gran interrogante: ¿por qué elegir a Garcilaso? Se me ha dicho que por qué elegí a Garcilaso y no, por ejemplo, a Guamán Poma. Debo decir que los intentos que he hecho por acercarme a Guamán Poma —y todos han sido posteriores a mi acercamiento a Garcilaso— son definitivamente más difíciles. Hay una dimensión, aquella más cercana a lo quechua —entendido como esa radicalísima presencia de lengua y cosmovisión, presencia misma del Ande— que probablemente se me escapa. Es posible que yo esté hablando de un Garcilaso un tanto urbanizado. Un tanto excesivamente moderno. Ahí estaría cayendo en anacronismo. Pero este mismo anacronismo pone de relieve dos cosas: primero, que con el análisis estamos tratando de captar estructuras que los historiadores lla-

* HERNÁNDEZ, Max: *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Ediciones Siruela, Madrid, 1992.

marían de **larga duración**, que discurren en tiempos de mucho más lento trajinar, de mucho más difícil desgaste, cuyas expresiones parecen «anacrónicas». Eso, por un lado. Por otro, creo que así estoy dando claves para que el lector avisado pueda discernir dónde Hernández se está inmiscuyendo en el Inca o dónde Hernández asume la voz de Garcilaso y dice cosas que no ha dicho estrictamente como Hernández.

Todo texto dice mucho acerca de su autor. Por eso una de las cosas que he pretendido es que aquello que estoy diciendo de mí sea ubicable. No lo he subrayado, no he dicho «oigan, aquí estoy yo», pero creo que el lector cuidadoso podría entender y encontrar dónde estoy por ahí metido y comprender ciertas carencias con las cuales he enfrentado este trabajo.

Una de ellas, no la menor, mi desconocimiento del quechua. Esto lo digo claramente. César Delgado Díaz del Olmo, en su libro sobre Garcilaso¹, ha puesto mucho énfasis sobre una serie de modos y formas que provienen del quechua. Este idioma que tiene tantas palabras y frases de estructura palindrómica. Se podría pensar que la circularidad, esa suerte de totalidad implícita en la noción de pachamama, que parece una especie de anticipo mítico a las nociones einstenianas de la unidad del espacio y del tiempo, está presente en la propia configuración del lenguaje quechua. De manera que tal vez alguna de las cosas que yo había interpretado a la luz de la influencia del neoplatonismo, viene más bien de estructuras inconscientes mamadas en el quechua materno y simplemente un poco abrillantadas, pulidas por el neoplatonismo. Este es un punto sobre el cual estoy dispuesto a aceptar todo tipo de sugerencias.

– Me refería a la presencia del autor no sólo como Max Hernández, psicoanalista, sino como peruano, mestizo, situado en un momento de enorme conflicto social en el país.

Ahora, la otra cuestión que me parecía relevante de la lectura que he hecho de tu texto era una actitud de profunda empatía. Quisiera establecer una comparación: Pablo Macera, quien cierta-

1. DÍAZ DEL OLMO, César: El diálogo de dos mundos. Universidad de Arequipa, 1991.

mente no se cuenta para nada entre quienes denigran a Garcilaso, y que, es más, ha escrito un texto muy bello, que creo es una de las mejores reivindicaciones de Garcilaso, no vacila en calificar de «oportunismo» la participación del Inca en la represión de los moriscos levantados en las Alpujarras. Tu aproximación, en cambio, trata de ver aquellas estructuras profundas que pudieran explicar eso más bien como una omisión, en el sentido psicológico del término, que pueda de alguna manera dar el margen para suponer un **no** conflicto interno del Inca con relación a esa evidente contradicción objetiva: entre su situación de marginado y discriminado, por un lado, y por otro, la situación de quien a su vez va a actuar en una campaña militar contra otros marginados y discriminados como él, de otro color, otra raza y otro idioma.

– Habría que ver si en la represión de los moriscos jugó más la dimensión de otredad significada por raza y costumbres o la otredad significada por la otra religión. No olvidemos que 1571 es el año de Lepanto, cuando la cristiandad entera se yergue contra el Islam.

Cierto: no me puedo imaginar a un Garcilaso que vaya a las Alpujarras solamente con una buena conciencia religiosa. Hay un drama y un conflicto. Pero de ahí a inferir que se trata de una conducta oportunista, hay distancia. Es un juicio que, en todo caso, yo no podría suscribir. Estoy convencido de que en la vida de cada uno de nosotros hay compromisos y que muchas veces transamos y transigimos.

Tú decías que hay una presencia de Max Hernández. Creo que es la presencia de alguien situado en medio de los conflictos que atraviesan a nuestro país. Una presencia aquí y ahora, en este particular momento del mundo y de la historia que vivimos. Quienes participamos en el quehacer intelectual no podemos evitar sentir una suerte de desamparo brutal, producto de los sucesos históricos de los últimos tiempos.

En parte también se debe al desmantelamiento de ideologías que servían para cobijarse frente a un mundo terriblemente complejo. Yo doy la bienvenida a la caída de los tótems ideológicos, pero no



Max Hernández: diálogo con un ausente.

dejo de darme cuenta de que esa caída también produce un inmenso desamparo.

Con los tótems han caído también las utopías. A diferencia de quienes creen que la utopía es, en su aplicación a la realidad, por necesidad sangrienta, cruel y fanática, yo pienso que también la utopía es lugar de refugio frente a las inclemencias de lo real, y además es un pequeño laboratorio individual y colectivo, donde uno puede diseñar mejores formas de vida.

Bien: tal vez por ese desamparo, la aproximación empática con el Inca resultó un poco excesiva. A veces siento —has mencionado esto— que más que analizador o analista del Inca Garcilaso me he puesto en plan de analizado o analizando. He tratado de entender al personaje mediante esa suerte de identificación empática. Esta proximidad, tal vez excesiva, hizo que el Inca me resultara intolerable por momentos.

Pienso en algunos datos que sugieren una suerte de doblez. Pero en otros momentos quería entender las dudas, las vacilaciones, el uso permanente de máscaras, estas cosas tan nuestras. Por ejemplo el inglés Brading ha llamado nuestra

atención sobre la figura retórica de la falsa modestia tan usada por el Inca. Todos nosotros la empleamos de un modo u otro, ¿no? Como cuando un Garcilaso que tú sientes que está seguro de su saber dice «y perdonen a este humilde indio antártico» y se lanza un rollo donde está casi casi enmendando la plana a alguna autoridad. Es fácil decir éste es un acomplejado. Eso no me importa a mí tanto como que en aquel momento el hombre mostraba efectos casi inescapables de una circunstancia fundante.

Repito algo que he dicho en el libro: creo que el problema fundamental de nuestro país, en términos de larga duración, es que el hecho mismo que nos funda como nación, en el contexto de un universo definido en su conjunto, es el hecho que nos desgarra como proyecto autóctono. Eso nos marca.

Fíjate, estuvo acá en Madrid Enrique Florescano y dictó una serie de conferencias: «Ser mestizo en Nueva España». Puede comparar las conductas de las elites criolla y mestiza, especialmente criolla, en México y en el Perú. Son bien distintas. Muy pronto los criollos mexicanos se vinculan al pasado prehispánico. Cierto

que se colocaban como los legítimos herederos de aztecas y mayas en lugar de los indios concretos que estaban viviendo allá. Pero, al mismo tiempo, ese proyecto muestra un esfuerzo reivindicativo que data de principios del siglo XVII y tiene mucho más fuerza a fines del mismo.

Yo no conozco suficientemente estas porciones de la historia del Perú, pero me da la impresión de que no hubo algo semejante. Tampoco hemos tenido una virgen de Guadalupe que redimiera, como la virgen de Guadalupe redimió, en el imaginario mexicano, la entrega sexual de la Malinche. Si los mexicanos eran por vía de la Malinche «hijos de la chingada», la guadalupana permite, con su aparición al indio Juan Diego, una suerte de redención de esa chingadera y una revaloración de la mujer mexicana. Frente a la fuerza movilizadora colectiva que tiene en México Guadalupe, Santa Rosa de Lima tiene muy pálida posibilidad, y muy pálida presencia.

Esto me lleva a otro punto: Garcilaso es el hijo mestizo de padre español y madre india, como casi todos los primeros mestizos. Hay aquí un problema importante que surge de la implantación de la ley del padre. ¿Por qué digo esto? Porque la cultura occidental es patriarcal, logizante, y alfabeta. Puede llevar, por ende, a los extravíos que el patriarcalismo, el logocentrismo y el excesivo valor del signo escrito y de lo letrado son capaces de producir. Por ejemplo, el desdén por todo aquello que no es patriarcal, aquello que no sigue la lógica aristotélica o la razón práctica y aquello que se expresa de formas simbólicas extraalfabéticas, por llamarlas de alguna manera.

Al nacer Garcilaso cuando el Perú se insertaba en el orden mundial regido por Occidente —y yo no podría suscribir que esa concepción global es capitalista y punto, colonialista y punto, imperialista y punto— quedaba bajo la advocación de la ley del padre. Por ello hubo de reprimir formas alternativas de concebir el mundo y de pensarlo. Nosotros continuamos en ese riesgo. Tal vez ahí se empezó a implantar aquello que Aníbal Quijano denomina con precisión —y con una palabra que suena un poco curiosa— nuestra «colonialidad», es decir, esta condición colonial de nuestro pensamiento.



Virgen de Guadalupe: redimió a los mexicanos de la entrega sexual de la Malinche.

— De hecho, cuando comparabas a la Virgen de Guadalupe y Santa Rosa de Lima me resultaba inevitable pensar en la aparición de cultos alternativos populares como el de Sarita Colonia. Ahora bien: partiendo del texto que estamos comentando, y quizá llevando la metáfora un poco más allá, otra tesis que encuentro en tu libro —corrígeme si me equivoco— es que Garcilaso logra integrar sus aspectos disgregados a través de la escritura. De alguna manera si Garcilaso resulta tan movilizador, intolérable, como tú has dicho, en determinados momentos, es precisamente porque estamos en el país ante el *impasse* de cómo integrar —esta vez ya no en la psique de un individuo sino a nivel social— aspectos que 500 años después siguen disgregados.

— Mira, ahora que mencionas a Sarita Colonia, reparo en que el apellido de Sa-



Santa Rosa de Lima: una pálida presencia.

rita es Colonia. Tal vez estamos tratando de ver de qué manera podríamos digerir aquella manera prepotente de integrar que proviene del discurso colonial y cómo podríamos asimilar e integrar un conjunto plural y diverso. Pienso que el modelo debería tener características menos jerarquizadas, menos verticales; definitivamente menos discriminatorias.

Mucha gente que visita el Perú se queda perpleja frente a una realidad contradictoria: ¿cómo un país mestizo es a la vez un país que segrega? Si el mestizaje es por definición juntura, mezcla, cómo es posible que en lugar de juntura y mezcla, los bordes estén tan claramente definidos. Tengo la impresión de que ese es un punto esencial sobre el cual creo que valdría la pena trabajar y para el cual Garcilaso puede ser una metáfora valiosa.

¿Por qué lo creo así? En primer lugar,

nos permitiría salir de este circuito por el cual el mestizaje se ha usado para justificar violencia genocida y para blanquear cholos. El mestizaje es un hecho histórico: se produjo. Ni lo buscaron los españoles, ni lo buscaron los aborígenes. Se produjo en esos encuentros al margen de la ley. Había una república de españoles y una república de indios. No había lugar ni para el criollo ni para el mestizo, que no eran ni lo uno ni lo otro.

Sin embargo, en los encuentros de la carne y en los encuentros del mercado se produjeron pactos —y ya uso una palabra con un halo demasiado voluntarista—, se produjeron encuentros, y se fue configurando una nueva realidad.

Cuando digo que Garcilaso puede ser utilizado como metáfora es porque ese hombre, producto de ese encuentro de hecho, se apropió de él a posteriori, y le dio significación. El capitán Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas no requirió de amores a doña Isabel Chimpú Ocllo. No. Ocurrió aquello que el padre Feijó llamaba «fecunda alevosía del tálamo». El Inca, sin embargo, ganó a pulso el derecho de decir: «sí señores, a mí me taparon la boca con este hecho traumático; yo me la destapo y hablo a boca llena.» Tal vez fuera arrogante de su parte, pero es que fue necesario ese acto de arrogancia generosa, o mejor dicho de orgullo, para recuperar su entidad y nuestra identidad.

Acabo de leer unas declaraciones de Belaúnde. Ha dicho que Fujimori no tiene un abuelo peruano ni una bisabuela peruana. Detengámonos en la frase: tener un abuelo peruano, o una bisabuela peruana. Es decir, quienes cuentan son quienes vinieron en cierto momento a este territorio, no los autóctonos. No se refiere a quienes tienen antepasados que han estado siempre en esta tierra.

Digo esto para aclarar que cuando hablo de mestizaje no estoy hablando de una definición racial ni de estirpes más o menos rancias. Intento una definición que trascienda y transgreda las circunscripciones de tipo racial. Se quiere insinuar que el señor Fujimori, hijo de inmigrantes, no ha tenido, entre comillas, «el tiempo de absorber las esencias peruanas». Bueno, si en una vida no «absorbes» tu realidad social, entonces cuánto

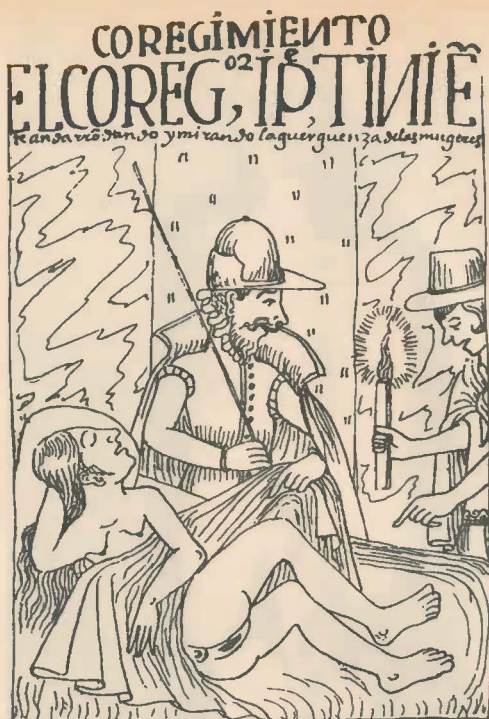
tiempo se necesita. Es algo tan absurdo... en fin.

Dicho esto, quiero anotar que el golpe de Fujimori es una «criollada» más y podría conducirnos a algo nefasto y siniestro. Nos ha puesto en una situación incluso más difícil que la que teníamos. Nos está poniendo al borde del abismo. Para entender lo que pasa es necesario dialogar. Si hay algo que aproxima el diálogo que estamos sosteniendo —el diálogo analítico, el diálogo que he tenido, saltando los siglos, con el Inca Garcilaso— y el diálogo democrático, es su punto de partida. Es reconocer que los problemas son demasiado complejos y por ello no podemos tener la solución si no la buscamos en y por el diálogo. Dialogar es mezclar y matizar nuestros textos. En otras palabras, reconocer que esta pluralidad que la palabra Perú nombra no puede someterse a jerarquías predeterminadas, porque todavía no sabemos qué jerarquías son las que deben regir en ese proyecto desgarrado y difícil que es el Perú.

— Cuando hablabas de la unión del capitán Garcilaso de la Vega y Vargas con la palla Chimu Ocllo, recordaba un texto que hablando de la colonización del Paraguay la define como «el paraíso de Mahoma», y esto porque los españoles más pobres tienen apenas ocho concubinas, mientras aquellos que tienen mayores recursos llegan a tener sesenta.

Pero eso nos remite al hecho de que España es a su vez un crisol de culturas y por mucho que el período del descubrimiento y la conquista sea el período de la persecución de judíos y musulmanes, ¿hasta qué punto los propios españoles —y por eso la alusión al paraíso de Mahoma me parece pertinente— no están repitiendo una historia anterior, no están moviéndose en lo que ustedes denominan «la compulsión de la repetición»?

Lo decía porque, volviendo a la metáfora esa de Garcilaso construyéndose, en la medida en que integra sus partes disgregadas a través de la escritura, creo cada vez más, y coincido contigo, en que no hay posibilidades de construir nuestro país si no integramos nuestras partes disgregadas en un proyecto mayor, y esto ya es autobiografía social.



El mestizaje «se produjo en esos encuentros al margen de la ley».

Creo que muchos de nuestros dilemas se originan en el hecho de que por nuestras venas corre sangre de los victimarios y de las víctimas, y nos consumimos en un optar o por los verdugos o por las víctimas; y que, por otro lado, los españoles que conquistaron América eran a su vez hijos de sus circunstancias, de la dominación y la presencia musulmana, de la presencia judía y de la coexistencia conflictiva tan rica de esas tres grandes culturas que hacen de España un foco de irradiación cultural extraordinario en la Edad Media, que va a desembocar, precisamente en la época del Descubrimiento, en una situación tan terrible de persecución racial que va a marcar nuestra manera de vivir en el país.

Entonces, otro mérito fundamental que le encuentro a tu texto es el contribuir a romper esa imagen maniquea, en la que nos hemos formado, en la que se es uno o se es otro, cuando a su vez ese uno y ese otro nos remiten a múltiples unos y otros que no terminamos de integrar. Quizá el problema mayor del país

hoy radique en esto: en la imposibilidad de integrar un conjunto de aspectos que simplemente se trata de solucionar mediante la aniquilación del otro y no mediante el respeto a la diversidad, según ese pensar que para mí es la definición de la utopía en este momento, que es el respeto de la diversidad dentro de la unidad.

— Me parece muy interesante todo lo que me planteas. Pienso en El Quijote. Fue publicado en 1605. Hay varios pasajes en los que se habla de lo árabe y lo judío. El autor dice que podía conseguir traductores del árabe a la vuelta de la esquina, y también de la lengua hebrea. Quiere decir que entrado el siglo XVII, el árabe y el hebreo eran presencias aún vigentes. Ello indica la persistencia de cierta pluralidad cultural que se estaba reprimiendo cuando fue sometida a las jerarquías de un orden de dominación.

En el caso nuestro el asunto es igualmente complicado, o más. Se optó por definirlo en un sistema de jerarquías siguiendo una lógica patriarcal, logocéntrica, poco capaz de incorporar el conflicto. Incapaz de tomar en cuenta que existe la posibilidad de una unidad compuesta de diversidades. La imposibilidad de aceptar que lo que tenemos que pensar es un

manejo del conflicto creativo y dialogado. La democracia será eso: articular hegemonías sucesivas que permitan que se vayan tomando en cuenta factores silenciados, disgregados, callados, reprimidos.

Estamos hoy a 9 de mayo. Hace dos días hemos recibido acá las noticias de la muerte en el penal de Canto Grande de prisioneros de Sendero y de la muerte de policías en el intento de trasladar a los reclusos de un penal a otro.

Estando aquí pienso que es menester tratar de entender qué dice y qué significa Sendero. Tienen un proyecto despiadado, retrógrado e inútil. Desde la perspectiva psicoanalítica, predomina lo destructivo y tanático. Pero así y todo creo que tenemos que aprender a escuchar y descifrar sus señales. Cuando digo hay que aprender a escuchar, no creas que soy tan iluso de no darme cuenta de que un bombazo cuesta muchas vidas. No me olvido de lo que ha pasado con María Elena Moyano y con tantas otras personas. Todo ello es repudiable. Pero si queremos realizar la utopía democrática tenemos que aprender a escuchar detrás del bombazo criminal ese texto desesperado.

Tampoco olvido que ese proyecto de dialogar puede costar la vida. Pero creo

¿Cuál es nuestra imagen?



Jorge Deustua

que si no lo tenemos en cuenta, lo que va a ocurrir va a ser algo mucho más grave que la situación actual.

La nuestra es, y estoy de acuerdo contigo, una situación de disgregación. Pero es más complicado. Esta disgregación sufre los efectos de una tasa creciente de conflictividad interna. Entonces se produce una fragmentación, cuya fuerza fragmentante hace que cada uno de los fragmentos contenga el germen de una nueva fragmentación.

Me refiero a una suerte de anomia que contiene la posibilidad de anomizarse más, y más, y más. Es urgente contener los fragmentos. Para ello hay que decir: «vamos a escuchar».

Hemos podido ver las imágenes televisadas de ese volcán de violencia que erupcionó en Los Ángeles. Leemos que en Río de Janeiro hay saqueos organizados por las gentes de las favelas controladas por un grupo de narcotraficantes que se autodenomina Comando Rojo y que ha creado un «sistema de seguridad social» en estas favelas abandonadas por el Estado.

Entonces estamos considerando un fenómeno que trasciende lo específico de Sendero, de Los Ángeles, de Río, y concierne a la humanidad en su conjunto. ¿Cómo construir una civilización en que los extremos de opulencia y de miseria no sean tan abismales? ¿Cómo poder acceder a una posibilidad de diálogo? ¿Cómo renunciar al narcisismo de las pequeñas diferencias? Estamos viendo lo que pasa en Yugoslavia (usar esta palabra podría costar la vida si fuera pronunciada en esas latitudes de las que surgió como esperanza).

Mencionabas la repetición compulsiva. ¿Te acuerdas del fenómeno paradigmático de la balcanización? Hoy la balcanización es la explosión en fragmentos, como consecuencia de que diferencias mínimas son afirmadas como lo más propio y esencial. ¿Qué pasa si en la situación en la que estamos en el Perú seguimos aceptando el recurso a la violencia?

Volvamos al libro. Yo sabía que tenía un cierto sentido tópico. Lo terminé a fines del año 90, le hice unos retoques y lo entregué a principios del 91. Me quise olvidar de él. Ahora siento que es más tópico de lo que creía. En alguna medida, sea

por la repetición compulsiva, sea por la inmovilidad histórica en que nos hemos sumido para ciertos asuntos, seguimos viviendo el drama del siglo XVI.

Esta intuición ha sido un poco la razón de traer a este Garcilaso. Probablemente algunas personas dirán «oye, pero acá hay algo de... esto es muy poco fiel a su tiempo... hay una asincronía esencial». Tú sabes del oficio del historiador, de los métodos, objetos y problemas del quehacer.

Yo no he ido a las fuentes originales. He tratado de echar mano a cuanta investigación se ha hecho sobre el Inca. Lamento no haber tenido el texto de Cerrón Palomino sobre el trasfondo quechua, publicado en Lexis, que plantea algunas cosas muy sugerentes. Lamento no haber tenido acceso a la maravillosa edición de Aranibar de los *Comentarios de los Incas*, especialmente a su prólogo e índice analítico: simplemente ojeando sus anotaciones descubro hilos que yo no había tomado en cuenta; por ejemplo, en qué medida Garcilaso contribuye al gran mito de los «Hijos del Sol». Otro intento de legitimación de lo andino. Esta vez, en clave nobiliaria incásica, ¿no? Pero también reivindica otra vertiente de la ley del padre que lo ubica en esa filiación.

Cuando en el índice onomástico del libro de Aranibar vemos la cantidad de veces que el Inca Garcilaso utiliza la expresión «Hijos del Sol», uno súbitamente se da cuenta de algo que la sola lectura no permite entender. Para decirlo de una vez, mi libro no da cuenta de la investigación de un estudioso de la historia ni de un estudioso de la literatura o la lingüística. Es el libro de alguien que dice: el método psicoanalítico puede permitir entender ciertas cosas que están subyacentes al lenguaje. Para hacerlo debo escuchar la voz detrás del texto.

Se trata de una situación equívoca, porque para escuchar la voz que anima el texto yo tengo que pronunciar el texto en voz alta y al pronunciarlo me he apropiado de esa voz y a la vez me he hecho parte de ella. He hecho más esas dos voces. Es un intento de síntesis, ¿no es cierto?

En el Perú las exclusiones raciales y de clase que había cuando yo era pequeño, eran infinitamente más violentas y brutales que las que yo he visto en mi juventud



Tras el bombardeo criminal «hay que aprender a escuchar ese texto desesperado».

y a las cuales San Marcos me sensibilizó. Pablo Macera decía alguna vez que todos los prejuicios que San Marcos le extirpó, la realidad actual se los reimplanta. No sé si llegue a eso, pero sé que hay momentos en los que si me descuido vuelvo a prejuicios que creía haber superado. Pero en fin...

Voy a presentar este libro en Montilla. En esto hay mucho de elección personal y simbólica. Ahí pasó el Inca treinta años de su vida; además el alcalde de Montilla, Prudencio Ostos, es un hombre que ha reactivado todo aquello que en su momento Porras, Lohman, Jorge Bernal y tantos otros peruanos pusieron en marcha. Es también mi homenaje a aquel exiliado solitario que debe haber vivido la más increíble de las nostalgias inaugu-

rando para nosotros ese desgarró esencial que la modernidad significa.

La modernidad ha transformado el planeta en una aldea global, para usar la sobada expresión de Mac Luhan. La aldea global que se estaba construyendo a partir del descubrimiento de América, de Oceanía, de las Filipinas, de los viajes de circunnavegación. Pero ahora que las comunicaciones han hecho del planeta una verdadera aldea global, creo que estamos más solos que nunca.

Pienso en la inmensa soledad, en el sentimiento de incomunicación que te produce el leer o ver al mismo tiempo la misma noticia. Hoy millones reciben la misma noticia en el mismo instante. Antes, cuando se trataba de cartas, de rumores, del periódico por barco, cada quien

recibía la noticia en su momento. Como si cada noticia fuera personal e intransferible, ubicada en un punto preciso del tiempo. Ahora recibimos todos el mismo paquete en el mismo momento. Cabe preguntarse qué pasa cuando vemos todos la misma imagen de TV. Cuando vemos las cosas en el momento en que están pasando. Cuando coexisten los premios a los efectos especiales –con los que se trata de presentar como real una ficción– con los premios a los videos filmados directamente de la realidad. Me imagino entonces que el sujeto que los ve podrá creer que él mismo es real, y no tendrá la menor idea de que se despersonalizó y se desrealizó.

Estamos terminando esta entrevista. Quiero volver sobre un asunto. Mi desconocimiento del quechua. Si me permití escribir sobre el Inca pese a ello, es porque el idioma común en nuestro país es el español o castellano, en las variantes que nosotros hemos sabido imprimirle o que han ido apareciendo. Cuando sostengo que el Inca resolvió sus contradicciones feroces a nivel de la escritura, quiero decir también que será a través del lenguaje que vamos a poder diseñar las formas de superar nuestros conflictos; de expresar demandas y de buscar soluciones.

Y para que el lenguaje sea válido tiene que ser un lenguaje creíble. Esto quiere decir varias cosas. Primero, que sea ver-

dadero. No se puede proponer en estos momentos a los peruanos ofrecimientos demagógicos. Además de la verdad del mensaje, se trata de la credibilidad de quien lo emite. Nuestros gobernantes lanzan mensajes de los cuales se desdicen sin siquiera darnos una explicación. Y no me refiero al señor Fujimori únicamente (se dice no-*shock* y se instrumenta una política de *shock*; se dice democracia y se juega al golpe; etc., etc.). Me refiero también al señor García, quien me imagino estará en estos momentos diciendo algo sobre la matanza que acaba de ocurrir en Canto Grande y alguien le replicará: «lo que tú hiciste fue veinte veces peor». Como si los seres humanos se pudieran contar por números. Pienso también en ese Parlamento que se queja por su disolución –por la cual yo también protesto– pero que no tuvo la integridad de siquiera sancionar moralmente a Alan García. Me estoy refiriendo a una condena, una sanción moral por lo que hizo en los penales, por ejemplo.

Creo que esta crisis de credibilidad que estamos viviendo está erosionando la palabra. Si no creemos en la palabra, no creemos en el contrato social, ¿en qué vamos a creer entonces? Se me viene al recuerdo una estrofa de Vallejo:

«Y si después de tanta palabra
no sobrevive la palabra
más valdría en verdad
que se lo coman todo y acabemos.» ■



*Larga marcha
hacia nosotros
mismos.*

Unase a la cadena

Radio Cadena

En sólo un año, somos la única
emisora con una audiencia cautiva
de **300,000** personas.

en nuestra red de 24 mercados.

¡Ahora! ya no existe una emisora informativa,
hoy en día está RADIO CADENA 1200 A.M. que
dice lo que otros no informan.

tu fiel amiga...



1200 A.M.

ELECCIONES EN EE.UU.: NUEVAS CARAS Y VIEJAS ELITES

Nicolás Lynch

La peculiar forma de hacer política en los Estados Unidos encuentra un ejemplo especialmente interesante en la actual campaña presidencial. Los Estados Unidos son el caso paradigmático de lo que la ciencia política llama «democracia de elites». Es decir, un sistema en el que lo fundamental es la competencia entre las elites políticas para hacerse elegir por los ciudadanos. El papel de éstos es subordinado; los candidatos y temas de las campañas se determinan antes por el dinero de quienes las pagan que por los intereses de los electores. Esta campaña, sin embargo, presenta serios desafíos al sistema, y revela, con ello, la naturaleza de un elitismo que por lo general permanece oculto para las mayorías.

LA CRISIS INTERNA

Lo primero que hay que tener en cuenta es el fin de la guerra fría. Sin «ogro soviético» para usar como chivo expiatorio, la discusión se centra en los problemas domésticos.

Segundo, la crisis económica, consecuencia de doce años de política neoliberal que ha sumido al país en una recesión que va por los dos años de duración. A fines de julio el propio gobierno de Bush debía aceptar una reducción del producto bruto interno en -1.6% en el último trimestre.

Tercero, la crisis social consiguiente, que amenaza la ilusión del «sueño americano» ya no sólo para las minorías étnicas

negra y latina y los blancos pobres —desigualdad con la que la abundancia sabía convivir—, sino para los blancos considerados de clase media, que habían logrado incorporarse a ésta varias generaciones atrás y consideraban su condición y estatus garantizados.

La base social del actual descontento hay que buscarla precisamente en el deterioro del nivel de vida de esos estratos sociales, como consecuencia de las políticas neoliberales de reconcentración del ingreso.

Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal (Banco de Reserva) de EE.UU., hablando ante el Congreso a mediados de julio, llamó la atención acerca de la existencia de un sentimiento generalizado de que el país se encuentra en un estado de deterioro interno. Este sentimiento se expresa en la inseguridad respecto a los valores que cimentaron la prosperidad norteamericana en este siglo y en la comprobación del grado en que han venido a menos servicios esenciales como la educación, la vivienda y la salud.

A lo que se agrega la creciente división del país en dos mundos distintos. Uno, el mundo de los suburbios, donde vive la mayoritaria clase media, indiferente hasta hace pocos años, antes de que la crisis empezara a tocar a sus puertas y se viese en la situación de no poder pagar las hipotecas de sus casas ni las cuentas de las tarjetas de crédito. Otro, el mundo de las grandes ciudades, habitado por los po-

bres y las minorías, donde arrecian la frustración y las drogas, lo que da lugar a explosiones de descontento social, como las del mes de mayo en Los Ángeles. Los primeros miran a estos últimos horrorizados, y el país empieza a escindirse gravemente.

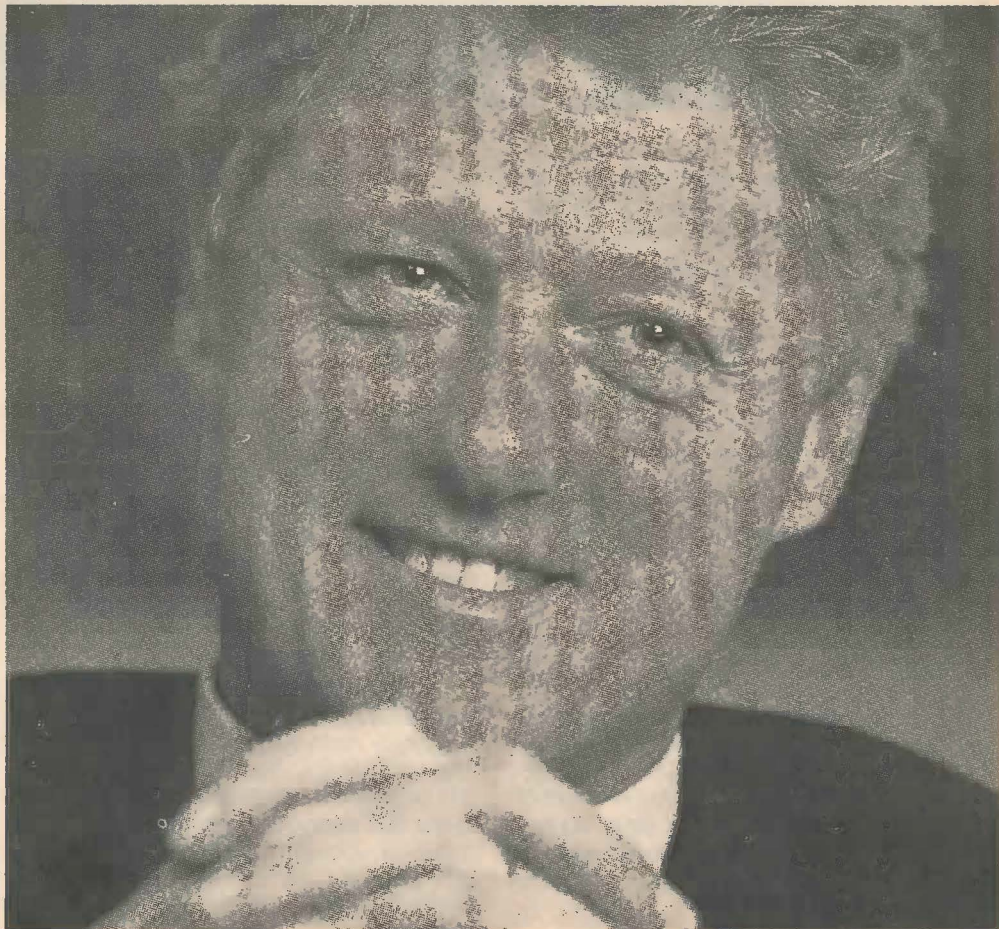
EL IMPACTO DE PEROT

En estas condiciones surge el fenómeno Perot (ver **Quehacer** 77: «¿Vale un Perot?»), como reacción frente al deterioro del sistema e intento de revertirlo (desde dentro) usando el discurso del sueño americano. Perot se presenta como el «hombre común» que «se hace solo», construyendo con mil dólares que le presta su mujer un imperio en la industria de las computadoras.

El mensaje es sencillo: el hombre común y corriente puede hacer plata de la nada e incluso llegar a candidato a la presidencia. Pero para que, hoy, esta realidad se multiplique, hay que deshacerse de los políticos corruptos de Wáshington que, al alejarse de la gente, se despreocupan de sus problemas y recortan las oportunidades. Este guión ya lo conocemos en casa: es la política de la antipolítica, de quien pretende eliminar intermediarios partidarios acusándolos —sin distinguos— de corruptos y aspira a erigirse en el supremo intérprete del pueblo.

Perot, sin embargo, es víctima del propio sistema (rígidamente bipartidista) que cuestiona, y ante las dificultades para hacerse su propio espacio en él, opta por retirarse. Pero el asunto ya estaba

¿Votaría usted por él?





«Parecen estrellas de cine».

planteado, y no por ningún radical: el sistema lo manejan elites para su propio beneficio, sin contacto con el vasto público.

LAS NUEVAS CARAS DE LA ESPERANZA

En los partidos tradicionales, Demócrata y Republicano, las campañas no se habían caracterizado por novedades espectaculares. Al igual que en anteriores elecciones primarias en la década de los 80, los demócratas no presentaban ningún candidato «brillante» que se distinguiera claramente de los demás. Salvo la excepción de Jesse Jackson, quien por ser negro y demasiado radical tenía perdida de antemano toda posibilidad.

Los republicanos, a su vez, habían capturado, desde una posición archiconservadora, las expectativas de la clase media blanca; reeligieron a Reagan y luego confirmaron esa tendencia con Bush. Esta elección no ha sido una excepción, salvo que las condiciones, como anotáramos, han cambiado. Y son estas nuevas condiciones, y no al revés, como quisiera vender la televisión, las que hacen las (necesarias) nuevas caras.

Las novedades no terminan con el retiro de Perot. La Convención Nacional del Partido Demócrata eligió como candidatos a la fórmula Clinton-Gore, de tendencia más bien conservadora si nos atenemos a los antecedentes de los personajes, pero con un discurso diferente al que dominara la política estadounidense en los 80. En sus discursos de aceptación, los problemas domésticos acapararon el guión, con el tema económico en primer lugar, condensado en un eslogan interesante: «Trabajos bien pagados para los americanos». O sea, no sólo trabajo (que hubiera sido una forma de interesarse por los desempleados), sino **trabajo bien pagado**, lo que alude al grave deterioro de los ingresos en los sectores que se consideran de clase media.

Haciéndose eco del fenómeno Perot, menudearon también las referencias a las minorías ricas beneficiadas por los doce años de predominio republicano. La dupla demócrata se pronunció asimismo a favor del derecho de la mujer a decidir sobre el aborto, rechazando el chantaje moralista de los sectores más conservadores de los Estados Unidos, que se han



puesto en campaña para revertir este importante derecho conquistado en los años recientes.

Por último, especial mención mereció el tema ecológico y la escasa voluntad política de los republicanos para aplicar las leyes ya existentes, con la ineludible crítica a la política depredadora de las grandes corporaciones.

El tema de las drogas, y esto es algo que a un peruano le sorprende sobremedida, estuvo relegado a un segundo plano y hubiera pasado inadvertido si no fuera por una mención marginal de Clinton.

La cuestión internacional prácticamente no fue abordada y sólo se la mencionó en referencia a la economía doméstica, en cuanto a la necesidad de contar con una economía fuerte para tener una presencia internacional respetable. (No está demás señalar que tanto Clinton como Gore apoyaron a Bush en la guerra contra Irak.)

Pero el discurso programático poco podría definir por sí solo en una elección —sobre todo en un país que vive con el televisor prendido— si no viniera acompañado de nuevas imágenes. Comentando

la portada de Newsweek y de Time en la semana de la Convención, que traía una foto de ambos candidatos, una amiga me decía: «parecen estrellas de cine».

En efecto, Clinton y Gore son candidatos con algo más de cuarenta años, que representan a una generación más joven que el promedio de la actual clase política, a los llamados baby boom, nacidos en la gran explosión demográfica posterior a la Segunda Guerra Mundial (entre 1945 y 1963). Esta es la generación rebelde de los 60 y 70, que fue a Vietnam, se opuso a la guerra, practicó el amor libre y fumó marihuana. Ambos candidatos reconocen haberla fumado. La misma generación que hoy, pasada ya la primera juventud, acepta también, tal como admitió Gore, que alguna vez ha requerido ayuda psicológica.

En la clausura de la Convención Demócrata ambos candidatos se pusieron a hacer boogie (bailar rock) con sus esposas frente a cámaras. Qué mejor manera de expresar estos rasgos generacionales. Sin embargo, junto con esta imagen cool (bacán), traen también su antídoto: son blancos, moderados y sureños, como para que nadie se asuste de mucho liberalismo.

Por lo demás, la Convención se manejó con mano de hierro. Esto fue posible porque la fórmula Clinton-Gore llegó al evento con mayoría absoluta de delegados. No se permitió dirigirse al pleno a ningún líder que no endosara previamente la plancha ya decidida. Como se ve, no sólo en nuestros lares se cuecen habas. Los demócratas salieron así de la Convención con una aureola de fuerza y unidad de la que carecieron en la última década, aventajando de inmediato a Bush por veinte puntos en las encuestas.

UN PRESIDENTE EN PROBLEMAS

En el bando republicano las cosas andan mal. Bush no se puede recuperar del daño causado por su política neoliberal que ha llevado a la actual recesión; y su vicepresidente, Dan Quayle, que no sabe deletrear «papa» en inglés, no constituye precisamente una ayuda. La popularidad alcanzada tras imponer la «Pax Americana» en el Golfo Pérsico fue flor de un día, y en las últimas semanas hasta Hussein se ha dado el gusto de desafiarlo en las Naciones Unidas. Simplemente no tiene

«caballito de batalla» para atacar a sus opositores; fiel reflejo de una sociedad en crisis que no encuentra orientación a pesar de haberse quedado sin rival ideológico a raíz del colapso comunista.

¿QUÉ CAMBIARÍAN LOS DEMÓCRATAS?

¿Qué puede suceder de aquí a no-viembre? Salvo otra guerra, que no parece probable, aunque Saddam Hussein no deja de dar motivos, la suerte estaría echada y los demócratas volverían a la Casa Blanca.

¿Qué diferencia puede significar este cambio? Parecería que sobre todo doméstica. Habría un énfasis significativo en reactivar la economía interna y proveer, sobre todo, empleos mejor pagados a los norteamericanos. Cuestión, ésta, central del programa económico demócrata, en la creencia de que ello permitiría recuperar el alicaído consumo. Asimismo, se ampliarían los servicios sociales, en especial la cobertura de salud, en lo que Estados Unidos es hoy gravemente deficitario. El dinero provendría de un importante recorte en el presupuesto militar y de mayores impuestos a los ricos. Además, se promete devolver derechos laborales y civiles arrebatados por los republicanos y prestar atención a las minorías.

Resulta interesante que este énfasis en servicios sociales no significaría, según dicen, una vuelta al Estado de Bienestar clásico de la época rooseveltiana, criticado por dispendioso y caritativo. Más bien, se buscaría incentivar la reabsorción del desempleo a través de programas de reentrenamiento y de un esfuerzo conjunto con organizaciones de base.

En política exterior, la diferencia sería mínima. A pesar de todos sus problemas, terminada la guerra fría, Estados Unidos quedó dueño de la pelota y nadie aquí quiere soltarla. Es posible, sin embargo, una mayor dureza frente a Japón en procura de equiparidad en el intercambio comercial, al igual que una mayor flexibilidad en las negociaciones del tratado de libre comercio con México y Canadá con vistas a una mayor protección mutua de sus economías nacionales.

En cuanto al Perú, quizá ya la administración Bush se ha manifestado parti-



Herman Schwarz

¿Operaciones tipo «Rambo» en el Huallaga?

cularmente dura frente a dictadores como Fujimori. Lo que se podría esperar de los demócratas es que fueran consecuentes con esta dureza, cosa que parece plausible. La posibilidad de que de allí se pueda avanzar a otros terrenos de cooperación, sobre todo en el tema del narcotráfico, parecen desafortunadamente remotas. Más bien, no deja de ser preocupante la tentación por acciones tipo «Rambo», es decir invasiones rápidas (tipo Panamá) en lugares conflictivos, como lo han sugerido, no hace mucho, representantes demócratas en relación al valle del Alto Huallaga en el Perú, y el propio candidato demócrata Clinton, a fines de julio, en referencia al cerco serbio de Sarajevo.

Por ahora a estos señores sólo parece interesarles su hegemonía mundial con una buena dosis de retórica democrática. Esta última es a veces útil para restaurar el imperio de la ley, lo cual parece ser la tendencia en la última década; pero la historia anterior y algunos ejemplos recientes (Turquía, Granada, Panamá) también muestran que sirve de cortina de humo para proteger grandes intereses.

Sin embargo, luego del retiro de Perot, es esta fórmula de «buenos muchachos» la que encarna las esperanzas de reforma de un amplio sector de la sociedad norteamericana. Si ganaran y su política no trajera un cambio de rumbo capaz de remontar la actual crisis, podría originarse un descontento mayor que golpearía seriamente al sistema bipartidista y a su exclusiva clase política. ■

Nueva York, primera semana de agosto de 1992.



Gracias, gracias Perú por tu sintonía

CIRCE

**AL MEJOR
NOTICIERO
RADIAL
"LA MAQUINA"**

6 am. - 9 a.m.

1pm. - 2 pm.



Radio  **1,300**
Que buena Radio

Cs.r.l.

UNMSM-CEDOC

LA PERUANIZACIÓN DE ARGELIA

Juan Gasparini



Manifestación de fundamentalistas islámicos en Argelia.

En diciembre de 1991, Argelia sorprendió al mundo al ser anuladas las elecciones legislativas, que habían sido abrumadoramente ganadas por los fundamentalistas islámicos agrupados en el Frente Islámico de Salvación (FIS). Una junta cívico-militar asumió de inmediato el poder que controla con mano férrea, desde que Argelia se independizara de Francia en 1962, el Frente de Liberación Nacional (FLN).

Un Alto Comité de Estado fue designado para «normalizar» la situación en el país —signada por la corrupción, la crisis económica y la crisis política— y a él fue convocado para presidirlo Mohamed Budiaf, uno de los fundadores históricos del FLN, quien abandonó su prolongado exilio en Marruecos para asumir su responsabilidad en esa hora crítica para su patria. El 29 de junio de este año, Argelia ocupaba nuevamente la primera plana de la atención mundial. Esta vez por el alevoso asesinato de Mohamed Budiaf. ¿Quién lo hizo y por qué? ¿Cuál es la importancia del fundamentalismo o integrismo islámico en Argelia? Por las analogías tercermundistas —pese a las ostensibles diferencias— que guarda con una situación como la peruana, nos ha parecido de interés publicar el artículo y las entrevistas que nos envió desde Argelia, al día siguiente del entierro de Budiaf, nuestro colaborador Juan Gasparini, y la nota sobre el movimiento islámico que solicitamos, para información de nuestros lectores, a Juan Abugattás, también colaborador nuestro.

Las imágenes del Tercer Mundo en la ciénaga del nuevo orden internacional se parecen cada vez más. Peor que en el Perú, donde todavía subsiste un presidente con retazos de legitimidad democrática, el asesinato de Budiaf ha suprimido el aval histórico que este fundador del FLN aportaba al Alto Comité de Estado, la junta cívico-militar que gobierna desde la interrupción del proceso electoral en diciembre de 1991, cuando se anularon las elecciones legislativas ganadas por los integristas. Por lo demás, Sendero Luminoso parece encarnarse en la nebulosa de la guerrilla islamista, y el narcotráfico y la corrupción adquieren el perfil de bandas de civiles y militares nutridas por un circuito de dinero sucio sustraído del aparato de comercio exterior de un país dependiente para alimentar a la población, que importa cereales, azúcar, aceite e insumos básicos para la industria manufacturera.

La desaparición brutal del último jefe carismático de la revolución argelina llamado a la presidencia por haberse mantenido al margen de las luchas de poder, precipita el desorden en Argelia. Un gobierno fuera de su propia ley que amordaza la oposición, acuciado por el caos económico, la corrupción y una guerrilla aparentemente indestructible¹, dificultan una solución pacífica a la crisis.

«Quizá nunca sabremos quién ordenó matarlo, pero para nosotros los jóvenes es una pérdida irreparable.» La incertidumbre de Rachid, un policía de 24 años, resume las angustias de esa mayoría silenciosa que asiste impotente al magnicidio. Metralleta en mano, Rachid monta guardia en un control callejero en plena avenida Che Guevara. Cae la noche luego del sepelio de Mohamed Budiaf en la capital. El joven policía forma parte del 80% de los 27 millones de argelinos, todos menores de 30 años. Le acaban de robar una esperanza. El único fundador del FLN que conquistara la liberación de Argelia en 1962, hasta ahora no comprometido con las guerras intestinas del régimen de partido único, buscaba afanosamente una solución a la acumulación de problemas que están fagocitando al país: desocupación, deuda externa, integrismo y corrupción.

En enero pasado, Mohamed Budiaf puso fin a veintiocho años de exilio en Marruecos para impedir «un baño de

1. Existe desde 1990. Según los observadores constituye una amenaza de desestabilización permanente, pues mata policías casi todos los días, sin que ello signifique que tenga capacidad para llegar al poder. Integrada por elementos radicales, entre los cuales puede haber gente que ha pertenecido o aún pertenece al Frente Islámico de Salvación (FIS), no está, sin embargo, orgánicamente vinculada a él.



Mohamed Budiaf: entierro multitudinario.



sangre». Tras la victoria contra el colonialismo francés, se retiró de la vida política, en desacuerdo con la transformación de un movimiento de liberación en partido de gobierno. La anulación de las elecciones legislativas que dieron la victoria a los integrantes del Frente Islámico de Salvación (FIS) en diciembre de 1991 y la dimisión forzada del presidente Chadli Benyedid, llevaron a las fuerzas armadas a convocarle para presidir el Alto Comité de Estado que debía normalizar la situación en Argelia.

Depositario de legitimidad histórica por haber sido uno de los «padres» de la patria que llamó a la insurrección contra Francia en noviembre de 1954, Budiaf atacó los problemas a su manera. Ilegalizó al FIS, pero no lo reprimió salvajemente, como quizá esperaban los duros de un sistema autoritario que se opone a todo cambio. Al propio tiempo, emprendió una operación quirúrgica para extirpar la corrupción, acuñando el término de «mafia político-financiera» referido a una red oculta de civiles y militares que ha tomado al Estado como rehén; mafia que ha engullido a la sombra del poder recursos financieros del orden de los 26 mil millones de dólares en menos de una década.

«Lo mataron ellos mismos. Era un hombre honesto que quería enterrar los métodos totalitarios. Buscaba un modelo para que los jóvenes volvieran a creer en

la política.» Para Adman, un muchacho sin trabajo, como para la mayoría de los argelinos, que se volcaron masivamente a las calles de Argel en homenaje al difunto, Budiaf fue ultimado por el propio poder. «Lo creyeron viejo y dócil, por eso lo llamaron. Como era un hombre de carácter y les disgustó lo que quería hacer, se lo sacaron de encima.» El arresto del general Benloucif y la preparación de 800 inculpaciones por corrupción; la postergación del proceso contra Abassi Madani y Ali Belhadj, los líderes del FIS a quienes la justicia militar se niega a juzgar en presencia de observadores internacionales y de periodistas extranjeros; la amnistía parcial en favor de tres mil islamistas detenidos que se esperaba para las vísperas del 5 de julio, día en que la revolución debía celebrar su 30 aniversario, y cuando, según ciertos indicios, Budiaf podría haber anunciado un cambio de gobierno así como la disolución del FLN y las grandes líneas de su plan de democratización, configuran un cuadro que explica el homicidio de un personaje dispuesto a resistir la lógica de una casta dirigente capaz de todo con tal de no perder sus privilegios y bloquear las investigaciones sobre negocios sucios.

«El entierro de Budiaf es también el fin del Alto Comité de Estado (ACE)», afir-

ma Hadji Khedoud, un periodista de Argel, escéptico respecto a la viabilidad de la nueva fórmula que el propio poder acaba de definir a fin de reconstituir la cúpula visible del Estado. La promoción de Ali Kafi, ministro de los excombatientes de la lucha anticolonialista y miembro del Alto Comité de Estado al rango presidencial, así como la incorporación al ACE de Rédha Malek, otro militante histórico del FLN, quien fue su portavoz cuando se negoció la independencia con Francia, indican que el poder presumiblemente prefiere cerrarse sobre sí mismo. Ello no excluye, sin embargo, la perspectiva de una apertura futura hacia la oposición democrática, como permite suponerlo la creación de una Comisión de Seguridad y Asuntos Políticos, suerte de gabinete especial gestado al calor de los últimos acontecimientos.

Como el nombre de este equipo político lo señala, dos son los problemas que inquietan al régimen: la seguridad, amenazada de hecho por el ametrallamiento del presidente y por los atentados islamistas, y la política, es decir cómo salir

Cuando todo era alegría por el retorno de Budiaf del exilio.



del atolladero actual sin que eso implique seguir hundiéndose en la ilegalidad constitucional y en una represión acusada de violar los derechos humanos, con campos de concentración en el desierto reservados para los integristas.

«No se van a entregar. Aquí la única salida es una dictadura», asegura Yhjamine, camarero de un restaurante popular, quien sospecha el desencadenamiento de una represión masiva, sentimiento que comparte el mismo Hocine Ait Ahmed, líder del Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), quien en la intimidad confiesa que teme por su vida. Ait Ahmed es, junto con Ahmed Ben Bella, del MDA (Movimiento por la Democracia en Argelia), uno de los tres últimos sobrevivientes del núcleo fundador del FLN (Frente de Liberación Nacional), ambos hoy en la oposición y a la cabeza de dos partidos políticos que, con diferencia de matices, proponen una apertura democrática al modo occidental. El tercer sobreviviente es Rabah Bitat, expresidente del Parlamento, quien aunque sigue en el FLN se mantiene al margen de la actividad política².

«Los militares tienen miedo, pues la situación es explosiva y no la dominan totalmente. No saldrán de su encierro», analiza Ahmed Fattani, director del diario *Liberté*. Lo cierto es que las desertiones se multiplican en el seno del ejército, que ha abierto una nueva prisión militar en Lakhdaria a setenta kilómetros de Argel, para internar a sus disidentes, lo que se suma a la implantación de una guerrilla islámica que lo cuestiona matando policías. Esta presume contar con un estado mayor que dirige los atentados y una prensa clandestina desde Francia. A ello se añade el escándalo de un presidente acribillado por la espalda por un grupo de más de una docena de asesinos, la mayoría vestidos con ropas de combate azules, las mismas que usan las tropas de elite, preparadas para acciones encubiertas de preservación de la seguridad y de contraespionaje. ■

2. Los seis jefes históricos restantes, todos muertos, son: Krim Belkacem, estrangulado en una pieza de hotel en Francfort, en 1970; Mohamed Khider, asesinado en Madrid en 1967; Larbi Ben M'hidi, fusilado por los franceses en 1957; Mostefa Ben Boulaid, abatido por una bomba en 1956; Didouche Mourad, muerto en combate en enero de 1955; y Mohamed Budiaf.



Ben Bella: «Han matado a un símbolo.»

PROFUNDIZAR LA DEMOCRACIA: LA ÚNICA SALIDA

Ahmed Ben Bella, el primer presidente de Argelia independiente y uno de los tres sobrevivientes de los nueve dirigentes históricos que desencadenaron la insurrección contra el colonialismo francés, piensa que sólo la reconciliación a partir de un diálogo nacional con participación de los islamistas traerá la paz para Argelia. El fundador de la República de Argelia en 1962 está dispuesto, treinta años después, a participar en la refundación del Estado sobre nuevas bases, próximas al modelo democrático occidental.

— El asesinato de un presidente expresa de algún modo la desesperación de un país. ¿Qué ha ocurrido en Argelia para que mataran a Mohamed Budiaf?

— El hecho se inserta en un problema que sobrepasa la existencia de una corriente islamista. Es una cuestión de civilización. En Argelia es más agudo que en Marruecos o en Túnez. El genio de los argelinos lleva a que cuando amamos lo

hacemos muy fuerte, al igual que cuando odiamos. Aquí las cosas se han endurecido, cristalizando las diferencias y los enfrentamientos. Lo que ha ocurrido es deplorable para Argelia. Que un gran personaje como Budiaf termine así tras una vida de militante ejemplar, es grave. Han matado a un símbolo.

— ¿Eso significa que el odio se está abriendo camino en la sociedad argelina?

— Hemos tenido enormes problemas desde la independencia, pero jamás el odio, el que sin embargo se ha instalado en una sociedad que a pesar de todo no quiere eso. Los argelinos se ven a sí mismos como un todo; de ahí que la lucha de clases no funciona en Argelia, por más que existan diferencias. Una parte del pueblo contra otro es inimaginable.

Existe un espíritu de cuerpo extraordinario que por lo demás explica la victoria contra el colonialismo. Los franceses tuvieron que pelear contra los hombres y

mujeres y hasta contra los perros y los gatos.

La reacción de la gente contra el atentado del que fue víctima Budiaf demuestra que la eliminación física del presidente es inaceptable. Aquí nadie soporta que un argelino mate a otro argelino bajo ningún pretexto. Sin embargo, vienen matando casi todos los días...

— Si no hay un apoyo social visible a ese magnicidio, los móviles del crimen habrá que buscarlos en las luchas intestinas de poder en la casta dirigente.

— No se dispone todavía de todos los elementos. Es difícil formular una hipótesis. Tengo la suficiente experiencia como para no pronunciarme por ahora sobre las responsabilidades de ese asesinato.

— ¿Cuál sería la salida para relanzar el funcionamiento del aparato estatal que acaba de ser descabezado?

— El Alto Comité de Estado estaba compuesto por cinco miembros. Supongo que lo primero será nombrar al reemplazante de Budiaf para mantener una cifra impar que permita recomponer esa instancia.

— ¿Cuál es su propuesta para que se restablezca luego la credibilidad en el gobierno?

Una muerte inaceptable para el pueblo.



— Tendría que abrirse un gran debate nacional que permita la reconciliación sobre la base de un programa mínimo. ¿Cuál es la Argelia que queremos? ¿Cómo pensamos que saldremos de la crisis? Hay que plantear el problema del FIS y su repercusión cultural, que es el gran problema de la diferencia. ¿Qué tipo de modelo de desarrollo nos parece más adecuado cuando a la mayoría del pueblo no le interesa la sociedad de consumo?

Deben participar todos: partidos, sindicatos, mujeres, los que combatieron contra el colonialismo, convocando a toda la sociedad civil. Podrá durar uno o dos meses, tras lo cual habrá que sacar conclusiones que deberían ser de algún modo la nueva política del país.

— ¿Qué rol podría jugar el FIS en ese debate?

— Resulta difícil evitar al FIS, pero es necesario que éste comprenda que profundizaremos la democracia y que no podrá salir de allí, ni del multipartidismo, y que se respetarán las libertades democráticas. Si ellos creen que porque hay un poder islámico todo está arreglado, se equivocan, pues existe el sistema capitalista y está Bush y el nuevo orden mundial.

Hay que fijarse en lo que hicieron en Irak y en lo que van a hacer en Libia. En definitiva, hay que dialogar y concertar. No desespero, porque estoy seguro de que ese diálogo será positivo. Después de todo lo que hemos vivido, que ha finalizado en un asesinato, hay que ponerse a reflexionar para ver qué es lo que no marcha.

— ¿Ese gran debate debería concluir en una nueva convocatoria electoral?

— No hay otra solución. El pueblo decidirá. Hay que restablecer la confianza y terminar con la corrupción. Hay que ver incluso si no hay que reformar la Constitución planteando un sistema de separación de poderes en un estado de derecho.

— ¿Qué papel podría jugar usted en ese diálogo nacional para superar el drama argelino?

— Milito desde los 16 años y tengo 75. No quiero abandonar esta vida viendo que Argelia va por un camino equivocado. Si hay que dar un paso por alguna instancia de poder, lo daré, pero no quisiera administrar, sólo ayudar. (J.G.) ■

OTRO GOBIERNO Y OTRA CONSTITUCIÓN



Manifestación socialista contra la victoria de los fundamentalistas en diciembre.

El líder del Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), la segunda agrupación electoral después del Frente Islámico de Salvación (FIS), propone un paquete de medidas para sacar a Argelia de la crisis y terminar con el integrismo. Hocine Ait Ahmed fue compañero de lucha, cárcel y exilio del extinto Mohamed Budiaf. Integró el célebre grupo de nueve argelinos que llamaron a la insurrección contra el colonialismo francés. Sintiendo amenazado en su seguridad personal, concedió esta entrevista en la sede de su partido en el barrio integrista de Belcour, en Argel, al caer la tarde del 10. de julio de 1992, horas después que finalizara el sepelio de Budiaf.

— ¿Qué lecciones se pueden sacar del asesinato de Mohamed Budiaf?

— Es la prueba de que la política de seguridad ha fracasado. La interrupción del proceso democrático se basó en una opción únicamente represiva sin darse cuenta de que el fenómeno integrista merece algo mucho más importante que eso. El FIS no son sólo algunos líderes. Es también una población que odia al poder porque éste la desprecia y la excluye.

En Argelia el integrismo tiene una raíz esencialmente social y no religiosa como en Irán. Las prisiones son universidades para los islamistas: allí se endurecen y se forman. Hemos denunciado el internamiento en campos. Es un error porque esos presos salen endurecidos y formados y muchas veces no son militantes del FIS. Son jóvenes de los barrios empujados por la miseria a enfrentar al poder. Cuando los sueltan salen encuadrados y

formados y en los barrios los reciben como a héroes, como a peregrinos que vuelven de un martirologio.

El integrismo es una nebulosa de seis a siete tendencias diferentes, contradictorias y a veces enemigas entre sí, unidas por la represión, como el FLN contra Francia o actualmente los palestinos, lo que es normal cuando la única perspectiva es la lucha. Pero cuando hay que definir un programa esa unidad estalla.

Es necesario ser duro con los duros, llevándolos a los tribunales y ofreciéndoles las garantías de respeto de los derechos humanos. Luego se puede arreglar el problema políticamente. Hay que dialogar con las corrientes islamistas moderadas e incluso suscitar la división.

— ¿Cuáles serían las modalidades de la solución política?

— En los países donde ha primado una transición pacífica entre la dictadura y la democracia la oposición ha sido asociada a dicho proceso. No es el caso de Argelia, pues el FLN no acepta la alternancia. Hay que organizar una paritaria mitad poder, mitad oposición que vigile la transición, con un gobierno al que debe controlar, y frente a un calendario electoral que debe ser respetado.

— ¿Eso lo puede llevar adelante la actual estructura de poder?

— No se trata solamente de cambiar a un hombre por otro. El problema es crear instituciones representativas que reflejen la opinión de manera que generen confianza y permitan el retorno a la democracia.

El actual gobierno debía preparar elecciones legislativas y no lo ha conseguido.

La incógnita argelina

• Entre las muchas sorpresas que han poblado en tiempos recientes la escena internacional, hay una que ha destacado últimamente y que ha provocado un cierto estremecimiento en las capitales europeas. Se trata del colapso del régimen argelino y de las ilusiones que se habían tejido en torno de él y del surgimiento a la luz pública del Frente Islámico de Salvación (FIS).

Lo que llama la atención sobre el FIS no es primariamente que sea una fuerza electoral impresionante —ganó las elecciones municipales de 1990 y tenía todas las de

ganar en las generales que se frustraron con el golpe de Estado—, sino su tremenda consistencia social. Y es que ese curioso movimiento «fundamentalista» es resultado de lo que se ha dado en llamar un proceso de re-islamización desde abajo.

En efecto, en torno de las grandes ciudades musulmanas, especialmente El Cairo, Teherán, Istambul y otras, se han formado, a raíz de la migración masiva de campesinos que se ha producido en las últimas décadas, cordones de miseria. Como en otras latitudes, esos desposeídos han si-



Mezquitas como esta han creado vastas redes de cooperación y ayuda mutua desde abajo.

do olvidados y desatendidos por el Estado, generalmente corrupto e inepto, y se han dotado a sí mismos de redes de cooperación y de ayuda mutua. Esas redes, en el caso argelino, han sido construidas a partir de las llamadas «mezquitas salvajes», centros de culto y de organización impulsados por militantes islámicos imbuidos de las doctrinas del egipcio Sayid Qutb y sus discípulos.

En algún momento, esas doctrinas fundamentalistas fueron promovidas discretamente por el régimen como antídoto contra las ideas «marxistizantes» que atraían a la juventud, pero a partir de inicios de la década de los 80 los movimientos islámicos se independizaron y adquirieron una dinámica contestataria propia. La primera expresión de este fenómeno en Argelia fue la llamada «banda Buyali», que cometió diversos atentados y que fue finalmente eliminada junto con su líder en 1987. Pero durante los disturbios de 1988 ya salió a luz un fundamentalismo muchísimo más organizado y masivo.

Ese fundamentalismo se propone, al igual que los Hermanos Musulmanes, romper con la «barbarie» impía e imponer la *sharia*, la ley coránica, como única vía de regeneración posible ante los desastres de la sociedad occidental y de sus variantes del Tercer Mundo.

Para los teóricos y líderes más radicales del FIS, el sistema democrático propuesto en Argelia como alternativa al totalitarismo unipartidista es igualmente despreciable, pues obedece también a la impiedad y a la ignorancia (*yahiliya*). El FIS, paradójicamente, demandaba el derecho a participar en elecciones para, ganado el gobierno, abolir el sistema democrático y todas las formas de pluralismo que le son consustanciales.

En el caso específico de Argelia, además, el fundamentalismo va acompañado de un esfuerzo radical de re-arabización y de rechazo al francés. Un dato curioso que merece destacarse es que el inglés no es rechazado de la misma manera, pues, al contrario del francés, es tenido por un verdadero vehículo de modernización.

Este dato hay que tenerlo en cuenta, porque es un indicio de lo que realmente está en juego. Los habitantes de las «chabolas» abandonaron el campo en búsqueda de las comodidades de la modernidad, y a eso no están dispuestos a renunciar. Lo que ellos y sus hermanos de otras partes del mundo islámico podrían estar buscando, entonces, es una suerte de modernidad sin occidentalización a ultranza. Lo que está en cuestión es justamente la viabilidad de un proyecto de ese tipo. (Juan Abugattás)

Fracasó en la seguridad y no ha sabido relanzar la economía. Hace falta un cambio del personal político. Ante la angustia de la población y ante la falta de perspectivas políticas, es necesaria una convocatoria electoral, dándole la palabra a la sociedad y abriendo la televisión.

— ¿Sobre qué bases debería organizarse el proceso electoral?

— Hay que legitimar el poder yendo hacia el pueblo. Hay que elegir una Asamblea General Constituyente que elabore una nueva Constitución, lo que no pudo ser realizado en 1962 cuando el FLN como partido único le fue impuesto a la Asamblea, razón por la cual renuncié a mi mandato de diputado.

— ¿Y si los integristas copan esa Asamblea Constituyente?

— No vamos a suicidarnos. Habrá que rodearse de un dispositivo que nos ponga al abrigo de todo tipo de totalitarismo. El FIS ganó porque el escrutinio era ma-

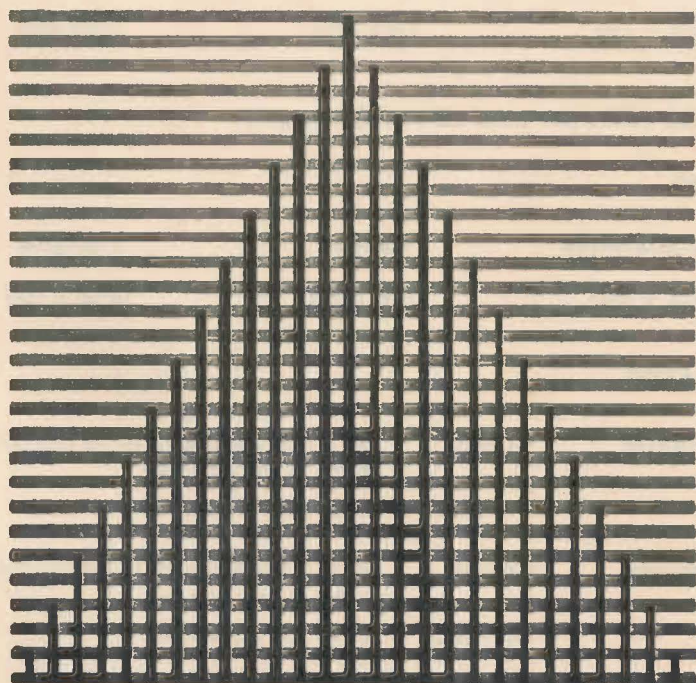
yoritario a dos vueltas, consiguiendo con el 23% de los votos el 60% de los escaños. Con un escrutinio proporcional sobre la base de la *willaya*, el resultado habría sido distinto.

Como nuestra divisa es ni Estado policiaco ni República integrista, el proceso electoral hay que asegurarlo con la suscripción de un acuerdo nacional por la democracia sobre la base de ciertos principios mínimos: rechazo de la violencia, respeto de los derechos humanos, aceptación de la alternancia en el poder y la prohibición del uso de la religión con fines políticos.

En función de ellos deberá definirse un mecanismo de exclusión de partidos o personas que lo violen. Es necesario un diálogo nacional con el poder. A pesar de que las autoridades se han impuesto, ellas existen. (J.G.) ■

* Comunidad tradicional.

*Más que un nuevo
símbolo una
nueva perspectiva...*



AMERICA DE SEGUROS

AMERICA TERRESTRE Y MARITIMA S.A. COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES
JR. SINCHI ROCA 2728-LIMA 14 PERU-TELF. 703510-APTDO. 5803-LIMA 100-TELEX 25026

QUEHACER

TARIFAS PUBLICITARIAS

BLANCO Y NEGRO

Retiras	1 página interior	1/2 página interior
US\$ 1,150	US\$ 900	US\$ 500

COLORES (25% por color adicional al negro)

2 colores

Contracarátula	Retiras	1 página
US\$ 1,550	US\$ 1,350	US\$ 1,100

CONTRATOS

- **3 números** : Crédito : 60% contado a la firma del contrato
40% a los 30 días
Contado : 10% de descuento
- **6 números** : Crédito : 60% contado a la firma del contrato
40% a los 30 días
Contado : 20% de descuento
- **Culturales** : 25% de descuento
- Los fotolitos deben ser proporcionados por el cliente diez días antes de la fecha de cierre de la edición.
- Transcurridos treinta días de la fecha prevista para cancelar las facturas, éstas serán reajustadas con los intereses bancarios.
- Las tarifas se reajustarán número a número en función a los índices oficiales de inflación.

TAN IMPORTANTE COMO AHORRAR, ES SABER DONDE HACERLO

Todos sabemos que el ahorro es la base del futuro.
Pero tan importante como ahorrar es saber dónde hacerlo.
Elegir quién le ofrezca los sistemas de ahorro más ventajosos y los plazos adecuados.
Le pague los mejores intereses del mercado.
En moneda nacional o extranjera.
Y le brinde un servicio rápido y eficiente.
En BANDESCO lo sabemos.
Y nos dedicamos a usted con el máximo interés para que su futuro esté seguro.



ESCRIBA Y HABLE EN NUEVOS SOLES



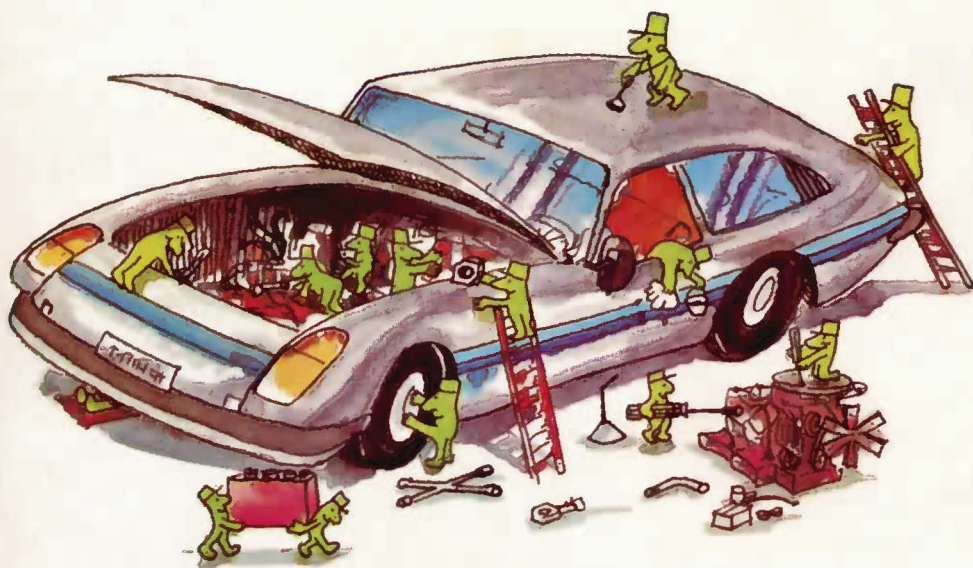
Bandesco
La nueva era en banca

ASOCIADO A
UNIBANCA
LA REVOLUCIÓN EN BANCA

UNMSM-CEDOC

DEJE SU CARRO EN BUENAS MANOS

LAS MANOS DE NUESTROS PROFESIONALES



AV. PANAMERICANA 297 BARRANCO – LIMA TELF. 77-3585